AMBROSE BIERCE

RELATOS DESAGRADABLES





UNO DE LOS DESAPARECIDOS

Jerome Searing, soldado raso del ejército del general Sherman, que entonces combatía al enemigo en Kermesaw Mountain, Georgia, dio la espalda al pequeño grupo de oficiales con los que había estado conversando en voz baja, atravesó una estrecha franja de trincheras y desapareció en el bosque. Ninguno de los hombres alineados tras las trincheras le dijo una palabra, y apenas él les dirigió un movimiento de cabeza al pasar, pero todos los que le vieron comprendieron que a aquel valiente acababan de confiarle una misión peligrosa. Jerome Searing, aunque era soldado raso, no servía en las filas; por razones de servicio estaba destacado en el cuartel general de la división, y en las listas figuraba como asistente. «Asistente» es una palabra que comprende multitud de obligaciones. Un asistente puede ser un mensajero, un oficinista, el criado de un oficial... cualquier cosa. Puede realizar servicios que no están previstos en las instrucciones y reglamentaciones militares. Su naturaleza puede depender de las aptitudes del asistente, del favor de otros o de la mera casualidad. El soldado Searing, un incomparable tirador, joven, fuerte, inteligente e insensible al miedo, era explorador. Al general que comandaba su división no le satisfacía obedecer ciegamente las órdenes, sin saber qué era lo que había frente a sus tropas, incluso cuando éstas no se hallaban destacadas en servicio y sólo formaban una fracción del ejército en línea; ni le agradaba recibir la información por sus vis-à-vis a través de los canales acostumbrados. Quería saber más de lo que le informaban los mandos del ejército y los choques entre los destacamentos y los tiradores. Para ello estaba Jerome Searing, con su audacia extraordinaria, su conocimiento del bosque, sus observadores ojos y su veracidad en el relato. En esta ocasión, sus instrucciones eran sencillas: llegar tan próximo como fuera posible a las

líneas enemigas y averiguar todo cuanto pudiera.

En pocos momentos, alcanzó los primeros puestos. Allí, los hombres de guardia descansaban en grupos de dos y de cuatro detrás de los pequeños terraplenes con que habían formado la ligera depresión de tierra en que yacían, con los fusiles sobresaliendo por encima de las ramas verdes con que habían cubierto sus pequeñas defensas. El bosque se extendía sin interrupción frente a ellos, tan solemne y silencioso que sólo un esfuerzo de la imaginación podía concebirlo poblado de hombres armados, vigilantes y alertas - un bosque extraordinario, pleno de posibilidades de lucha.

Tras detenerse un momento en una de las trincheras para informar a los hombres de sus intenciones, Searing se arrastró sigilosamente con las manos y las rodillas y pronto se perdió de vista en la densa espesura de la maleza.

- Es lo último de él - dijo uno de los hombres - Desearía tener su fusil. Esos tipos nos herirán a alguno con él.

Searing continuó arrastrándose, aprovechando todos los accidentes del terreno y la vegetación para cubrirse mejor. Sus ojos lo escudriñaban todo y sus oídos tomaban nota de todos los ruidos. Contenía la respiración Y cuando unas ramas pequeñas crujieron debajo de sus rodillas, detuvo su avance y se aplastó contra la tierra. Era un trabajo lento, pero no tedioso; el peligro lo hacía incluso excitante, pero la excitación no se manifestaba físicamente. Su pulso era tan regular y sus nervios tan firmes como si estuviera intentando cazar un gorrión.

- Parece mucho tiempo - pensó -. Pero no puedo haber llegado muy lejos; todavía estoy vivo.

Sonrió a su personal método de calcular la distancia y prosiguió reptando. Un momento después, se aplastó bruscamente contra el suelo y se mantuvo inmóvil un rato, minuto tras minuto. A través de una pequeña abertura entre los arbustos había percibido un pequeño talud de arcilla

amarilla: una de las trincheras enemigas. Tras un poco más de tiempo, levantó la cabeza cautelosamente, pulgada a pulgada; después levantó el cuerpo sobre las manos, apoyadas a cada lado sobre el suelo, intentando mirar el montículo de greda. Un instante después estaba de pie, con el fusil en la mano, y corría rápidamente hacia delante sin cuidado alguno de ocultarse. Había interpretado bien las señales, cualesquiera que fuesen; el enemigo había marchado.

Para asegurarse completamente antes de volver atrás para informar de un hecho de tan gran importancia, Searing siguió avanzando a través de la línea de las abandonadas trincheras, corriendo de una protección a otra en las partes más claras del bosque, con los ojos atentos al descubrimiento de posibles rezagados. Llegó hasta el borde de una plantación, una de aquellas granjas abandonadas y desiertas de los últimos años de la guerra, invadida por las zarzas, afeada por los cercados rotos y las desoladas y vacías construcciones que mostraban descarnadas aberturas en el lugar de las puertas y ventanas. Después de un escrutinio penetrante desde el abrigo seguro de un grupo de pinos jóvenes, Searing cruzó velozmente un campo y una huerta hasta alcanzar una pequeña estructura situada algo aparte de las otras construcciones de la granja, sobre una suave elevación. Pensó que aquella situación le ofrecería una buena panorámica de la comarca, en la dirección que suponía había tomado el enemigo en su retirada. Aquella construcción, que originalmente había consistido en una sola habitación sostenida por cuatro postes de uno o tres metros de altura, era ahora poco más que un tejado que se había desplomado y los tirantes y las tablas se amontonaban en el suelo en desorden, o colgaban del extremo en varios ángulos, no completamente desprendidos de los puntos que los aguantaban. Los mismos postes de soporte habían dejado de ser verticales. Parecía que todo el edificio pudiera desplomarse con sólo tocarlo con un dedo.

Ocultándose entre los escombros de viguetas y solerías, Searing

recorrió con la vista el terreno abierto qué se extendía entre su punto de observación y una estribación de Kennesaw Mountain, a ochocientos metros de distancia. Un camino que subía y cruzaba la estribación estaba atestado de tropas. Los fusiles de la retaguardia del enemigo en retirada brillaban al sol de la mañana.

Searing había averiguado ya todo lo que había podido desear saber. Ahora, su deber era retornar a su compañía con la mayor rapidez posible e informar de su descubrimiento. Pero la columna gris de los confederados ascendiendo penosamente el camino de la montaña era una tentación singular. Su fusil - un "Springfield" ordinario, pero provisto de una mira esférica y un gatillo al pelo - enviaría fácilmente, silbando en medio de la tropa, su onza y cuarto de plomo. Seguramente eso no afectaría la duración ni el resultado de la guerra, pero el trabajo del soldado es matar. También es su costumbre, si es un buen soldado. Searing amartilló su fusil y «enchufó» el gatillo.

Pero estaba decidido desde el principio de los tiempos que el soldado Searing no asesinara a nadie aquella luminosa mañana de verano, y que no fuera él quien anunciara la retirada de los confederados. Durante innumerables siglos, los acontecimientos se habían ido imbricando de tal manera a sí mismos en ese mosaico maravilloso, del que algunas partes, difícilmente discernibles, llamamos historia, que los actos que ahora el soldado Searing se proponía ejecutar enturbiaban la armonía del modelo. Unos veinticinco años antes, la Providencia encargada de ejecutar esa tarea según el diseño prefijado había prevenido aquel infortunio originando el nacimiento de cierto niño en una aldea situada al pie de los Montes Cárpatos. Le había criado con todo cuidado, había supervisado su educación, había encaminado sus intereses hacia la carrera militar y, llegado el momento, le había hecho oficial de artillería. Pero la concurrencia de un número infinito de influencias favorables que

predominaban sobre otras influencias desfavorables hizo que aquel oficial de artillería incurriera en una infracción de la disciplina militar y hubiera de huir de su país natal para evitar el castigo. Fue enviado a Nueva Orleans -en lugar de a Nueva York -, donde un oficial de reclutamiento le recogió en el muelle. Fue alistado y más tarde ascendido, y los sucesos se ordenaron de tal modo que ahora comandaba una batería de los confederados a unos tres kilómetros en línea recta del lugar donde Searing, el explorador federal, amartillaba su rifle. Nada se había descuidado: en cada etapa del desarrollo de las vidas de aquellos dos hombres, y en las vidas de sus contemporáneos y antepasados, y en las vidas de los contemporáneos de sus antepasados, se había hecho todo lo correcto para llegar al resultado deseado. Si algo se hubiese omitido en esta vasta concatenación, el soldado Searing hubiera podido hacer fuego aquella mañana sobre los confederados en retirada y quizá hubiera fallado. Pero sucedió que a un capitán de artillería confederado, sin nada mejor que hacer mientras aguardaba su turno para avanzar, se le ocurrió divertirse apuntando un cañón de campaña oblicuamente hacia su derecha, hacia lo que tomó por un grupo de soldados federales situados en la cima de una colina, y hacer fuego. El obús voló mucho más allá de su objetivo.

Jerome Searing echó atrás el gatillo de su fusil, calculando, con los ojos fijos sobre los distantes confederados, dónde podría plantar su bala con la mayor esperanza de hacer una viuda, un huérfano o una madre sin hijo - incluso, quizá, las tres cosas a la vez, porque, aunque el soldado raso Searing había rechazado repetidas veces el ascenso, no carecía de cierta ambición. Entonces oyó precipitarse un ruido en el aire, como el de las alas de un pájaro enorme abatiéndose sobre su presa. Demasiado rápido para que pudiera percibir su graduación, el ruido aumentó hasta convertirse en un bramido ronco y temible, al mismo tiempo que el proyectil que lo producía se abalanzaba sobre él desde el cielo, golpeaba con ensordecedor

impacto uno de los postes que sostenía el montón de vigas encima de él, lo hacía añicos y derrumbaba con estrépito la descalabrada caseta entre nubes de polvo cegador.

Cuando Jerome Searing recuperó el conocimiento no supo al principio qué había ocurrido. Todavía tardó un tiempo en abrir los ojos. Por un momento creyó que había muerto y había sido enterrado, e intentó recordar algunos fragmentos de los oficios fúnebres. Imaginó que su esposa estaba arrodillada sobre su tumba, añadiendo el peso de su cuerpo al de la tierra que tenía sobre el pecho. Ambos, la viuda y la tierra, habían aplastado el ataúd. A menos de que los niños la convencieran de volver a casa, no lograría seguir respirando mucho tiempo. Experimentó una sensación de injusticia. «No puedo hablarle - pensó -. Los muertos no tienen voz, y si abro los ojos se me llenarán de tierra.»

Abrió los ojos. Una gran extensión de cielo azul por encima de la franja de las copas, de los árboles. En primer plano, ocultando algunos árboles, había un alto y pardo montículo, de contorno anguloso, atravesado por una red intrincada e irregular de líneas rectas; todo a una inconmensurable distancia, una distancia tan inconcebiblemente grande que le cansaba; cerró los ojos. En el momento en que lo hizo percibió una luz insoportable. En sus oídos retumbó el ruido del trueno sordo y rítmico de un mar lejano, rompiendo en sucesivas olas sobre la playa y, además del ruido, como parte de él o incluso de más lejos de él, entremezcladas con su incesante murmullo, le llegaron unas palabras: «Jerome Searing, estás cogido como una rata en una trampa... en una trampa, trampa, trampa».

Súbitamente, se hizo un gran silencio, una profunda oscuridad y una infinita calma, y Jerome Searing, absolutamente consciente de su condición de rata y convencido de que había caído en una trampa, recordó todo y abrió de nuevo los ojos sin alarma para reconocer la situación, advertir la fuerza del enemigo y planear su defensa. Había quedado atrapado casi

tumbado, con la espalda fuertemente apoyada contra una viga. Otro travesaño le cruzaba el pecho y, aunque había logrado apartarse un poco para que no le oprimiera, el travesaño era inamovible. Un tirante que formaba ángulo con él le había comprimido el lado izquierdo contra un montón de maderas inmovilizándole el brazo. Un montón de cascotes le cubría hasta las rodillas las piernas, algo entreabiertas en el suelo, y tapaba su limitado horizonte. Tenía la cabeza tan rígidamente sujeta como fijada por un tomo; podía mover los ojos y la barbilla pero nada más. Sólo tenía el brazo derecho parcialmente libre. «Tienes que librarnos de esto» le dijo. Pero no podía sacarlo de debajo de la gruesa viga que le cruzaba el pecho ni mover el codo más de seis centímetros.

Searing no estaba gravemente herido ni sufría dolor. Un golpe seco en la cabeza dado por un pedazo del poste astillado, unido al súbito y terrible impacto nervioso, le habían conmocionado momentáneamente. Su desvanecimiento y recuperación, durante la que había experimentado extrañas fantasías, probablemente no habían sobrepasado unos segundos, pues el polvo producido por el derrumbamiento todavía no se había disipado cuando empezó a entender con claridad la situación.

Con la mano derecha en parte libre intentó asir la viga que le aprisionaba, no del todo, el pecho. No pudo hacerlo de ninguna manera. No era capaz de bajar el hombro para empujar con el codo el borde de la viga que tenía más cerca de las rodillas. Al fracasar en este movimiento, tampoco podía levantar el antebrazo y la mano para coger la madera. El tirante que formaba ángulo con la viga por abajo y atrás le impedía cualquier movimiento en esa dirección y el espacio entre el tirante y su cuerpo no era ni la mitad de ancho que la largura de su antebrazo. Era evidente, pues, que no podía pasar la mano ni por encima ni por debajo de la viga; de hecho, no podía ni siquiera tocarla. Comprendiendo que era imposible, desistió de este empeño y empezó a pensar en alcanzar parte de

los escombros amontonados sobre las piernas.

Mientras miraba el montón intentando determinar las posibilidades que había, le llamó la atención lo que parecía un brillante aro metálico situado delante de su vista. Al principio le pareció que rodeaba una sustancia completamente negra y que tenía un centímetro de diámetro. De pronto, comprendió que la parte negra era solamente una sombra y que el aro era en realidad la boca de su fusil, que sobresalía del montón de escombros. En seguida se alegró de que fuera eso, si es que podía ser una alegría. Cerrando primero un ojo y luego otro, podía ver una parte del caño, hasta el punto en que lo escondían los escombros. Cuando veía el lado correspondiente a un ojo, éste estaba aparentemente en el rnismo ángulo que el lado correspondiente al otro ojo. Sí miraba con el ojo derecho, el arma parecía dirigida a la izquierda de su cabeza y viceversa. No lograba ver la superficie superior del caño, pero alcanzaba a distinguir en un breve ángulo la superficie inferior de la culata. El arma, en realidad, apuntaba exactamente al centro justo de su frente.

Cuando el soldado Searing advirtió esta circunstancia y recordó que antes del accidente que le había colocado en aquella desgraciada situación había amartillado el fusil y dispuesto el gatillo para disparar con sólo rozarlo, le asaltó una sensación de inquietud. Pero no fue en absoluto miedo; era un hombre valiente, familiarizado con aquella posición de los rifles, y también con los cañones. Entonces recordó, casi divertido, un incidente que le había ocurrido durante el asalto de Missionary Ridge. Cuando se encaramaba a uno de los parapetos enemigos, donde había visto que un pesado cañón lanzaba carga tras carga de metralla a los asaltantes, por un momento pensó que habían retirado el cañón; sólo conseguía ver un aro en la abertura. Lo comprendió justo a tiempo de saltar a un lado, cuando el cañón lanzó otro picotazo de acero sobre la cuesta plagada de hombres. Dar la cara a las armas de fuego es una de las situaciones más

habituales en la vida de un soldado... armas de fuego, además, tras las que resplandece el brillo de unos ojos hostiles. Para eso está hecho un soldado. Sin embargo, el soldado Searing no apreciaba ahora del mismo modo la situación, y apartó la vista.

Tras tantear durante un rato, vagamente, con la mano derecha, hizo un inútil intento de liberar la izquierda. Después, trató de desasir la cabeza, cuya sujeción le resultaba tanto más molesta por ignorar qué era lo que la sujetaba. A continuación, intentó liberar los pies, pero cuando endurecía, a este propósito, los fuertes músculos de las piernas, reparó en que un movimiento de los escombros que las cubrían podía provocar la descarga del rifle; no comprendía cómo había resistido el arma, pero la memoria le ayudó aportándole varios casos similares. Recordaba uno en particular, en que en un momento de distracción había aporreado a un caballero con el fusil para saltarle los sesos, sin darse cuenta hasta después de que el arma que acababa de blandir por el caño estaba amartillada y con el gatillo puesto, detalle que si hubiera conocido su antagonista le hubiera inducido, sin duda, a una mayor resistencia. Siempre había sonreído ante este recuerdo de sus «inmaduros y juveniles» días de soldado, pero ahora no sonrió. Volvió la mirada otra vez a la boca del fusil y por un instante imaginó que se había movido; parecía algo más próxima.

Apartó otra vez la vista. Las copas de los distantes árboles que había fuera de los límites de la plantación la atrajeron: no había reparado antes en qué ligeros, como plumosos, eran, ni en qué azul intenso tenía el cielo, incluso entre las ramas de los árboles, que de algún modo lo hacían palidecer con su verdor; por encima de él, ya aparecía casi negro. «De día hará un calor insoportable aquí - pensó -. Me gustaría saber en qué dirección estoy mirando.»

A juzgar por las sombras que veía, decidió que tenía la cara al norte; al menos, no le daría el sol en los ojos. Y al norte... bueno, era en

dirección a su mujer y sus hijos.

- ¡Bah! - exclamó en voz alta -. ¿Qué tienen que ver con esto?

Cerró los ojos. «Mientras no pueda salir, lo mejor será que duerma. Los rebeldes han marchado y seguro que alguno de los nuestros pasará por aquí a buscar forraje. Me encontrarán.»

Pero no se dormía. Poco a poco empezó a sentir un dolor en la frente, un dolor sordo, casi imperceptible primero, pero que aumentaba y se hacía más y más molesto. Al abrir los ojos desaparecía, pero cuando los cerraba volvía a aparecer.

- ¡Al diablo! - exclamó, inútilmente, y miró de nuevo fijamente el cielo. Escuchó el canto de los pájaros, la extraña nota metálica de las alondras de la pradera, que sugería un golpeteo de vibrantes espadas. Se hundió en las memorias agradables de su infancia; jugaba con su hermano y su hermana; atravesaba corriendo los campos, chillando para espantar a las sedentarias alondras; se adentraba en el sombrío bosque alejado y, con tímidos pasos, seguía el borroso sendero que conducía a la Peña del Fantasma; se detenía, por último, con unos estruendosos latidos en el pecho, ante la Cueva del Hombre Muerto e intentaba penetrar su pasmoso misterio. Por primera vez, se dio cuenta de que la abertura de la caverna encantada estaba rodeada por un aro de metal. Entonces, todo se desvaneció y le dejó escrutando el cañón de su fusil, como antes. Pero mientras que antes parecía cerca, ahora semejaba a una inconcebible distancia y, por ello, más siniestro. Se puso a gritar y, asustado por algo que percibió en su propia voz - el tono del Miedo - se mintió a sí mismo: «Si no grito, puedo quedarme aquí hasta que me muera».

Ya no hizo más intentos de rehuir la amenazadora mirada del cañón del fusil. Si giraba los ojos en algún momento, era para buscar ayuda (aunque no podía ver el terreno que había a cada lado de la ruina), y se permitía después volver la vista otra vez, como obedeciendo una imperativa

fascinación. Si cerraba los ojos era por agotamiento, y en seguida los abría, obligado por el punzante dolor en la frente - la profética amenaza de la bala.

La tensión nerviosa era demasiado fuerte; la naturaleza venía en su auxilio sumiéndole en intervalos de inconsciencia. Cuando revivía de uno de estos intervalos percibió un agudo dolor y un escozor en la mano derecha. Movió los dedos y se los frotó contra la palma, y notó que estaban húmedos y resbaladizos. No podía verse la mano, pero conocía aquella sensación: le manaba sangre. En su momento de delirio había golpeado los cascotes desportillados de las ruinas y se había clavado varias astillas. Decidió que se enfrentaría a su destino con más virilidad. Era un soldado raso y vulgar, no tenía religión ni filosofía. No podía morir como un héroe, entre grandilocuentes y sabias palabras, ni aun en el caso de que hubiera habido alguien para escucharlas, pero podía morir «con ánimo», y eso iba a hacer. ¡Pero si pudiera saber cuándo iba a sonar el disparo!

Algunas ratas, que probablemente habían habitado la caseta, se acercaron correteando furtivamente. Una subió a la pila de cascotes que aprisionaban el rifle; le siguió otra y otra. Searing las miró al principio con indiferencia y luego con amistoso interés. Pero después, cuando en su mente extraviada destelló el pensamiento de que podían rozar el gatillo del fusil, las maldijo y les chilló que se marcharan. «Esto no es asunto vuestro» les gritó.

Los animales se fueron; volverían más tarde, a atacarle la cara, a roerle la nariz, a desgarrarle la garganta... él lo sabía, pero esperaba estar muerto para entonces.

Nada podía apartar ahora su vista del pequeño aro metálico repleto de tinieblas. El dolor en la frente era feroz y no cesaba. Lo sentía penetrar gradualmente en el cerebro a más y más profundidad, hasta que detenía su avance la madera que sostenía su cabeza. Aumentaba por momentos

haciéndose intolerable: irracionalmente, empezó a golpear otra vez la mano herida contra las astillas para contrarrestar con otro sufrimiento aquel dolor lacerante. Parecía palpitar con lenta y regular recurrencia, cada pulsación más penetrante que la anterior, y a veces aullaba, creyendo que sentía el disparo fatal. Ningún pensamiento sobre su hogar, su esposa e hijos, la patria o la gloria. Todo recuerdo se había desvanecido de la memoria. El mundo había desaparecido... no quedaba ningún vestigio. Aquí, en esa confusión de vigas y maderas, está el único universo. Aquí está la inmortalidad del tiempo... cada dolor una vida perpetua. Cada pulsación una señal de la eternidad.

Jerome Searing, el hombre valeroso, el enemigo formidable, el fuerte y resuelto guerrero, tenía la palidez de un fantasma. La mandíbula le colgaba; le sobresalían los ojos; le temblaba cada músculo; un sudor frío le bañaba todo el cuerpo; aullaba de miedo. No había enloquecido... estaba aterrado.

Tanteando con la mano derecha, desgarrada y sangrante, logró alcanzar un pedazo de madera; la empujó hacia arriba y sintió que cedía. Estaba paralela a su cuerpo. Dobló el codo todo lo que el estrecho espacio le permitía y logró moverla unos centímetros. Repitió la maniobra varias veces y la tabla quedó desprendida de los escombros que le cubrían las piernas. Pudo alzarla entera del suelo. Le invadió la esperanza, quizá pudiera desplazarla hacia arriba, es decir hacia atrás, lo bastante como para alzarla por el extremo y empujar el fusil a un lado; o, si éste estaba demasiado encajado, colocar la tabla de manera que desviara la bala. Con este objetivo, corrió la madera hacia atrás centímetro a centímetro sin atreverse apenas a respirar por temor a que ello hiciera fracasar su intento, más incapaz que nunca de apartar los ojos del fusil, que podía ahora aprovechar su menguante oportunidad. Algo, al menos, había ganado: en su preocupación por aquel intento de autodefensa era menos sensible al dolor

de su cabeza y había dejado de gritar. Pero continuaba mortalmente asustado y los dientes le temblequeaban como castañuelas.

La tabla de madera dejó de moverse bajo la presión de su mano. Tiró de ella con todas sus fuerzas, cambiando su dirección todo lo que podía, pero la tabla había encontrado un obstáculo detrás de él y el extremo de delante estaba todavía demasiado lejos para salir del montón de escombros y alcanzar el caño del fusil. Llegaba casi, sin embargo, hasta el guardamonte, que, no cubierto de escombros, podía entrever con el ojo derecho. Intentó romper la tabla con la mano, pero no tenía apoyo para hacer palanca. Con el fracaso retornó su terror, diez veces aumentado. La negra abertura del fusil parecía amenazar con una muerte más repentina e inminente, como castigo por su rebeldía. El trayecto de la bala a través de su cabeza le hizo sentir un dolor mayor. Tembló otra vez.

De pronto, recuperó la calma. El temblor persistía. Apretó los dientes y frunció las cejas. No había agotado las posibilidades de defensa; en su mente se había formado una nueva idea... otro plan de batalla. Alzando la punta delantera de la tabla de madera, la empujó cuidadosamente hacia delante por entre los cascotes que rodeaban el fusil hasta que tocó el guardamontes. Movió la punta lentamente hasta que notó que lo traspasaba. Entonces cerró los ojos y apretó contra el guardamontes con toda su fuerza. No hubo ninguna detonación. El rifle se había descargado al caerle de la mano cuando el edificio se derrumbó... Pero cumplió su función.

El teniente Adrian Searing, al mando del piquete en aquella línea de combate, por la que su hermano Jerome había pasado para cumplir su misión, estaba sentado, con los oídos atentos, en su parapeto tras la línea. No se le escapaba el menor ruido: el chillido de un pájaro, el raspar de una ardilla, el sonido del viento entre los pinos... todo lo captaban ansiosamente sus sentidos agotados. De repente, justo delante de su alineación, escuchó

un rumor confuso, apenas perceptible, semejante al estruendo del hundimiento de un edificio, transportado en la distancia. El teniente miró mecánicamente su reloj. Las seis y dieciocho minutos. En aquel momento, un oficial se aproximó a él y le saludó.

- Mi teniente - dijo el oficial -, el coronel le ordena que haga avanzar su alineación y entre en contacto con el enemigo si lo encuentra. Si no, debe proseguir el avance hasta que se le ordene el alto. Hay motivos para pensar que el enemigo se ha dado en retirada.

El teniente asintió en silencio; el otro oficial se retiró. En poco tiempo, los hombres, avisados en voz baja de su obligación por los oficiales, cargaron sus rifles y comenzaron a avanzar en formación, con los dientes apretados y el corazón palpitante.

Este piquete de tiradores atravesó rápidamente la plantación dirigiéndose a la montaña. Pasaron por los dos lados de la caseta en ruinas sin observar nada. A poca distancia, en la retaguardia, iba su teniente. Éste miró con curiosidad las ruinas y observó un cadáver semienterrado entre las maderas y las vigas. Está tan cubierto de polvo que sus ropas son del gris confederado. Tiene el rostro de un blanco amarillento; las mejillas hundidas; las sienes sobresalen con unos bordes angulosos dando a la frente una estrechez lúgubre; el labio superior, levemente alzado, descubre los dientes blancos, rígidamente apretados. El pelo está enteramente impregnado de sudor y el rostro, tan húmedo también, como la hierba cubierta de rocío. Desde donde se encuentra, el oficial no advierte el fusil; en apariencia, el hombre había muerto por el derrumbamiento del edificio.

- Muerto hace una semana - dijo el oficial lacónicamente. Siguió su camino, consultando su reloj con aire ausente, como para verificar su cálculo de la hora. Las seis y cuarenta minutos.

VISIONES DE LA NOCHE

Tengo la convicción de que el don de los sueños es un valioso obsequio literario, pues, si con alguna técnica aún no descubierta pudiéramos captar, fijar y utilizar las insólitas imágenes que proporciona, tendríamos una literatura «muy por encima de lo corriente». Del mismo modo que los animales adiestrados adquieren nuevas capacidades y aptitudes, ese don podría mejorarse sensiblemente una vez capturado y domesticado. Con ello, doblaríamos las horas productivas y realizaríamos nuestra más fructífera labor mientras dormimos. Pero, incluso en las condiciones actuales, el mundo de los sueños es un terreno que produce rentas, tal y como demuestra «Kubla Khan».

¿Y qué es el sueño? Pues una desordenada disposición de recuerdos inconexos, una embrollada sucesión de pensamientos que una vez estuvieron presentes en la conciencia insomne. Es una resurrección de todos los muertos en tropel (pasados y recientes, justos e injustos) que, emergiendo de sus tumbas resquebrajadas «con las mismas ropas que llevaban en vida», corren desordenadamente para conseguir una audiencia del director de todo ese baile mientras se desgarran los vestidos unos a otros. Pero, ¿es que realmente hay un director? En absoluto; el que debía serlo renunció a su autoridad y la masa se ha apoderado de su voluntad. Murió, pero no resucita con los demás; su capacidad de juicio y de sorpresa ha desaparecido. Puede sentir dolor y alegría, terror y atracción, pero no asombro. Lo monstruoso, absurdo y antinatural se convierte entonces en sencillo, correcto y razonable. Ni lo ridículo divierte ni lo imposible desconcierta. El único poeta verdadero que encontramos es, pues, el soñador; en él «la imaginación es compacta».

Pero la imaginación no es otra cosa que recuerdo. Si no, intenta

imaginar algo que nunca hayas visto, sentido, oído o leído. Prueba a concebir, por ejemplo, un animal que no tenga cuerpo, miembros o cola, o una casa sin paredes ni techo. Cuando estamos despiertos dirigimos y ordenamos nuestros pensamientos por medio de la voluntad y el juicio; seleccionamos y sacamos del almacén de los recuerdos aquello que nos sirve, y excluimos, no sin dificultad, lo que no nos interesa. Por el contrario, cuando dormimos nuestras fantasías «nos suceden». Aparecen tan agrupadas y mezcladas, tan impregnadas de sus mutuos elementos, que el conjunto parece nuevo; pero las viejas y conocidas unidades de pensamiento son las mismas. Tanto despiertos como dormidos, lo que sacamos de nuestra imaginación son nuevas combinaciones; «la materia de la que están hechos los sueños» es reunida por los sentidos y almacenada en la memoria del mismo modo que las ardillas almacenan nueces. Pero hay al menos un sentido que no contribuye a la fábrica de los sueños: nadie ha soñado nunca un olor. La vista, el oído, el tacto, e incluso el gusto trabajan para asegurar nuestro entretenimiento nocturno; pero el sueño no tiene nariz. Sorprende que observadores tan sagaces como los antiguos poetas no describieran a la divinidad en actitud durmiente, y que sus obedientes siervos, los escultores, no la representaran. Puede que estos últimos, al trabajar para la posteridad, intuyeran que el tiempo y la fatalidad revisarían inevitablemente su obra, y por ello la conformaran a hechos naturales.

¿Quién es capaz de relatar un sueño de tal forma que lo parezca? No creo que exista un poeta con un estilo tan fino; es como intentar transcribir la música de un arpa eólica. Existe una especie conocida del género Pelmazo (*Penetrator intolerabilis*) que después de leer una narración - tal vez de algún gran escritor - se las ve y se las desea para exponer su argumento con el fin de instruir y deleitar. Al final considera (¡qué buen espíritu!) que no hace falta leerla. «Bajo condiciones y

circunstancias sustancialmente semejantes» (como reza una ley que rige el comercio interestatal) yo no debería incurrir en una falta similar. Con todo, me propongo exponer en estas hojas la trama de algunos de mis propios sueños, si bien hay que tener en cuenta que aquí «las condiciones y circunstancias» son diferentes, pues mis fantasías no son accesibles al lector. Algunos fragmentos parecerán pobres y sé que al comentarlos no alcanzaré un gran éxito, pero he de reconocer que me resulta imposible apresar a un espíritu tan esquivo como éste.

Caminaba durante el crepúsculo por un enorme bosque de árboles antes nunca vistos, sin saber de dónde venía ni adónde iba. Sentí la desmesurada extensión de aquel lugar y me di cuenta de que estaba completamente solo. La idea de algún horrible hechizo, como castigo a un crimen olvidado que debía de haber cometido al amanecer, me obsesionaba. Avancé mecánicamente y sin esperanzas bajo los árboles siguiendo una senda que atravesaba las embrujadas soledades de la espesura. Un tenebroso arroyo cruzaba perezosamente mi camino: era sangre. Giré hacia la derecha y lo seguí durante un largo trecho; al cabo de un rato llegué a un abierto espacio circular, inundado por una luz tenue e irreal, en cuyo centro se podía reconocer un depósito de mármol blanco. Estaba lleno de sangre y el riachuelo que había seguido era su desagüe. En torno al depósito, entre él y el bosque circundante, había un espacio de unos dos pies de anchura cubierto por grandes losas de mármol sobre las que yacían unos veinte cuerpos humanos sin vida. Aunque no los conté, sabía que su número tenía alguna relación clara y portentosa con mi crimen. Posiblemente indicaba en siglos la fecha en la que lo había cometido; la precisión de la cifra era pues evidente. Los cuerpos estaban desnudos y distribuidos simétricamente alrededor del tanque como si fueran los radios de una rueda: reposaban sobre la espalda con los pies hacia afuera, y sus cabezas, abatidas sobre el borde de la cubeta, mostraban

un corte en la garganta del que brotaba sangre lentamente. Observé toda la escena sin hacer el menor movimiento. Era el resultado natural y necesario de mi pecado y, por ello, no me afectaba. Pero había algo que me llenaba de aprensión y temor, una pulsación monstruosa que tenía un ritmo lento e inexorable. No sé si se dirigía a alguno de mis sentidos o si llegaba directamente a mi conocimiento a través de algún camino desconocido para la ciencia. La lastimosa regularidad de su amplia cadencia era enloquecedora e invadía todo el bosque. Parecía la manifestación de un mal gigantesco e implacable.

No recuerdo nada más de este sueño. Dominado probablemente por el pánico cuyo origen debía de ser el malestar propio de una mala circulación sanguínea, grité y mi propia voz me despertó.

Este otro sueño aconteció en los primeros años de mi juventud. No tendría más de dieciséis años y, a pesar del tiempo transcurrido, recuerdo lo que en él ocurría con la misma claridad que cuando apenas había pasado una hora y yacía encogido de miedo bajo la colcha.

Me encontraba solo en una inmensa llanura y era de noche (en mis pesadillas siempre suelo estar solo y normalmente es de noche). No había árboles, ni ríos ni colinas, ni rastro alguno de presencia humana. El terreno estaba cubierto de una vegetación rala y oscura, una especie de rastrojos, que recordaba que la llanura había sido arrasada por el fuego. El camino por el que deambulaba mostraba algunos charcos que desaparecían y volvían a aparecer, como si al fuego le hubiera seguido la lluvia. Unos oscuros nubarrones desplazaban aquellas partes de cielo reflejadas en los charcos. Al desaparecer, daban paso al brillo acerado de los astros, a cuya luz álgida las aguas mostraban un lustre sombrío. Me dirigí hacia el oeste, donde un fulgor escarlata resplandecía en el horizonte bajo largas franjas nubosas, produciendo un efecto de lejanía inconmensurable, semejante a la que había aprendido a escudriñar en los dibujos de Doré, quien, con cada

trazo, formulaba un presagio y una maldición. Mientras avanzaba vi siluetas de torres y almenas que se perfilaban contra ese escenario misterioso y que crecían cada vez más hasta alcanzar unas dimensiones inimaginables. Aquella construcción que iba llenando mi amplio ángulo de visión no parecía, sin embargo, estar más cercana. Desesperado y sin ánimos, continué avanzando con dificultad por la condenada y lúgubre llanura, mientras la enorme estructura siguió creciendo hasta resultar inabarcable con la vista. Sus torres eclipsaron completamente las estrellas. Entonces atravesé un pórtico descomunal cuyas columnas estaban construidas con sillares ciclópeos.

El interior, completamente vacío, mostraba el polvo propio del abandono. Una luz difusa – esa luz que sólo existe en los sueños, y que tiene vida propia - me permitió recorrer largos pasillos que parecían no tener fin y atravesar estancias enormes cuyas puertas cedían a mi paso. Mis pisadas resonaban con el mismo eco que en las mansiones abandonadas y en las criptas habitadas. Caminé durante horas por aquella horrible soledad, consciente de que buscaba algo desconocido. Por fin, me encontré en lo que supuse el último rincón del edificio: una habitación de dimensiones normales con una única ventana. A través de ella volví a ver el resplandor rojizo que, como un signo inequívoco, se extendía hacia el occidente, y reconocí en él al fuego inmutable de la eternidad. Por encima de aquel fulgor siniestro y amenazante llegaba la terrible verdad que años más tarde, como un capricho extravagante, intenté expresar en verso:

Hace tiempo el hombre desapareció del orbe.
La corte de ángeles cayó en tumbas ignoradas.
También los diablos han quedado fríos al fin,
Y hasta el mismo Dios yace al pie del gran trono blanco.

A pesar del resplandor, era difícil ver en la oscuridad reinante y pasó algún tiempo antes de que descubriera, en el rincón más alejado de la

habitación, los contornos de una cama a la que me acerqué con un fatal presentimiento. Sospechaba que la parte funesta de mi aventura terminaría con un clímax espantoso, pero no pude resistirme al hechizo que me empujaba a concluirla. Sobre la cama, medio desnudo, yacía el cadáver de un hombre. Estaba boca arriba, con los brazos pegados a los costados. Al inclinarme sobre él, cosa que hice con asco pero sin miedo, descubrí que estaba horriblemente descompuesto. Las costillas sobresalían entre la carne apergaminada y, a través del vientre hundido, asomaban las protuberancias de la espina dorsal. Tenía el rostro renegrido y acartonado, y sus labios, algo separados de unos dientes amarillentos, castigaban su semblante con una sonrisa horrenda. Un abultamiento bajo los párpados parecía indicar que los ojos habían escapado a la destrucción general. Y así era, pues cuando me acerqué a verlos, se abrieron lentamente y se clavaron en los míos con una mirada sólida y tranquila. Tratad de imaginar mi espanto, pues me resulta imposible describirlo: ¡aquellos ojos eran los míos! Esos someros restos de una especie desaparecida, ese engendro horrible que ni el tiempo ni la eternidad habían conseguido destruir, aquel desperdicio tan odioso y aborrecible que continuaba vivo tras la muerte de Dios y de los ángeles... ¡era yo!

Hay sueños que se repiten. De ellos hay uno que me parece suficientemente raro como para justificar su relato, aunque me temo que el lector llegue a pensar que el reino de los sueños es cualquier cosa menos un terreno feliz por el que mi alma vaga a altas horas. Y no es así. Un gran número de mis incursiones en el mundo onírico, y supongo que muchas de las de los demás, van acompañadas de los más felices finales. Mi imaginación retorna al cuerpo como la abeja a la colmena, cargada de un botín que, con la ayuda del azar, se transforma en miel y se almacena en las celdas del recuerdo como un gozo eterno. Pero el sueño que voy a relatar tiene una carácter doble; se trata de una experiencia extrañamente

horrorosa, pero el horror que inspira es tan absurdamente desproporcionado al incidente que lo provoca que, al recordarlo, su fantasía divierte.

Atravieso un claro en una zona escasamente boscosa. Entre el cordón de árboles diseminados alrededor de ese espacio irregular, se ven algunos campos cultivados y viviendas en las que habitan inteligencias extrañas. Debe de estar a punto de amanecer porque, a través de las neblinas que llenan caprichosamente el paisaje, se ve una luna casi llena que, de un color rojo sanguinolento, desciende por el oeste. La hierba que piso está húmeda por el rocío y toda la escena tiene la luz de plenilunio de una mañana estival. Junto al camino hay un caballo que pasta ruidosamente. Cuando paso a su lado levanta la cabeza y, sin hacer el menor movimiento, me observa durante un rato. Después se acerca. Es blanco como la leche, manso de porte y de aspecto amigable. «Este caballo es un alma apacible», me digo mientras me detengo a acariciarlo. Con los ojos fijos en los míos, se aproxima más y me habla con voz humana, con palabras articuladas. Esto, más que sorprenderme, me aterroriza, y rápidamente me despierto.

El caballo siempre habla mi lengua, pero nunca entiendo lo que dice. Supongo que será porque salgo de su mundo antes de que se acabe de expresar. Seguro que a él le asusta tanto mi repentina desaparición como a mí su forma de hablarme. Daría cualquier cosa por conocer el significado de sus palabras.

Tal vez una mañana lo haga y ya no regrese nunca más a este nuestro mundo.

UNA CARRETERA ILUMINADA POR LA LUNA

Testimonio de Joel Hetman, Jr.

Soy un hombre de lo más desafortunado. Rico, respetado, bastante bien educado y de buena salud (aparte de otras muchas ventajas generalmente valoradas por quienes las disfrutan y codiciadas por los que las desean). A veces pienso que sería menos infeliz si tales cualidades me hubieran sido negadas, porque entonces el contraste entre mi vida exterior e interior no exigiría continuamente una atención ingrata. Bajo la tensión de la privación y la necesidad del esfuerzo, podría olvidar en ocasiones el oscuro secreto, cuya explicación - siempre misteriosa - el mismo hace inevitable.

Soy hijo único de Joel y Julia Hetman. El primero fue un rico hacendado, la segunda una mujer bella y bien dotada, a la que estaba apasionadamente ligado por lo que ahora sé que fue una devoción celosa y exigente. El hogar familiar se encontraba a unas cuantas millas de Nashville, en Tennessee, en una vivienda amplia, irregularmente construida, sin ningún orden arquitectónico definido, y algo apartada de la carretera, con un parque de árboles y arbustos.

En la época a la que me refiero yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de mi padre tan urgente que, obedeciendo a su inexplicada solicitud, partí inmediatamente con dirección a casa. En la estación de ferrocarril de Nashville, un pariente lejano me esperaba para poner en mi conocimiento la razón de la llamada: mi madre había sido bárbaramente asesinada; el móvil y el autor nadie los conocía, pero las circunstancias fueron las siguientes:

Mi padre había ido a Nashville con la intención de volver al día siguiente por la tarde. Algo impidió que realizara el negocio que tenía entre manos, por lo que regresó esa misma noche, antes del amanecer. En su testimonio ante el juez explicó que, como no tenía llave del cerrojo y no quería molestar a los sirvientes que estaban durmiendo, se había dirigido, sin ningún propósito especial, hacia la parte trasera de la casa. Al doblar una esquina del edificio, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con suavidad y vio en la oscuridad, no muy claramente, la figura de un hombre que desapareció de inmediato por entre los árboles. Como una precipitada persecución y una batida rápida por los jardines, en la creencia de que el intruso era alguien que visitaba clandestinamente a un sirviente, resultaron infructuosas, entró en la casa por la puerta abierta y subió las escaleras en dirección al dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y, al penetrar en aquella intensa oscuridad, tropezó con un objeto pesado que había en el suelo y cayó de bruces. Me ahorraré los detalles; era mi pobre madre, ¡estrangulada por unas manos humanas!

No faltaba nada en la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno y, salvo aquellas horribles marcas en la garganta de la mujer asesinada (¡Dios mío! ¡Ojalá pudiera olvidarlas!), no se encontró nunca rastro del asesino.

Abandoné mis estudios y permanecí junto a mi padre que, como es de suponer, estaba muy cambiado. De carácter siempre taciturno y sereno, cayó en un abatimiento tan profundo que nada conseguía mantener su atención, aunque cualquier cosa, una pisada, un portazo repentino, despertaban en él un interés desasosegado; se le podría haber llamado recelo. Se sobresaltaba visiblemente por cualquier pequeña sorpresa sensorial y a veces se ponía pálido, y luego recaía en una apatía melancólica más profunda que la anterior. Supongo que sufría lo que se llama «una tremenda tensión nerviosa». En cuanto a mí, era más joven que

ahora, y eso significa mucho. La juventud es Galad, donde existe un bálsamo para cada herida. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de nuevo en aquella tierra encantada! Al no estar habituado al dolor, no sabía cómo valorar mi aflicción. No podía apreciar debidamente la potencia del impacto.

Cierta noche, unos meses después del fatal acontecimiento, mi padre y yo volvíamos andando de la ciudad. La luna llena llevaba unas tres horas sobre el horizonte, en el este; los campos mostraban la quietud solemne de una noche estival. Nuestras pisadas y el canto incesante de las chicharras en la distancia eran el único sonido. Las negras sombras de los árboles contiguos atravesaban la carretera, que tenía un brillo blanco y fantasmal en las estrechas zonas del centro. Cuando nos encontrábamos cerca de la verja de nuestra hacienda, cuya fachada aparecía en penumbra, y en la que no había ninguna luz, mi padre se detuvo de repente y, agarrándome del brazo, dijo con un tono apenas perceptible:

- ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

- No oigo nada - contesté.

- Pero mira, ¡mira! - exclamó señalando hacia la carretera, delante de nosotros.

- Allí no hay nada - dije -. Venga, padre, entremos. Estás enfermo.

Me había soltado el brazo y se había quedado rígido e inmóvil en el centro de la carretera iluminada, absorto como alguien privado del juicio. A la luz de la luna, su rostro presentaba una palidez y fijeza inefablemente penosa. Le di un suave tirón de la manga, pero se había olvidado de mi existencia. Al rato comenzó a retroceder, paso a paso, sin apartar la vista ni un instante de lo que veía, o creía que veía. Di media vuelta para seguirle, pero me quedé quieto, indeciso. No recuerdo ningún sentimiento de miedo, a no ser que un frío repentino fuera su manifestación física. Fue como si un viento helado hubiera rozado mi cara y envuelto mi cuerpo de arriba abajo. Pude sentir su revuelo en el pelo.

En aquel momento mi atención fue atraída por una luz que apareció de repente en una ventana del piso superior de la casa; uno de los sirvientes, despertado por quién sabe qué premonición misteriosa, y obedeciendo a un impulso que nunca pudo explicar, había encendido una lámpara. Cuando me volví para buscar a mi padre, había desaparecido; en todos estos años ni un rumor de su destino ha atravesado la frontera de la conjetura desde el reino de lo desconocido.

Testimonio de Caspar Grattan

Hoy se dice que estoy vivo. Mañana, aquí, en esta habitación, habrá una forma insensible de arcilla que mostrará lo que fui durante demasiado tiempo. Si alguien levanta el paño que cubrirá el rostro de aquella cosa desagradable será para satisfacer una mera curiosidad malsana. Otros, sin duda, irán más lejos y preguntarán «¿Quién era ése?» En estos apuntes ofrezco la única respuesta que soy capaz de dar: Caspar Grattan. Claro, eso debería ser suficiente. Ese nombre ha cubierto mis pequeñas necesidades durante más de veinte años de una vida de duración desconocida. Es cierto que yo mismo me lo puse, pero, a falta de otro, tenía ese derecho. En este mundo uno debe tener un nombre; evita la confusión, incluso hasta cuando no aporta una identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, que también resultan ser formas de distinción inadecuadas.

Un día, por ejemplo, caminaba por una calle de una ciudad, lejos de aquí, cuando me encontré a dos individuos de uniforme, uno de los cuales, casi deteniéndose y mirándome a la cara con curiosidad, le dijo a su compañero: «Ese hombre se parece al 767». En aquel número me pareció ver algo familiar y horrible. Llevado por un impulso incontrolable, tomé una bocacalle y corrí hasta caer agotado en un camino.

Nunca he olvidado aquel número, y siempre me viene a la memoria acompañado por un guirigay de obscenidades, carcajadas de risas tristes y

estruendos de puertas de hierro. Por eso creo que un nombre, aunque sea uno mismo quien se lo ponga, es mejor que un número. En el registro del campo del Alfarero pronto tendré los dos. ¡Qué riqueza!

A quien encuentre este papel he de rogarle que tenga cierta consideración. No es la historia de mi vida; la capacidad de hacer tal cosa me está negada. Esto no es más que una relación de recuerdos quebrados y aparentemente inconexos, algunos de ellos tan nítidos y ordenados como los brillantes de un collar; otros, remotos y extraños, presentan las características de los sueños carmesí, con espacios en blanco y en negro, y con el resplandor de aquelarres candentes en medio de una gran desolación.

Situado en los límites de la eternidad, me doy la vuelta para echar un último vistazo a la tierra, a la trayectoria que seguí hasta llegar aquí. Hay veinte años de huellas inconfundibles, impresiones de pies sangrantes. El trazado sigue caminos de pobreza y dolor, tortuosos y poco seguros, como los de alguien que se tambalea bajo una carga,

Remoto, sin amigos, melancólico, lento.

Ah, la profecía que el poeta hizo sobre mí. ¡Qué admirable! ¡Qué espantosamente admirable!

Retrocediendo más allá del principio de esta vía dolorosa, esta epopeya de sufrimiento con episodios de pecado, no puedo ver nada con claridad; sale de una nube. Sé que sólo cubre veinte años, y sin embargo soy un anciano.

Uno no recuerda su nacimiento, se lo tienen que contar. Pero conmigo fue diferente. La vida llegó a mí con las manos llenas y me otorgó todas mis facultades y poderes. De mi existencia previa no sé más que otros, porque todos balbucean insinuaciones que pueden ser recuerdos o sueños. Solamente sé que mi primera sensación de consciencia lo fue de madurez en cuerpo y alma; una sensación aceptada sin sorpresa o aprensión. Sencillamente me encontré caminando por un bosque, medio

desnudo, con los pies doloridos, tremendamente fatigado y hambriento. Al ver una granja, me acerqué y pedí comida, que alguien me dio preguntando mi nombre. No lo conocía, aunque sí sabía que todo el mundo tenía nombres. Me retiré muy azorado y, al caer la noche, me tumbé en el bosque y me dormí.

Al día siguiente llegué a una gran ciudad cuyo nombre no citaré. Tampoco relataré otros incidentes de la vida que ahora está a punto de acabar; una vida de peregrinaje continuo, siempre rondada por una imperante sensación de delito en el castigo del mal y de terror en el castigo del delito. Veamos si soy capaz de reducirlo a la narrativa.

Parece ser que una vez viví cerca de una gran ciudad. Era un colono próspero, casado con una mujer a la que amaba y de la que desconfiaba. Tuvimos, al parecer, un hijo, un joven de talento brillante y prometedor. Para mí, siempre se trata de una figura vaga, nunca claramente definida y, con frecuencia, fuera de escena.

Una desafortunada noche se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de una forma vulgar y sabida por todo el mundo que conoce la literatura histórica y de ficción. Fui a la ciudad después de haberle dicho a mi mujer que estaría ausente hasta el día siguiente por la tarde. Pero regresé antes del amanecer y me dirigí a la parte trasera de la casa con la intención de entrar por una puerta que había estropeado sin que nadie me viera, para que pareciera encajar y en realidad no cerrara. Al acercarme, oí una puerta que se abría y se cerraba con suavidad, y vi a un hombre que salía sigilosamente a la oscuridad. Con la idea del asesinato en la mente, salté sobre él, pero desapareció sin que consiguiera ni siquiera identificarle. A veces, ni aún ahora consigo convencerme de que se tratara de un ser humano.

Loco de celos y rabia, ciego y lleno de todas las pasiones elementales de la hombría humillada, entré en la casa y subí

precipitadamente las escaleras hasta el dormitorio de mi esposa. Estaba cerrado, pero como también había estropeado el cerrojo, conseguí entrar fácilmente y, a pesar de la intensa oscuridad, en un instante estaba junto a su cama. Tanteando con las manos descubrí que estaba vacía, aunque deshecha.

«Debe de estar abajo - pensé -; aterrorizada por mi presencia se ha ocultado en la oscuridad del recibidor.»

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para marcharme. Pero tomé una dirección equivocada. ¡Correcta!, diría yo. Golpeé su cuerpo, encogido en un rincón, con el pie. En un instante le lancé las manos al cuello y, ahogando su grito, sujeté su cuerpo convulso entre las rodillas. Allí, en la oscuridad, sin una palabra de acusación o reproche, la estrangulé hasta la muerte.

Aquí acaba el sueño. Lo he contado en tiempo pasado, pero el presente sería la forma más apropiada, porque una y otra vez aquella triste tragedia vuelve a ser representada en mi consciencia; una y otra vez trazo el plan, sufro la confirmación y desagravio la ofensa. Después todo queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los mugrientos cristales, o la nieve cae sobre mi escaso atavío, las ruedas chirrían por calles asquerosas donde mi vida se desarrolla en medio de la pobreza y de los trabajos mezquinos. Si alguna vez brilla el sol, no lo recuerdo. Si hay pájaros, no cantan.

Hay otro sueño, otra visión de la noche. Estoy de pie, entre las sombras, sobre una carretera iluminada por la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no puedo determinar exactamente de quién. Entre la penumbra de una gran vivienda, percibo el brillo de ropas blancas; entonces la figura de una mujer aparece frente a mí en la carretera. ¡Es mi asesinada esposa! Hay muerte en su rostro y señales en su garganta. Tiene los ojos clavados en los míos con una seriedad infinita, que no es reproche,

ni odio, ni amenaza; no es algo tan terrible como el reconocimiento. Ante esta horrorosa aparición, retrocedo con terror; un terror que me asalta cuando escribo. No puedo dar la forma correcta a las palabras. ¡Fíjate! Ellas...

Ahora estoy tranquilo, pero en verdad ya no hay más que contar. El incidente acaba donde empezó: en medio de la oscuridad y de la duda.

Sí, de nuevo tengo el dominio de mí mismo: «el capitán de mi alma». Pero no se trata de un respiro, sino de otro estadio y fase de la expiación. Mi penitencia, constante en grado, es mutable en aspecto: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo, se trata de cadena perpetua. «Al Infierno para siempre», ése es el castigo absurdo: el culpable escoge la duración de su pena. Hoy mi plazo expira.

A todos y cada uno, les deseo la paz que no fue mía.

Testimonio de la difunta Julia Hetman a través del medium Bayrolles

Me había retirado temprano y había caído casi inmediatamente en un sueño apacible, del que desperté con una indescriptible sensación de peligro, lo que es, según creo, una experiencia común de otra vida anterior. También me sentí convencida de su sin sentido, aunque eso no lo desterraba. Mi marido, Joel Hetman, estaba ausente; los sirvientes dormían en la otra parte de la casa. Pero éstas eran cosas normales; nunca antes me habían preocupado. Sin embargo, aquel extraño terror se hizo tan insoportable que, venciendo mi escasa disposición, me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. En contra de lo que esperaba, esto no supuso un alivio; la luz parecía añadir aún más peligro, porque pensé que su resplandor se advertiría por debajo de la puerta, revelando mi presencia a cualquier cosa maligna que acechara desde fuera. Vosotros que todavía estáis vivos, sujetos a los horrores de la imaginación, os daréis

cuenta de qué monstruoso miedo debe de ser ése que, en la oscuridad, busca seguridad contra las existencias malévolas de la noche. Es como batirse cuerpo a cuerpo con un enemigo invisible. ¡La estrategia de la desesperación!

Después de apagar la luz, me cubrí la cabeza con la colcha y me quedé temblando en silencio, incapaz de gritar, y sin acordarme siquiera de rezar. En ese penoso estado debí de permanecer durante lo que vosotros llamaríais horas; entre nosotros no existen horas: el tiempo no existe.

Finalmente apareció: ¡un ruido suave e irregular de pisadas en las escaleras! Eran pausadas, dubitativas, inseguras, como si fueran producidas por alguien que no viera por dónde iba; para mi mente confusa eso era mucho más espantoso, como la proximidad de una malignidad ciega y estúpida, para la que no valen ruegos. Estaba casi segura de que había dejado la lámpara del recibidor encendida y el hecho de que aquella criatura caminara a tientas demostraba que era un monstruo de la noche. Esto era absurdo y no coincidía con mi anterior terror a la luz, pero ¿qué queréis que haga? El miedo no tiene cerebro; es idiota. El observador sombrío que contiene y el cobarde consejo que susurra no guardan relación. Nosotros, que hemos entrado en el Reino del Terror, que permanecemos ocultos en el crepúsculo eterno rodeados por las escenas de nuestra vida anterior, invisibles incluso para nosotros mismos y para los demás, y que sin embargo nos escondemos desesperados en lugares solitarios, lo sabemos muy bien; anhelamos hablar con nuestros seres queridos, y sin embargo estamos mudos, y tan temerosos de ellos como ellos de nosotros. A veces este impedimento desaparece, la ley queda en suspenso: por medio del poder inmortal del amor o del odio conseguimos romper el hechizo. Entonces, aquellos a los que avisamos, consolamos o castigamos, nos ven. Qué forma adoptamos es algo que desconocemos; sólo sabemos que aterrorizamos hasta a aquellos que más deseamos reconfortar y de los que

más anhelamos ternura y compasión.

Perdona, te lo ruego, este paréntesis inconsecuente de lo que una vez fue una mujer. Vosotros que nos consultáis de este modo imperfecto, no comprendéis. Hacéis preguntas absurdas sobre cosas desconocidas y prohibidas. La mayor parte de lo que sabemos y podríamos reflejar en nuestro discurso no tiene ningún sentido para vosotros. Debemos comunicarnos con vosotros por medio de una inteligencia balbuciente en aquella pequeña zona de nuestro lenguaje que vosotros sabéis hablar. Creéis que somos de otro mundo. Pero no; no conocemos otro mundo que el vuestro, aunque para nosotros no existe la luz del sol, ni calor, ni música, ni risa, ni cantos de pájaros, ni compañía. ¡Dios mío! ¡Qué cosa es ser un fantasma, encogido y tembloroso en un mundo alterado, presa de la aprensión y la desesperación!

Pero no, no morí de miedo: aquella Cosa se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar, creo que apresuradamente, por las escaleras, como si ella también se hubiera asustado. Entonces me levanté para pedir ayuda. Apenas mi temblorosa mano hubo encontrado el tirador de la puerta... ¡cielo santo!, oí que volvía hacia mí. Sus pisadas por las escaleras eran rápidas, pesadas y fuertes; hacían que la casa se estremeciera. Huí hacia una esquina de la pared y me acurruqué en el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi querido esposo. Entonces oí que la puerta se abría de un golpe. Hubo un intervalo de inconsciencia y, cuando me recuperé, sentí una opresión asfixiante en la garganta, advertí que mis brazos golpeaban lánguidamente contra algo que me arrastraba, ¡noté que la lengua se me escapaba por entre los dientes! Después pasé a esta vida.

No, no sé lo que pasó. La suma de lo que conocemos al morir es la medida de lo que sabemos después de todo lo que hemos vivido. De esta existencia sabemos muchas cosas, pero nunca hay nueva luz sobre ninguna de esas páginas: todo lo que podemos leer está escrito en el recuerdo. Aquí

no hay cimas de verdad que dominen el confuso paisaje de aquel reino dudoso. Todavía vivimos en el Valle de la Sombra, ocultos en sus espacios desolados, observando desde detrás de las zarzamoras y los matorrales a sus habitantes malvados, locos. ¿Cómo íbamos a tener conocimiento de aquel desvanecido pasado?

Lo que ahora voy a relatar ocurrió en una noche. Sabemos cuándo es de noche porque os marcháis a casa y podemos aventurarnos a salir de nuestros escondrijos y dirigirnos sin miedo hacia nuestras antiguas casas, asomarnos a las ventanas, hasta incluso entrar y observar vuestros rostros mientras dormís. Había merodeado durante un buen rato cerca de la casa en la que se me había transformado tan cruelmente en lo que ahora soy, como hacemos cuando alguien a quien amamos u odiamos está dentro. En vano había estado buscando alguna forma de manifestarme, algún modo de hacer que mi existencia continuada, mi gran amor y mi profunda pena fueran captados por mi marido y mi hijo. Si dormían, siempre se despertarían, o si, en mi desesperación, me atrevía a acercarme a ellos una vez despiertos, lanzarían hacia mí sus terribles ojos vivos, aterrorizándome con las miradas que yo anhelaba y apartándome de mi propósito.

Esa noche les había estado buscando sin éxito, temerosa de encontrármelos. No estaban en la casa, ni en el jardín iluminado por la luna. Porque, aunque hemos perdido el sol para siempre, todavía nos queda la luna, completamente redonda o imperceptible. A veces brilla por la noche, a veces de día, pero siempre sale y se pone como en la otra vida.

Dejé el jardín y me fui, acompañada por la luz blanca y el silencio, hacia la carretera, sin dirección definida y entristecida. De repente oí la voz de mi pobre esposo que lanzaba exclamaciones de sorpresa, junto a la de mi hijo que procuraba tranquilizarle y disuadirle. Y allí estaban, a la sombra de un grupo de árboles. Cerca, ¡tan cerca! Tenían sus caras vueltas hacia mí, los ojos de mi esposo se clavaban en los míos. Me vio, ¡por fin,

por fin me vio! Al advertir esta sensación, mi miedo desapareció como un sueño cruel. El hechizo de la muerte estaba roto: ¡El Amor había vencido a la Ley! Loca de alegría, grité, debí de haber gritado: «Me ve, me ve: ¡me comprenderá!» Entonces, tratando de controlarme, avancé hacia él, sonriente y consciente de mi belleza, para arrojarme en sus brazos, consolarle con palabras cariñosas y, con la mano de mi hijo entre las mías, pronunciar palabras que restauraran los lazos rotos entre los vivos y los muertos.

Pero, ¡ay! ¡Ay de mí! Su cara estaba pálida de terror, sus ojos eran como los de un animal acorralado. Mientras yo avanzaba, él se alejaba de mí, y por fin se dio la vuelta y salió huyendo por el bosque. Hacia dónde, es algo que desconozco.

A mi pobre hijo, abandonado con su doble desolación, nunca he sido capaz de comunicarle ninguna sensación de mi presencia. Pronto, también él pasará a esta Vida Invisible y le habré perdido para siempre.

UN HABITANTE DE CARCOSA

"Existen diversas clases de muerte. En algunas, el cuerpo perdura, en otras se desvanece por completo con el espíritu. Esto solamente sucede, por lo general, en la soledad (tal es la voluntad de Dios), y, no habiendo visto nadie ese final, decimos que el hombre se ha perdido para siempre o que ha partido para un largo viaje, lo que es de hecho verdad. Pero, a veces, este hecho se produce en presencia de muchos, cuyo testimonio es la prueba. En una clase de muerte el espíritu muere también, y se ha comprobado que puede suceder que el cuerpo continúe vigoroso durante muchos años. Y a veces, como se ha testificado de forma irrefutable, el

espíritu muere al mismo tiempo que el cuerpo, pero, según algunos, resucita en el mismo lugar en que el cuerpo se corrompió.”

Meditando estas palabras de Hali (Dios le conceda la paz eterna), y preguntándome cuál sería su sentido pleno, como aquel que posee ciertos indicios, pero duda si no habrá algo más detrás de lo que él ha discernido, no presté atención al lugar donde me había extraviado, hasta que sentí en la cara un viento helado que revivió en mí la conciencia del paraje en que me hallaba. Observé con asombro que todo me resultaba ajeno. A mi alrededor se extendía una desolada y yerma llanura, cubierta de yerbas altas y marchitas que se agitaban y silbaban bajo la brisa del otoño, portadora de Dios sabe qué misterios e inquietudes. A largos intervalos, se erigían unas rocas de formas extrañas y sombríos colores que parecían tener un mutuo entendimiento e intercambiar miradas significativas, como si hubieran asomado la cabeza para observar la realización de un acontecimiento previsto. Aquí y allá, algunos árboles secos parecían ser los jefes de esta malévola conspiración de silenciosa expectativa.

A pesar de la ausencia del sol, me pareció que el día debía estar muy avanzado, y aunque me di cuenta de que el aire era frío y húmedo, mi conciencia del hecho era más mental que física; no experimentaba ninguna sensación de molestia. Por encima del lúgubre paisaje se cernía una bóveda de nubes bajas y plomizas, suspendidas como una maldición visible. En todo había una amenaza y un presagio, un destello de maldad, un indicio de fatalidad. No había ni un pájaro, ni un animal, ni un insecto. El viento suspiraba en las ramas desnudas de los árboles muertos, y la yerba gris se curvaba para susurrar a la tierra secretos espantosos. Pero ningún otro ruido, ningún otro movimiento rompía la calma terrible de aquel funesto lugar.

Observé en la yerba cierto número de piedras gastadas por la intemperie y evidentemente trabajadas con herramientas. Estaban rotas,

cubiertas de musgo, y medio hundidas en la tierra. Algunas estaban derribadas, otras se inclinaban en ángulos diversos, pero ninguna estaba vertical. Sin duda alguna eran lápidas funerarias, aunque las tumbas propiamente dichas no existían ya en forma de túmulos ni depresiones en el suelo. Los años lo habían nivelado todo. Diseminados aquí y allá, los bloques más grandes marcaban el sitio donde algún sepulcro pomposo o soberbio había lanzado su frágil desafío al olvido. Estas reliquias, estos vestigios de la vanidad humana, estos monumentos de piedad y afecto me parecían tan antiguos, tan deteriorados, tan gastados, tan manchados, y el lugar tan descuidado y abandonado, que no pude más que creerme el descubridor del cementerio de una raza prehistórica de hombres cuyo nombre se había extinguido hacía muchísimos siglos.

Sumido en estas reflexiones, permanecí un tiempo sin prestar atención al encadenamiento de mis propias experiencias, pero después de poco pensé: "¿Cómo llegué aquí?". Un momento de reflexión pareció proporcionarme la respuesta y explicarme, aunque de forma inquietante, el extraordinario carácter con que mi imaginación había revertido todo cuanto veía y oía. Estaba enfermo. Recordaba ahora que un ataque de fiebre repentina me había postrado en cama, que mi familia me había contado cómo, en mis crisis de delirio, había pedido aire y libertad, y cómo me habían mantenido a la fuerza en la cama para impedir que huyese. Eludí vigilancia de mis cuidadores, y vagué hasta aquí para ir... ¿adónde? No tenía idea. Sin duda me encontraba a una distancia considerable de la ciudad donde vivía, la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

En ninguna parte se oía ni se veía signo alguno de vida humana. No se veía ascender ninguna columna de humo, ni se escuchaba el ladrido de ningún perro guardián, ni el mugido de ningún ganado, ni gritos de niños jugando; nada más que ese cementerio lúgubre, con su atmósfera de misterio y de terror debida a mi cerebro trastornado. ¿No estaría acaso

delirando nuevamente, aquí, lejos de todo auxilio humano? ¿No sería todo eso una ilusión engendrada por mi locura? Llamé a mis mujeres y a mis hijos, tendí mis manos en busca de las suyas, incluso caminé entre las piedras ruinosas y la yerba marchita.

Un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje - un lince - se acercaba. Me vino un pensamiento: "Si caigo aquí, en el desierto, si vuelve la fiebre y desfallezco, esta bestia me destrozará la garganta." Salté hacia él, gritando. Pasó a un palmo de mí, trotando tranquilamente, y desapareció tras una roca.

Un instante después, la cabeza de un hombre pareció brotar de la tierra un poco más lejos. Ascendía por la pendiente más lejana de una colina baja, cuya cresta apenas se distinguía de la llanura. Pronto vi toda su silueta recortada sobre el fondo de nubes grises. Estaba medio desnudo, medio vestido con pieles de animales; tenía los cabellos en desorden y una larga y andrajosa barba. En una mano llevaba un arco y flechas; en la otra, una antorcha llameante con un largo rastro de humo. Caminaba lentamente y con precaución, como si temiera caer en un sepulcro abierto, oculto por la alta yerba.

Esta extraña aparición me sorprendió, pero no me causó alarma. Me dirigí hacia él para interceptarlo hasta que lo tuve de frente; lo abordé con el familiar saludo:

- ¡Que Dios te guarde!

No me prestó la menor atención, ni disminuyó su ritmo.

- Buen extranjero - proseguí -, estoy enfermo y perdido. Te ruego me indiques el camino a Carcosa.

El hombre entonó un bárbaro canto en una lengua desconocida, siguió caminando y desapareció.

Sobre la rama de un árbol seco un búho lanzó un siniestro aullido y otro le contestó a lo lejos. Al levantar los ojos vi a través de una brusca

fisura en las nubes a Aldebarán y las Híadas. Todo sugería la noche: el lince, el hombre portando la antorcha, el búho. Y, sin embargo, yo veía... veía incluso las estrellas en ausencia de la oscuridad. Veía, pero evidentemente no podía ser visto ni escuchado. ¿Qué espantoso sortilegio dominaba mi existencia?

Me senté al pie de un gran árbol para reflexionar seriamente sobre lo que más convendría hacer. Ya no tuve dudas de mi locura, pero aún guardaba cierto resquemor acerca de esta convicción. No tenía ya rastro alguno de fiebre. Más aún, experimentaba una sensación de alegría y de fuerza que me eran totalmente desconocidas, una especie de exaltación física y mental. Todos mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada, y podía oír el silencio.

La gruesa raíz del árbol gigante (contra el cual yo me apoyaba) abrazaba y oprimía una losa de piedra que emergía parcialmente por el hueco que dejaba otra raíz. Así, la piedra se encontraba al abrigo de las inclemencias del tiempo, aunque estaba muy deteriorada. Sus aristas estaban desgastadas; sus ángulos, roídos; su superficie, completamente desconchada. En la tierra brillaban partículas de mica, vestigios de su desintegración. Indudablemente, esta piedra señalaba una sepultura de la cual el árbol había brotado varios siglos antes. Las raíces hambrientas habían saqueado la tumba y aprisionado su lápida.

Un brusco soplo de viento barrió las hojas secas y las ramas acumuladas sobre la lápida. Distinguí entonces las letras del bajorrelieve de su inscripción, y me incliné a leerlas. ¡Dios del cielo! ¡Mi propio nombre...! ¡La fecha de mi nacimiento...! ¡y la fecha de mi muerte!

Un rayo de sol iluminó completamente el costado del árbol, mientras me ponía en pie de un salto, lleno de terror. El sol nacía en el rosado oriente. Yo estaba en pie, entre su enorme disco rojo y el árbol, pero ¡no proyectaba sombra alguna sobre el tronco!

Un coro de lobos aulladores saludó al alba. Los vi sentados sobre sus cuartos traseros, solos y en grupos, en la cima de los montículos y de los túmulos irregulares que llenaban a medias el desierto panorama que se prolongaba hasta el horizonte. Entonces me di cuenta de que eran las ruinas de la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

***

Tales son los hechos que comunicó el espíritu de Hoseib Alar Robardin al médium Bayrolles.

EL RELOJ DE JOHN BARTINE

El relato de un médico

- ¿La hora exacta? ¡Dios mío! ¿Por qué insiste, amigo? Uno creería... pero qué importa eso; es casi hora de irse a la cama. ¿Le sirve así? Aunque, mire: si tiene que poner el reloj en hora, tome el mío y véalo usted mismo.

Entonces separó el reloj (tremendamente pesado y muy anticuado) de la cadena y me lo entregó; luego se dio la vuelta y, cruzando la habitación, se dirigió hacia la estantería y empezó a examinar los lomos de los libros. Su nerviosismo y angustia evidentes me sorprendieron; no parecían tener motivo. Después de poner en hora mi reloj por el suyo, me acerqué donde él estaba y dije:

- Gracias.

Mientras cogía el reloj y lo volvía a enganchar a su cadenilla observé que le temblaban las manos. Con una discreción de la que me

enorgullecí en grado sumo, me aproximé lenta y perezosamente al aparador y me serví un poco de coñac y agua; luego, pidiéndole excusas por mi descuido, le rogué que tomara algo y, dejando que se sirviera él mismo tal y como teníamos por costumbre, volví a mi asiento junto al fuego. Una vez servido, se unió a mí junto al hogar tan tranquilo como siempre.

Este pequeño incidente tuvo lugar en mi apartamento, donde John Bartine estaba pasando la noche. Habíamos cenado juntos en el club y llegado a casa en coche; en resumen: todo había sido hecho del modo más prosaico. El por qué John Bartine tenía que interrumpir el orden natural y establecido de las cosas para llamar la atención con un alarde de emoción, al parecer para entretenerse, era algo que de ninguna manera podía entender. Cuanto más pensaba en ello, mientras sus brillantes dotes de conversación se encomendaban a mi falta de atención, más curiosidad me producía y, por supuesto, no tuve ninguna dificultad en convencerme de que tal sentimiento no era otra cosa que solicitud amistosa. Éste es el disfraz que la curiosidad adopta para eludir el resentimiento. Por eso, sin más ceremonia, arruiné una de las mejores frases de su menospreciado monólogo.

John Bartine - dije -, perdóneme si me equivoco, pero con los datos que tengo hasta ahora no puedo concederle el derecho a sufrir un ataque de nervios cuando le pregunto la hora. No puedo admitir que sea aceptable mostrar una misteriosa renuencia a consultar su propio reloj y a abrigar, en mi presencia y sin explicación, emociones dolorosas que están ocultas para mí y que no son de mi incumbencia.

Bartine no dio una repuesta inmediata a este absurdo discurso, sino que se quedó sentado mirando el fuego con preocupación. Temiendo haberle ofendido, estaba a punto de pedirle excusas y rogarle que olvidara el asunto cuando, tranquilamente, me miró a los ojos y dijo:

- Querido amigo, la ligereza de sus modales no atenúa en absoluto

la terrible insolencia de su requerimiento; pero, afortunadamente, yo ya había decidido contarle lo que quiere saber, y ninguna manifestación de su indignidad modificará mi decisión. Sea tan amable de prestarme atención y sabrá todo lo referente a ese asunto.

» Este reloj - dijo -, antes de que me fuera legado, perteneció a mi familia durante tres generaciones. Su primer propietario, el hombre que lo hizo, fue mi bisabuelo, Bramwell Olcott Bartine, un colono acomodado de Virginia, y un Conservador tan leal como ningún otro: pasaba las noches sin dormir, tramando nuevas formas de maldecirla jefatura de Mr. Washington e ideando nuevos métodos para ayudar y apoyar al buen rey Jorge. Un día este digno caballero tuvo la mala fortuna de realizar un servicio de capital importancia para su causa, que no fue considerado legítimo por aquellos que sufrieron sus inconvenientes. Lo que importa no es de qué se trataba, sino que entre sus consecuencias secundarias se cuenta el arresto de mi ilustre antepasado, llevado a cabo una noche en su propia casa por las fuerzas rebeldes de Mr. Washington. Se le permitió despedirse de su afligida familia, y luego desapareció en la oscuridad, que se lo tragó para siempre. Nunca se encontró el más mínimo indicio de su destino. Después de la guerra, ni una investigación diligente ni la oferta de grandes recompensas consiguieron revelar la identidad de quienes le capturaron o algún hecho relacionado con su desaparición. Había desaparecido, eso es todo.

No sé qué fue, pero hubo algo en la actitud de Bartine, no en sus palabras, que me impulsó a preguntarle:

- ¿Y cuál es su opinión del asunto, de su justicia?

- Mi opinión - exclamó acalorado, golpeando con el puño en la mesa como si estuviera jugando a los dados con una panda de pillos en un casino -, ¡mi opinión es que fue un vil asesinato cometido por el maldito traidor, Washington, y por los granujas de sus rebeldes!

Durante unos minutos permanecimos en silencio: Bartine se dedicó a recuperar su temple y yo a esperar. Después pregunté:

- ¿Y eso fue todo?

- No; hubo algo más. Unas semanas después de la detención de mi bisabuelo se encontró su reloj en el porche de la puerta principal de la casa. Estaba envuelto en un papel de carta que llevaba escrito el nombre de Rupert Bartine, su único hijo, mi abuelo. Y ahora lo tengo yo.

Bartine hizo una pausa. Sus inquietos ojos negros, con un destello de luz roja en cada uno, reflejo del carbón candente, miraban fijamente el fuego. Parecía haberse olvidado de mí. La repentina sacudida de las ramas de un árbol detrás de una de las ventanas y, casi al mismo tiempo, el golpeteo de la lluvia contra el cristal, le devolvieron la consciencia de lo que le rodeaba. Precedida por una ráfaga de viento, se había levantado una tormenta y, tras unos instantes, el continuo chapoteo del agua sobre la acera se hizo claramente perceptible. Realmente no sé por qué cuento este incidente, pero parecía tener un cierto significado y relevancia que actualmente soy incapaz de discernir. Al menos, añadía un elemento de seriedad, casi de solemnidad. Bartine prosiguió:

- Siento algo especial por este reloj, una especie de cariño hacia él. Me gusta tenerlo cerca aunque, en parte por lo que pesa y en parte por una razón que ahora le explicaré, casi nunca lo utilizo. La razón es la siguiente: cada noche, cuando lo llevo encima, siento un inexplicable deseo de abrirlo y consultarlo, incluso cuando no tengo ninguna razón especial para querer saber la hora. Pero si cedo a él, en el momento en que mi vista descansa sobre la esfera, me siento lleno de una misteriosa aprensión, de una sensación de calamidad inminente. Y ésta se hace más y más insoportable a medida que se acercan las once en punto por este reloj; no importa la hora que realmente sea. Después, cuando las manecillas han pasado de las once, el deseo de mirar desaparece; me da exactamente igual. Entonces puedo

consultarlo con la frecuencia que quiera, sin sentir más emoción que la que usted siente al consultar el suyo. Naturalmente me he acostumbrado a no mirar el reloj por la noche antes de las once; nada conseguiría inducirme a hacerlo. Su insistencia hace un momento me trastornó un poco. Siento lo que un consumidor de opio, supongo, sentiría si la ansiedad por su especial y particular infierno se viera reforzada por la oportunidad y el consejo.

» Bien, ésta es mi historia, y la he relatado en interés de su fútil ciencia; pero si alguna noche de aquí en adelante me ve llevando este maldito reloj y tiene el descuido de preguntarme la hora, le ruego que me dé permiso para ponerle en la tesitura de ser golpeado.

Su sentido del humor no me hizo gracia. Pude observar que al relatar su ensoñación se había sentido molesto de nuevo. Su sonrisa final era claramente horrible, y sus ojos habían evidenciado algo más que la primitiva inquietud; recorrían de un lado a otro la habitación sin objetivo aparente y me dio la impresión de que habían adoptado una expresión salvaje, semejante a la que a veces se observa en los casos de demencia. Quizás fuera sólo mi imaginación, pero de todos modos estaba convencido de que mi amigo se veía afectado por una monomanía de lo más singular e interesante. Sin ninguna disminución en mi afectuosa solicitud hacia él como amigo, al menos confío que así fuera, comencé a considerarle como paciente, y vi que tenía muchas posibilidades de estudiarlo con provecho. ¿Por qué no? ¿Acaso no había descrito su ensoñación en interés de la ciencia? Ah, pobre amigo, estaba haciendo por la ciencia más de lo que se imaginaba: no sólo su historia, sino también él, eran prueba de ello. Tenía que curarle, si es que podía, claro, pero antes debía hacer un pequeño experimento psicológico; no, incluso el propio experimento podía suponer un paso en su recuperación.

- Bartine - le dije cordialmente -, eso es muy franco y amigable por su parte, y me siento muy orgulloso de su confianza. Realmente, es todo

muy raro. ¿Le importaría enseñarme el reloj?

Lo sacó de su chaleco, con cadena y todo, y me lo pasó sin decir una palabra. La montura era de oro, muy gruesa y dura, y tenía unos grabados muy curiosos. Después de examinar detalladamente la esfera y observar que eran casi las doce, lo abrí por detrás y resultó interesante descubrir una caja interior de marfil, sobre la cual había un retrato en miniatura, pintado de aquel modo exquisito y delicado que estuvo tan de moda durante el siglo dieciocho.

- ¡Caramba! - exclamé, mostrando un profundo placer artístico -. ¿Cómo consiguió que le hicieran esto? Creía que la miniatura pintada sobre marfil era un arte perdido.

- Ése no soy yo - replicó con una sonrisa solemne -; es mi ilustre bisabuelo, el difunto caballero Bramwell Olcott Bartine, de Virginia. Entonces era más joven; de mi edad más o menos. Dicen que me parezco a él. ¿Usted qué cree?

- ¿Que si se parece a él? ¡Desde luego! Aparte de las ropas, que suponía que usted había adoptado en honor al arte o por vraisemblance, por así decirlo, y de la ausencia del bigote, este retrato es el suyo en cada rasgo, detalle, y hasta en la expresión.

Nada más se dijo en aquel momento. Bartine cogió un libro de la mesa y empezó a leer. Yo seguía oyendo el incesante chapoteo de la lluvia en la calle. De vez en cuando se escuchaban pasos apresurados por las aceras; entonces unas pisadas más lentas y firmes se detuvieron ante la puerta. Será un policía, pensé, que busca refugio en la entrada. Las ramas de los árboles golpeaban de un modo significativo, como si pidieran entrar, contra los cristales de las ventanas. Después de años y años de una vida más prudente y seria, lo recuerdo perfectamente.

Aprovechando que no me prestaba atención, cogí la anticuada llave que colgaba de la cadenilla y, girando hacia atrás las manecillas del reloj, lo

retrasé una hora; luego cerré la caja, devolví a Bartine su propiedad y vi cómo se la guardaba.

- Creo que usted ha dicho - comencé, con una fingida indiferencia - que después de las once la visión de la esfera ya no le afecta. Como son casi las doce - añadí mirando mi reloj -, quizás, si es que no toma a mal mis ganas de comprobarlo, podría mirarla ahora.

Sonrió en tono amistoso, sacó el reloj de nuevo, lo abrió e inmediatamente se puso en pie de un salto y soltó un gritó que el Cielo no ha tenido la compasión de permitirme olvidar. Sus ojos, de una negrura acrecentada de modo sorprendente por la palidez del rostro, se quedaron clavados sobre el reloj, que agarraba con ambas manos. Durante unos instantes permaneció en esa actitud sin emitir sonido alguno; luego, con una voz que debería no haber reconocido como suya, exclamó:

- ¡Maldición! ¡Faltan dos minutos para las once!

Yo me estaba preparando para un arrebato como ése; sin levantarme, repliqué con bastante tranquilidad: - Lo siento; debo de haber visto mal al poner mi reloj en hora por el suyo.

Cerró la tapa de golpe y se guardó el reloj en el bolsillo. Entonces me miró e intentó sonreír, pero le temblaba el labio superior y parecía incapaz de cerrar la boca. Después apretó las manos, también temblorosas, y se las metió en los bolsillos del chaqué. El espíritu valiente pugnaba claramente por dominar al cuerpo cobarde. El esfuerzo fue demasiado grande; Bartine, como si tuviera un ataque de vértigo, comenzó a tambalearse de un lado a otro y, antes de que pudiera levantarme de la silla para sostenerle, las rodillas le fallaron, se inclinó violentamente hacia adelante y cayó de bruces. Me puse en pie para ayudarle a levantarse; pero cuando John Bartine se levante, todos lo haremos.

La autopsia no reveló nada especial; todos los órganos eran normales y estaban sanos. Sin embargo, cuando se preparó el cuerpo para

el entierro, se le apreció un ligero círculo de color oscuro alrededor del cuello; al menos eso fue lo que me aseguraron varias personas que decían haberlo visto, si bien, basándome en mi propio conocimiento, no puedo afirmar que fuera verdad.

Tampoco puedo poner limitaciones a la ley de la herencia. No sé si, en el mundo espiritual, un sentimiento o emoción podrá sobrevivir al corazón que lo cobijó y buscar expresión siglos más tarde en una vida semejante. Ciertamente, si tuviera que imaginar el destino de Bramwell Olcott Bartine, debería suponer que fue ahorcado a las once de la noche y que le habían concedido varias horas para prepararse para el cambio.

En cuanto a John Bartine, mi amigo, mi paciente durante cinco minutos y, ¡que el Cielo me perdone!, mi víctima para la eternidad, no hay más que decir. Está enterrado, y su reloj con él; me encargué de eso. Que Dios acepte su alma en el Paraíso y el alma de su antepasado de Virginia si, claro está, realmente se trataba de dos almas.

EL REINO DE LO IRREAL

I

En un tramo que hay entre Auburn y Newcastle, siguiendo en primer lugar la orilla de un arroyo y luego la otra, la carretera ocupa todo el fondo de un desfiladero que está en parte excavado en las pronunciadas laderas, y en parte levantado con las piedras sacadas del lecho del arroyo por los mineros. Las colinas están cubiertas de árboles y el curso del río es sinuoso.

En noches oscuras hay que conducir con cuidado para no salirse de

la carretera e irse al agua. La noche de mi recuerdo había poca luz, y el riachuelo, crecido por una reciente tormenta, se había convertido en un torrente. Venía de Newcastle y me encontraba a una milla de Auburn, en la zona más oscura y estrecha del desfiladero, con la vista atenta a la carretera que se extendía por delante de mi caballo. De pronto, y casi debajo del hocico del animal, vi a un hombre; di un tirón tan fuerte a las riendas que poco faltó para que la criatura quedara sentada sobre sus ancas.

- Usted perdone - dije -, no le había visto.

- No se podía esperar que me viera - replicó con educación el individuo mientras se aproximaba al costado de la carreta -; y el ruido del desfiladero impidió que yo le oyera.

Aunque habían pasado cinco años, reconocí aquella voz enseguida. No me agradaba especialmente volver a oírla.

- Usted es el Dr. Dorrimore ¿verdad? - pregunté.

- Exacto; y usted es mi buen amigo Mr. Manrich. Me alegra muchísimo verle - añadió esbozando una sonrisa -, sobre todo porque vamos en la misma dirección y, como es natural, espero que me invite a ir con usted en la carreta.

- Cosa que yo le ofrezco de todo corazón.

Lo que no era verdad en absoluto.

El Dr. Dorrimore me dio las gracias mientras se sentaba a mi lado, y yo reanudé la marcha como antes, con precaución. Sin duda son imaginaciones mías, pero ahora me parece que recorrimos la distancia que nos quedaba en medio de una niebla gélida; yo pasé un frío espantoso. El camino resultó mas largo que nunca y la ciudad, cuando llegamos al fin a ella, aparecía sombría, lúgubre y desolada. Debía de estar cayendo la noche, y sin embargo no recuerdo haber visto luz en las casas ni ningún ser vivo por las calles. Dorrimore me explicó con cierto detenimiento por qué se encontraba allí y dónde había pasado los años anteriores, desde que le

había visto por última vez. Recuerdo que me lo contó, pero no consigo acordarme de lo que me dijo. Se había ido al extranjero y había vuelto; eso es todo de lo que conservo memoria, y era algo que ya sabía. En cuanto a mí, no recuerdo haber dicho una palabra, aunque seguramente lo hice. Hay algo de lo que sí tengo conciencia clara: la presencia de aquel hombre a mi lado me resultaba singularmente desagradable e inquietante; tanto que, cuando por fin detuve el carro bajo el anuncio luminoso del Hotel Putnam, experimenté la sensación de haber escapado a algún peligro espiritual de naturaleza especialmente funesta. Esa sensación de alivio se vio modificada al descubrir que el Dr. Dorrimore también se alojaba en el mismo hotel.

II

Como explicación parcial de mis sentimientos hacia el Dr. Dorrimore, relataré brevemente las circunstancias en las que le conocí unos años antes. Una noche, media docena de hombres, yo entre ellos, estaban sentados en la biblioteca del Club Bohemio de San Francisco. La conversación había derivado hacia el tema de la destreza manual y las proezas de los prestidigitateurs, uno de los cuales actuaba por aquel entonces en un teatro de la localidad.

- Esos tipos no son más que aspirantes en un doble sentido - dijo un individuo del grupo -; no saben hacer nada a lo que merezca la pena prestar atención. El más humilde malabarista ambulante de la India podría dejarles perplejos y al borde de la locura.

- ¿Por ejemplo...?

- Pues, por ejemplo, ejecutando sus juegos más usuales y conocidos: lanzando al aire grandes objetos que no vuelven a caer; haciendo que las plantas broten, crezcan y florezcan en un terreno estéril elegido por los espectadores; poniendo a un hombre en una cesta de mimbre y atravesándolo una y otra vez con una espada mientras grita y

sangra, y luego, al abrir la cesta, revelando que no hay nada dentro; agitando el extremo libre de una escala de seda en el aire, ascendiendo por ella y desapareciendo.

- ¡Tonterías! - exclamé, de un modo bastante grosero, me temo -. ¿No creerá usted tales cosas?

- Desde luego que no: las he visto con mucha frecuencia.

- Pero yo sí - dijo un periodista que tenía fama en la localidad como reportero pintoresco -. Las he relatado tantas veces que sólo la observación directa podría debilitar mi convicción. Bueno, caballeros, va mi propia palabra en ello.

Nadie se rió; todos miraban a algo que había detrás de mí. Al darme la vuelta en el asiento vi a un hombre con traje de etiqueta que acababa de entrar en la sala. Su piel era atezada, casi oscura; llevaba una barba negra y poblada, una mata de pelo negro algo revuelto, y tenía la nariz afilada y unos ojos que resplandecían con una expresión tan desalmada como los de una cobra. Alguien del grupo se levantó y lo presentó como el Dr. Dorrimore, de Calcuta. Mientras íbamos siendo presentados uno a uno, él contestaba a nuestro saludo con una profunda reverencia al estilo Oriental, a la que le faltaba la solemnidad de Oriente. Su sonrisa me resultó cínica y un poco despectiva. Sólo sé describir su conducta como desagradablemente atractiva.

Su presencia hizo que la conversación derivara hacia otros temas. Habló poco (no recuerdo nada de lo que dijo). Su voz me pareció especialmente rica y melodiosa, pero me produjo la misma impresión que sus ojos y su sonrisa. Tras unos minutos me puse en pie para marcharme. Él también se levantó y cogió su abrigo.

- Mr. Manrich - dijo -, voy en su misma dirección.

- ¡Menudo diablo! - pensé -. ¿Cómo sabe usted en qué dirección voy?

- Estaré encantado de que me acompañe - contesté.

Salimos juntos del edificio. No había ningún coche a la vista, los tranvías se habían ido a acostar, había luna llena y el aire fresco de la noche resultaba delicioso. Subimos caminando por la calle California. Naturalmente, tomé esa dirección creyendo que él tomaría otra, hacia uno de los hoteles.

- Usted no cree lo que se dice de los malabaristas hindúes - dijo sin más preámbulo.

- ¿Y usted cómo lo sabe? - pregunté.

Sin contestar a mi pregunta, apoyó una mano ligeramente sobre mi brazo mientras con la otra me señalaba los adoquines de la acera por la que caminábamos. En ella, y casi a nuestros pies, ¡yacía el cuerpo muerto de un hombre, con una cara muy pálida por la luz de la luna, vuelta hacia arriba! Tenía una espada, en cuya empuñadura relucían piedras preciosas, clavada en el pecho; sobre los adoquines de la acera se había formado un charco de sangre.

Me quedé pasmado y aterrorizado, no sólo por lo que veía, sino por las circunstancias en las que lo hacía. Durante nuestra ascensión, mis ojos, al menos eso creía, habían recorrido varias veces toda la distancia de la acera, de calle a calle. ¿Cómo habían podido ser insensibles a aquel objeto horroroso ahora tan visible bajo la luz de la luna?

Cuando recobré mis aturdidas facultades observé que el cuerpo vestía traje de etiqueta. El abrigo, completamente abierto, dejaba ver el frac, la corbata blanca, la amplia pechera penetrada por la espada. Y (¡horrible revelación!) la cara, exceptuando la palidez, ¡era la de mi acompañante! Hasta el más diminuto detalle y característica coincidía con el mismísimo Dr. Dorrimore. Perplejo y horrorizado, me di la vuelta para buscar al hombre vivo. No se le veía por ningún sitio; con gran espanto, me alejé de aquel lugar calle abajo, en la misma dirección por la que había

venido. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando sentí que me agarraban por el hombro; me detuve. Por poco no grité de terror: el muerto, con la espada todavía clavada en el pecho, estaba allí, ¡a mi lado! Después de sacarse el arma con la mano libre, la arrojó lejos: la luz de la luna centelleó sobre las gemas de la empuñadura y el inmaculado acero de la hoja. Al estrellarse sobre la acera, ¡la espada desapareció! Aquel individuo, con la tez tan morena como antes, retiró la mano de mi hombro y me miró con la misma mirada cínica que yo había observado la primera vez que le vi. Los muertos no tienen esa mirada; eso me reanimó y, al volver la vista hacia atrás, contemplé la amplitud lisa y blanca de la acera, vacía de calle a calle.

- ¿Qué es esta insensatez, maldito diablo? - inquirí con fiereza, a pesar de que me temblaban todos los miembros.

- Es lo que algunos gustan llamar malabarismos - contestó con una sonora carcajada.

Se metió por la calle Dupont y no le volví a ver hasta que me lo encontré en el desfiladero de Auburn.

III

No vi al Dr. Dorrimore al día siguiente de mi segundo encuentro con él: el recepcionista del hotel me dijo que una ligera enfermedad le tenía confinado en sus habitaciones. Aquella tarde, en la estación de ferrocarril, me vi sorprendido y complacido por la inesperada llegada de Miss Margaret Corray y su madre, que venían de Oakland.

Esto no es una historia de amor. No soy un cuentista, y un sentimiento como el amor no puede ser descrito en una literatura dominada y cautivada por la tiranía degradante que "condena a las letras" en nombre de la Joven. Bajo el marchito reinado de la joven, o mejor dicho, bajo el gobierno de esos falsos Ministros de la Censura que se han nombrado a sí

mismos custodios de su bien, el amor

cubre con un velo sus sagrados fuegos,

e, ignorante, la Mora, expira,

famélica sobre la comida pasada por el tamiz y sobre el agua destilada de unas provisiones melindrosas.

Baste decir que Miss Corray y yo nos comprometimos en matrimonio. Su madre y ella se dirigieron al hotel en que yo me alojaba y durante dos semanas la vi a diario. No hace falta decir lo feliz que me sentía; el único obstáculo a mi perfecta alegría de aquellos días dorados era la presencia del Dr. Dorrimore, a quien me vi obligado a presentar a las damas.

Evidentemente fue muy bien aceptado por ellas. ¿Qué podía decir yo? No conocía nada que pudiera desacreditarle. Sus modales eran los de un caballero culto y considerado; y para las mujeres los modales de un hombre son lo esencial. En un par de ocasiones en que vi a Miss Corray paseando con él me puse furioso, y en una de ellas tuve la indiscreción de protestar. Cuando Miss Corray me preguntó por las razones, no pude dar ninguna y creí ver en su expresión una sombra de desprecio hacia los caprichos de una mente celosa. Entonces empecé a volverme hosco y desagradable a conciencia y, en mi locura, decidí regresar a San Francisco al día siguiente. Sin embargo, no dije nada de todo el asunto.

IV

En Auburn había un cementerio viejo y abandonado. Estaba casi en el centro de la ciudad, pero por la noche resultaba un lugar tan horroroso que sólo podría ser anhelado por el más tétrico de los temperamentos humanos. Las verjas que separaban las distintas parcelas estaban caídas, podridas e incluso algunas habían desaparecido. Muchas de las tumbas se habían hundido; en otras crecían pinos robustos cuyas raíces habían

cometido un pecado horrible. Las lápidas se habían desplomado y sus pedazos yacían desperdigados por el suelo; la valla que rodeaba el cementerio había desaparecido y los cerdos y las vacas rondaban por allí a placer. Aquel lugar era una vergüenza para los vivos, una calumnia sobre los muertos y una blasfemia contra Dios.

El día que ciego de rabia tomé la loca decisión de separarme de todo lo que más quería, deambulé por la noche por aquel agradable lugar. La luz de la media luna, al atravesar el follaje de los árboles, producía un efecto fantasmal, formando manchas de claridad y oscuridad que revelaban las zonas más repugnantes; las negras sombras parecían conjuraciones que ocultaban, hasta que llegara el momento oportuno, revelaciones de un significado lúgubre. Cuando caminaba por lo que había sido un camino de grava, vi surgir de la oscuridad la figura del Dr. Dorrimore. Yo me encontraba en la penumbra y me quedé allí, inmóvil, con los puños cerrados y los dientes apretados, intentando controlar el impulso de saltar sobre él y estrangularlo. Al cabo de un rato una segunda figura se le unió y le cogió del brazo. ¡Era Margaret Corray!

Soy incapaz de relatar adecuadamente lo que sucedió. Sé que salté hacia delante, dispuesto al asesinato. También sé que me encontraron al amanecer, magullado y lleno de sangre, con las marcas de unos dedos en la garganta. Me llevaron al hotel Putnam, donde estuve delirando durante varios días. Todo esto lo sé porque me lo han contado. Lo que sí recuerdo por mí mismo es que cuando recobré la consciencia, aún convaleciente, mandé buscar al recepcionista del hotel.

- ¿Están Mrs. Corray y su hija todavía aquí? - pregunté.

- ¿Qué nombre dijo usted?

- Corray.

- No se ha alojado aquí nadie con ese nombre.

- Le ruego que no juegue conmigo - le dije con cierto malhumor -.

Ya ve que estoy bien; haga el favor de decirme la verdad.

- Le doy mi palabra - repuso con evidente sinceridad - de que no hemos tenido ningún huésped con ese nombre.

Su afirmación me dejó estupefacto. Permanecí en silencio durante unos instantes; después le pregunté:

- ¿Dónde está el Dr. Dorrimore?

- Se marchó la misma mañana en que ustedes se pelearon, y desde entonces no sabemos nada de él. Desde luego, le dio a usted con ganas.

V

Tales son los hechos de este caso. Margaret Corray es ahora mi esposa. Nunca ha estado en Auburn, y durante las semanas en que tuvo lugar la historia que he intentado relatar, tal y como fue concebida por mi cerebro, permaneció en su casa, en Oakland, preguntándose dónde se encontraba su amor y por qué no le escribía. El otro día leí en el Sun de Baltimore el siguiente párrafo:

«El Profesor Valentine Dorrimore, hipnotizador, reunió una gran audiencia anoche. El conferenciante, que ha pasado la mayor parte de su vida en la India, realizó varias demostraciones de su poder, hipnotizando a todo aquel que se prestó al experimento únicamente con mirarle. De hecho, hipnotizó a todo el público (salvo a los periodistas) en dos ocasiones, haciendo que todos concibieran las ilusiones más extraordinarias. La característica más valiosa de la conferencia fue la revelación de los métodos empleados por los malabaristas hindúes en sus famosas actuaciones, muy conocidas por boca de los viajeros. El profesor declaró que estos taumaturgos han adquirido tal destreza en el arte que él aprendió de ellos, que realizan sus milagros arrojando a los "espectadores" a un estado de hipnosis y diciéndoles lo que deben ver y oír. Su afirmación de que un sujeto especialmente sensible puede mantenerse en el reino de lo

irreal durante semanas, meses, e incluso años, dominado por las ilusiones y alucinaciones que el operador pueda sugerirle de vez en cuando, resulta un tanto inquietante.»

EL HIPNOTIZADOR

Algunos de mis amigos, que saben por casualidad que a veces me entretengo con el hipnotismo, la lectura de la mente y fenómenos similares, suelen preguntarme si tengo un concepto claro de la naturaleza de los principios, cualesquiera que sean, que los sustentan. A esta pregunta respondo siempre que no los tengo, ni deseo tenerlos. No soy un investigador con la oreja pegada al ojo de la cerradura del taller de la Naturaleza, que trata con vulgar curiosidad de robarle los secretos del oficio. Los intereses de la ciencia tienen tan poca importancia para mí, como parece que los míos han tenido para la ciencia.

No hay duda de que los fenómenos en cuestión son bastante simples, y de ninguna manera trascienden nuestros poderes de comprensión si sabemos hallar la clave; pero por mi parte prefiero no hacerlo, porque soy de naturaleza singularmente romántica y obtengo más satisfacciones del misterio que del saber. Era corriente que se dijera de mí, cuando era un niño, que mis grandes ojos azules parecían haber sido hechos más para ser mirados que para mirar... tal era su ensoñadora belleza y, en mis frecuentes períodos de abstracción, su indiferencia por lo que sucedía. En esas circunstancias, el alma que yace tras ellos parecía -me aventuro a creerlo-, siempre más dedicada a alguna bella concepción que ha creado a su imagen, que preocupada por las leyes de la naturaleza y la estructura material de las cosas. Todo esto, por irrelevante y egoísta que parezca, está

relacionado con la explicación de la escasa luz que soy capaz de arrojar sobre un tema que tanto ha ocupado mi atención y por el que existe una viva y general curiosidad. Sin duda otra persona, con mis poderes y oportunidades, ofrecería una explicación mucho mejor de la que presento simplemente como relato.

La primera noción de que yo poseía extraños poderes me vino a los catorce años, en la escuela. Habiendo olvidado una vez de llevar mi almuerzo, miraba codiciosamente el que una niñita se disponía a comer. Levantó ella los ojos, que se encontraron con los míos y pareció incapaz de separarlos de mi vista. Luego de un momento de vacilación, vino hacia mí, con aire ausente, y sin una palabra me entregó la canastita con su tentador contenido y se marchó. Con inefable encanto alivié mi hambre y destruí la canasta. Después de lo cual ya no volví a preocuparme de traer el almuerzo: la niñita fue mi proveedora diaria; y no sin frecuencia, al satisfacer con su frugal provisión mi sencilla necesidad, combiné el placer y el provecho, obligándola a participar del festín y haciéndole engañosas propuestas de viandas que, eventualmente, yo consumía hasta la última migaja. La niña estaba persuadida de haberse comido todo ella, y más tarde, durante el día, sus llorosos lamentos de hambre sorprendían a la maestra y divertían a los alumnos, que le pusieron el sobrenombre de Tragaldabas, y me llenaban de una paz más allá de lo comprensible.

Un aspecto desagradable de este estado de cosas, en otros sentidos tan satisfactorio, era la necesidad de secreto: el traspaso del almuerzo, por ejemplo, debía hacerse a cierta distancia de la enloquecedora muchedumbre, en un bosque; y me ruborizo en pensar en los muchos otros indignos subterfugios producto de la situación. Como por naturaleza era (y soy) de disposición franca y abierta, esto se iba haciendo cada vez más fastidioso, y si no hubiera sido por la repugnancia de mis padres a renunciar a las obvias ventajas del nuevo régimen, hubiera vuelto al

antiguo, alegremente. El plan que finalmente adopté para librarme de las consecuencias de mis propios poderes, despertó un amplio y vivo interés en esa época, aunque la parte que consistió en la muerte de la niña fue severamente condenada, pero esto no hace a la finalidad de este relato.

Después, durante unos años, tuve poca oportunidad de practicar hipnotismo; los pequeños intentos que hice estaban desprovistos de otro premio que no fuera el confinamiento a pan y agua, y a veces, en realidad, no traían nada mejor que el látigo de nueve colas. Sólo cuando estaba por abandonar la escena de estos pequeños desengaños, realicé una hazaña verdaderamente importante.

Me habían llevado a la oficina del director de la cárcel y me habían dado un traje de civil, una irrisoria suma de dinero y una gran cantidad de consejos que, debo confesarlo, eran de mucha mejor calidad que la ropa. Cuando atravesaba el portón hacia la luz de la libertad, me di vuelta de súbito y, mirando seriamente en los ojos al director, lo puse rápidamente bajo mi control.

- Usted es un avestruz - le dije.

El examen *post mortem* reveló que su estómago contenía una gran cantidad de artículos indigestos, la mayor parte de metal o madera. Atragantado en el esófago, un picaporte; lo que según el veredicto del jurado, constituyó la causa inmediata de la muerte.

Yo era por naturaleza un hijo bueno y afectuoso, pero, al retornar al mundo del que tanto tiempo había estado separado, no pude evitar recordar que todas mis penas surgían como un arroyuelo de la tacaña economía de mis padres en aquel asunto del almuerzo escolar; y no tenía razón alguna para creer que se habían reformado.

En el camino entre Succotash Hill y Sud Asfixia hay unas tierras donde existió una edificación conocida como rancho de Pete Gilstrap, en donde este caballero solía asesinar a los viajeros para ganarse el sustento.

La muerte del señor Gilstrap y el desvío de casi todos los viajes hacia otro camino ocurrieron tan al mismo tiempo que nadie ha podido decir aún cuál fue causa y cuál efecto. De todos modos las tierras estaban ahora desiertas y el pequeño rancho había sido incendiado hacía mucho. Mientras iba a pie a Sud Asfixia, el hogar de mi niñez, encontré a mis padres, camino de la colina. Habían atado la yunta y almorzaban bajo un roble, en medio de la campiña. La vista del almuerzo revivió en mí los dolorosos recuerdos de los días escolares y despertó el león dormido en mi pecho. Acercándome a la pareja culpable, que en seguida me reconoció, me aventuré a sugerir que compartiría su hospitalidad.

- De este festín, hijo mío -dijo el autor de mis días, con la característica pomposidad que la edad no había marchitado -, no hay más que para dos. No soy, eso creo, insensible a la llama hambrienta de tus ojos, pero...

Mi padre nunca completó la frase: lo que equivocadamente tomó por llama del hambre no era otra cosa que la mirada fija del hipnotizador. En pocos segundos estaba a mi servicio. Unos pocos más bastaron para la dama, y los dictados de un justo reconocimiento pudieron ponerse en acción.

- Antiguo padre – dije -, imagino que ya entiendes que tú y esta señora no son ya lo que eran.

- He observado un cierto cambio sutil - fue la dudosa respuesta del anciano caballero -, quizás atribuible a la edad.

- Es más que eso – expliqué -, tiene que ver con el carácter, con la especie. Tú y la señora son, en realidad, dos potros salvajes y enemigos.

- Pero, John - exclamó mi querida madre -, no quieres decir que yo...

- Señora - repliqué solemnemente, fijando mis ojos en los suyos -, lo es.

Apenas habían caído estas palabras de mis labios cuando ella estaba ya en cuatro patas y, empujando al viejo, chillaba como un demonio y le enviaba una maligna patada a la canilla. Un instante después él también estaba en cuatro patas, separándose de ella y arrojándole patadas simultáneas y sucesivas. Con igual dedicación pero con inferior agilidad, a causa de su inferior engranaje corporal, ella se ocupaba de lo mismo. Sus piernas veloces se cruzaban y mezclaban de la más sorprendente manera; los pies se encontraban directamente en el aire, los cuerpos lanzados hacia adelante, cayendo al suelo con todo su peso y por momentos imposibilitados. Al recobrarse reanudaban el combate, expresando su frenesí con los innombrables sonidos de las bestias furiosas que creían ser; toda la región resonaba con su clamor. Giraban y giraban en redondo y los golpes de sus pies caían como rayos provenientes de las nubes. Apoyados en las rodillas se lanzaban hacia adelante y retrocedían, golpeándose salvajemente con golpes descendentes de ambos puños a la vez, y volvían a caer sobre sus manos, como incapaces de mantener la posición erguida del cuerpo. Las manos y los pies arrancaban del suelo pasto y guijarros; las ropas, la cara, el cabello estaban inexpresablemente desfigurados por la sangre y la tierra. Salvajes e inarticulados alaridos de rabia atestiguaban la remisión de los golpes; quejidos, gruñidos, ahogos, su recepción. Nada más auténticamente militar se vio en Gettysburg o en Waterloo: la valentía de mis queridos padres en la hora del peligro no dejará de ser nunca para mí fuente de orgullo y satisfacción. Al final de esto, dos estropeados, haraposos, sangrientos y quebrados vestigios de humanidad atestiguaron de forma solemne de que el autor de la contienda era ya un huérfano.

Arrestado por provocar una alteración del orden, fui, y desde entonces lo he sido, juzgado en la Corte de Tecnicismos y Aplazamientos, donde, después de quince años de proceso, mi abogado está moviendo cielo y tierra para conseguir que el caso pase a la Corte de Traslados de Nuevas

Pruebas.

Tales son algunos de mis principales experimentos en la misteriosa fuerza o agente conocido como sugestión hipnótica. Si ella puede o no ser empleada por hombres malignos para finalidades indignas es algo que no sabría decir.

LA VENTANA ENTABLADA

En 1830, hasta sólo unos kilómetros de lo que es ahora la importante ciudad de Cincinnati, había un bosque inmenso y casi continuo. Toda la región estaba poblada, escasamente, por gentes de la frontera: almas inquietas que tan pronto habían levantado con leños del bosque casas bastante habitables y alcanzado ese grado de prosperidad que hoy llamaríamos indigencia, impelidas por algún impulso misterioso de su naturaleza lo abandonaban todo y seguían avanzando hacia el oeste para enfrentarse a nuevos peligros y privaciones en el intento de recuperar las escasas comodidades a las que habían renunciado voluntariamente. Muchos de ellos habían abandonado ya esa región buscando asentamientos mas remotos, pero entre los que quedaban estaba uno de los que fueron primeros en llegar. Vivía solo en una cabaña de leños rodeado por todas partes por el gran bosque, de cuyo silencio y tinieblas parecía formar parte, pues nadie sabía que hubiera sonreído nunca ni hubiera pronunciado una palabra innecesaria. Sus necesidades simples las obtenía mediante la venta o trueque de pieles de animales salvajes en la ciudad del río, pues no crecía nada en aquella tierra que, si hubiera sido necesario, habría reivindicado por un derecho de propiedad indisputable. Sí había algunas pruebas de «mejoras»: unos cuantos acres de tierra situados inmediatamente al lado de

la casa habían sido talados en otro tiempo, y los tocones podridos se encontraban medio ocultos por los árboles nuevos a los que se les había permitido reparar la desolación producida con el hacha. Evidentemente, el deseo agrícola de aquel hombre había ardido con una llama vacilante y expiró entre cenizas penitenciales.

La pequeña cabaña de leños, con la chimenea de palos, el techo de tableros combados que se mantenían en su sitio gracias a unos palos atravesados, con las grietas tapadas con arcilla, sólo tenía una puerta y, directamente en la pared de enfrente, una ventana. Sin embargo esta última estaba tapada con tablones, sin que nadie se acordara del tiempo en que no fue así. Nadie sabía tampoco por qué estaba tan cerrada; ciertamente no porque a su ocupante le desagradara la luz y el aire, pues en las raras ocasiones en que un cazador había pasado por aquel solitario lugar, normalmente había visto al propietario tomando el sol en los escalones de entrada, si el cielo había tenido a bien satisfacer sus necesidades de luz solar. Creo que hoy viven pocas personas que hayan conocido el secreto de esa ventana, pero como verá el lector, yo soy una de ellas.

Se decía que aquel hombre se llamaba Murlock. Parecía tener unos setenta años, aunque en realidad sólo eran cincuenta. Algo más que el paso del tiempo había colaborado en su envejecimiento. Su cabello y su barba larga y tupida eran blancos; los ojos, grises y carentes de brillo, estaban hundidos; el rostro parecía singularmente cosido por arrugas que daban la impresión de pertenecer a dos sistemas en intersección. Su figura era alta y enjuta, con cierta inclinación de hombros: la de un porteador de cargas. Nunca le vi; estas noticias las supe por mi abuelo, a quien debo también la historia de aquel hombre, que me contó cuando yo era un muchacho. Le había conocido en aquellos tiempos lejanos porque vivía cerca de él.

Un día encontraron muerto a Murlock en su cabaña. No eran tiempos ni lugares para jueces y periódicos, por lo que supongo que se

acordó que había muerto por causa natural, pues si no hubiera sido así se habría comentado y yo lo recordaría. Sólo sé que con cierto sentimiento de lo que es apropiado enterraron el cadáver cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, que le había precedido hacía ya tantos años que en la tradición local apenas se había conservado algún indicio de su existencia. Con eso se cierra el último capítulo de esta historia auténtica: salvo, ciertamente, la circunstancia de que muchos años después, en compañía de otro espíritu igualmente intrépido, penetré en la región y llegué a aventurarme lo bastante cerca de la cabaña en ruinas para arrojar una piedra contra ella y escapar corriendo para evitar al fantasma que, como sabían todos los muchachos bien informados de los alrededores, habitaba en aquel lugar. Pero hay un capítulo anterior que me proporcionó mi abuelo.

Cuando Murlock construyó la cabaña y empezó a trabajar con el hacha para crear una granja - entre tanto el rifle era su medio de apoyo -, era joven, fuerte y lleno de esperanzas. En el condado más oriental de donde procedía se había casado, tal como era habitual, con una mujer joven que en todos los aspectos era merecedora de su honesta devoción, pues compartió los peligros y las privaciones del destino de Murlock con voluntarioso espíritu y corazón alegre. En ninguna parte está anotado el nombre de ella; de los encantos de su mente y su persona la tradición guarda silencio, y el que dude está en libertad para mantener sus dudas, ¡pero Dios me prohibiría que yo las compartiera! Cada día que vivió como viudo sirve de prueba del afecto y la felicidad que les unía, ¿pues qué otra cosa, sino el magnetismo de un recuerdo bendito, podría haber encadenado a un destino semejante a un espíritu aventurero como aquél?

Un día, cuando Murlock regresaba de cazar en una zona distante del bosque, encontró a su esposa postrada por la fiebre y delirando. No había médico a muchos kilómetros, ni vecino alguno; tampoco se encontraba ella en unas condiciones que permitieran dejarla sola para ir a buscar ayuda. Así

que se dispuso a alimentarla para que recuperara la salud, pero al final del tercer día ella quedó inconsciente y después murió, sin que por lo visto volviera a recuperar la razón.

Por lo que sabemos de una naturaleza como la de Murlock, podemos atrevernos a esbozar algunos detalles del cuadro perfilado por mi abuelo. Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tenía todavía el suficiente sentido como para recordar que a los muertos hay que prepararlos para el enterramiento. En la ejecución de ese deber sagrado tropezó de vez en cuando, realizó algunas cosas incorrectamente, y otras, que hizo correctamente, las repitió una y otra vez. Sus ocasionales fracasos en el intento de ejecutar un acto simple y ordinario le llenaron de asombro, como el de un hombre embriagado que se sorprende de la suspensión de las leyes naturales familiares. También él se sorprendió de no llorar: se sintió sorprendido y un poco avergonzado; seguramente es poco amable no llorar por los muertos.

- Mañana tendré que hacer el ataúd y cavar la tumba - dijo en voz alta -. Entonces la echaré de menos, cuando ya no pueda verla nunca, pero ahora... está muerta, claro que sí, pero todo está bien... Debe estar todo bien, de alguna manera. Las cosas no pueden ser tan malas como parecen.

Permaneció en pie junto al cadáver bajo la luz menguante, arreglándole el pelo y dando los últimos toques a ese simple aseo, haciéndolo todo mecánicamente, sin poner el alma en ello. Pero por su conciencia transitaba una corriente subterránea de convicción de que todo estaba bien; de que volvería a tenerla como antes, y todo quedaría explicado. No tenía experiencia en la pena; el uso no había hecho crecer su capacidad a ese respecto. Su corazón no podía contenerlo todo, ni su imaginación concebirlo correctamente. No sabía que había sido golpeado duramente; ese conocimiento vendría más tarde, para no irse nunca. La pena es una artista de facultades tan variadas como los instrumentos con los

que toca sus endechas funerarias, evocando en algunos las notas más agudas, en otros los acordes bajos y graves que palpitan recurrentemente, como el batir lento de un tambor distante. Sobresalta a algunas naturalezas; adormece a otras. Para algunos es como el golpe de una flecha que abre la sensibilidad a lo fúnebre de la vida; para otros como un mazazo que al golpear adormece. Podemos entender que Murlock se hubiera visto afectado de esa manera, pues en cuanto hubo terminado su piadoso trabajo (y aquí nos movemos en campos más seguros que el de la simple conjetura), dejándose caer en una silla al lado de la mesa sobre la que estaba el cuerpo, y observando lo blanco que era el perfil del cadáver en la creciente oscuridad, apoyó los brazos en el borde de la mesa y dejó caer el rostro sobre ellos, todavía sin lágrimas, pero indeciblemente fatigado. ¡En ese momento entró por la ventana abierta un sonido prolongado y gimiente, como el llanto de un niño perdido en las profundidades de un bosque oscuro! Pero no se movió. Otra vez, aunque más cerca que antes, sonó en sus sentidos ese grito ultraterreno. Quizás fuera un animal salvaje; o quizás un sueño: pues Murlock estaba dormido.

Unas horas más tarde, como se supo después, aquel vigilante poco cumplidor despertó, levantó la cabeza que tenía apoyada en los brazos y escuchó atentamente, aunque no sabía qué. En la negra oscuridad, al lado del cadáver, recordándolo todo sin sobresaltarse, forzó sus ojos para ver, pero no sabía qué. Todos sus sentidos estaban alerta, la respiración suspendida, la sangre había aquietado su movimiento como para ayudar al silencio. ¿Quién, qué le había despertado, y dónde estaba?

De pronto la mesa se agitó bajo sus brazos, y en ese momento oyó, o creyó oír, un paso ligero y suave... y otro más... ¡sonaba como si unos pies descalzos caminaran sobre el suelo!

Estaba tan aterrado que no podía gritar ni moverse. Se vio obligado a esperar, a esperar allí en la oscuridad durante lo que le parecieron siglos,

conociendo el máximo terror que un hombre puede conocer, y vivir para contarlo. Intentó vanamente pronunciar el nombre de su esposa muerta, estirar vanamente su mano a través de la mesa para saber si ella estaba allí. Pero su garganta se había quedado impotente y sus brazos y manos le pesaban como si fueran de plomo. Sucedió entonces algo aterrador. Un cuerpo pesado debió lanzarse contra la mesa con tal impulso que la levantó contra el pecho del hombre y llegó casi a derribarle, y en ese mismo instante oyó y sintió la caída de algo en el suelo con un golpetazo tan violento que el impacto sacudió la casa entera. Se produjo después una refriega y una confusión de sonidos imposible de describir. Murlock se había puesto en pie. Por el exceso de miedo, había perdido el control de sus facultades. Lanzó las manos sobre la mesa y no encontró nada allí.

Hay un punto en el que el terror puede convertirse en locura; y la locura incita a la acción. Sin ninguna intención definida, sin más motivo que el impulso inexplicable de un loco, Murlock saltó hacia la pared, tanteando un poco cogió el rifle cargado y disparó sin apuntar. Cuando el destello iluminó vivamente la habitación, vio una pantera enorme que arrastraba a la mujer muerta hacia la ventana, con los colmillos clavados en su garganta. Se produjo entonces una oscuridad mayor todavía que la anterior, y silencio; cuando recuperó la conciencia el sol estaba alto y en el bosque se escuchaba el canto de los pájaros.

El cadáver yacía cerca de la ventana, donde lo había dejado la pantera cuando se asustó por el destello y el sonido del rifle. Tenía las ropas arrancadas, los largos cabellos en desorden, los miembros extendidos de cualquier manera. De la garganta, terriblemente herida, había brotado un chorro de sangre que formó un charco que todavía no había terminado de coagularse. La cinta con la que él le había atado las muñecas estaba rota; las manos, apretadas. Entre los dientes tenía un fragmento de la oreja del animal.

LA ELOCUENCIA DE LOS FANTASMAS

Testigo de un ahorcamiento

Un anciano llamado Daniel Baker, que vivía cerca de Lebanon (Iowa), fue acusado por sus vecinos de asesinar a un vendedor ambulante al que había permitido pernoctar en su casa. Esto ocurrió en 1853, cuando la venta ambulante era mucho más usual que ahora en el Oeste y realizarla implicaba un peligro considerable. Los buhoneros, con sus fardos al hombro, recorrían el país por caminos desiertos y se veían obligados a buscar la hospitalidad de los granjeros. De esta forma entraban en contacto con extraños personajes, algunos de los cuales no tenían el menor escrúpulo a la hora de ganarse la vida por medios que consideraban aceptables, como por ejemplo el asesinato. De vez en cuando se oía contar que uno de esos vendedores había llegado a casa de un tipo violento con su hato vacío y su bolsa llena y nadie había vuelto a saber más de él. Eso fue lo que ocurrió en el caso del «viejo Baker», como todos le llamaban (en los poblados del Oeste sólo se da tal apelativo a los ancianos a los que, al ser rechazados socialmente, se les echa en cara la edad): un buhonero llegó a su casa y no volvió a salir.

Siete años más tarde, el reverendo Cummings, sacerdote baptista conocido en la región, iba una noche con su carreta por los alrededores de la granja de Baker. No era noche cerrada, pues por encima del velo de niebla que cubría el terreno se podía ver la luna. El reverendo, tan alegre como siempre, iba silbando una canción que de cuando en cuando interrumpía para dirigir unas palabras de aliento a su caballo. Al llegar a un pequeño puente sobre una rambla vio una figura humana claramente

perfilada contra el fondo gris del bosque brumoso. Sin duda era un buhonero, pues llevaba algo a la espalda y empuñaba una gruesa vara. Parecía abstraído, como si estuviera sonámbulo. El reverendo detuvo la carreta al pasar a su lado y, con un amable saludo, le invitó a subir, «si es que vamos en la misma dirección», añadió. El individuo levantó la cabeza y le miró a la cara, pero siguió inmóvil y en silencio. El señor Cummings, con su característica insistencia, repitió la invitación. Entonces la figura señaló con su mano derecha en dirección a la parte inferior del puente. El reverendo echó una mirada y, como no veía nada especial, fue a dirigirse de nuevo al buhonero: pero el buhonero había desaparecido. El caballo, que hasta entonces se había mantenido sorprendentemente tranquilo, soltó un relincho y salió despavorido. Cuando el señor Cummings quiso hacerse con él, ya estaban en lo alto de una colina, a cien yardas del puente. Al mirar hacia él volvió a ver la figura, en el mismo sitio y con la misma actitud que la primera vez. Entonces, consciente de que algo sobrenatural estaba ocurriendo se dirigió hacia su casa a toda brida.

Al llegar contó a su familia lo ocurrido y a la mañana siguiente, muy temprano, volvió al lugar acompañado por dos vecinos, John White Corwell y Abner Raiser. El cuerpo del viejo Baker colgaba por el cuello de uno de los travesaños del puente, justo debajo del lugar en el que el reverendo había visto la aparición. Una gruesa capa de polvo, húmeda a causa de la niebla, cubría el suelo, pero las únicas huellas apreciables eran las del caballo.

Al descolgar el cadáver, los hombres removieron con sus pisadas el terreno blando y movedizo y descubrieron unos restos humanos que, debido a la acción del agua y de la escarcha, estaban ya casi a la vista. Fueron identificados como los del buhonero desaparecido. En la doble investigación que se llevó a cabo, el juez dictaminó que Daniel Baker se había quitado la vida en un momento de enajenación y que Samuel Moritz

había sido asesinado por alguien cuya identidad se desconocía.

Un saludo frío

Éste es el relato que el difunto Benson Foley de San Francisco contó:

«En el verano de 1881 conocí a un tipo de Franklin (Tennessee) llamado James H. Conway. Había venido a San Francisco en busca de un clima saludable (¡pobre iluso!) y traía una carta de presentación del señor Lawrence Barting, al que yo había conocido durante la guerra civil. En aquella época el señor Barting era capitán del ejército federal; al acabar la guerra se estableció en Franklin y, con el tiempo, se convirtió en un abogado de prestigio. Siempre me pareció un hombre sincero y honrado, y la cordial amistad que expresaba en su carta por el señor Conway fue para mí prueba suficiente de que éste merecía mi estima y confianza. Una noche, mientras cenábamos, Conway me contó que Barring y él habían acordado solemnemente que el primero que muriera intentaría comunicarse con el otro desde el más allá; la manera de hacerlo había quedado a la elección del difunto (lo que me pareció muy sensato) y en función de las oportunidades que las nuevas circunstancias le ofrecieran.

»Unas semanas después de esta conversación me encontré con el señor Conway que, con aspecto abstraído, como si fuera pensando en algo, bajaba por la calle Montgomery. Me saludó fríamente con un ligero movimiento de la mano y continuó su camino, dejándome plantado en medio de la acera en actitud de estrecharle la mano. Naturalmente, me sorprendí y me sentí ofendido. Al día siguiente me lo volví a encontrar en la recepción del Hotel Palace y como vi que iba a repetir la desagradable escena del día anterior, le bloqueé el paso en el quicio de la puerta y con un saludo amigable le pedí una explicación sobre la alteración de sus modales. Después de un momento de duda, me miró con franqueza y me dijo:

» - No creo, señor Foley, que tenga ya ningún derecho a su amistad, pues parece que el señor Barring me ha retirado la suya. Le aseguro que no sé por qué razón. Si aún no le ha informado, no creo que tarde.

»- No he tenido noticia alguna del señor Barting - repliqué.

»- ¡Noticias! - repitió con aparente sorpresa -. Pero si está aquí. Me lo encontré ayer, diez minutos antes de cruzarme con usted. Por eso le saludé exactamente del mismo modo que él lo había hecho. Hace menos de media hora que me lo he vuelto a encontrar y su gesto ha sido el mismo: una simple inclinación de cabeza y se acabó. Gracias por su amabilidad señor Foley. Buenos días, o mejor dicho, adiós.

»El comportamiento del señor Conway me pareció de una delicadeza y consideración singulares.

»Como las situaciones dramáticas y sus efectos literarios no son mi cometido, he de decir que el señor Barring había muerto. Su fallecimiento se había producido cuatro días antes de mi conversación con el señor Conway. Decidí visitarle e informarle de la desaparición de nuestro común amigo, mostrándole la carta que así lo comunicaba. Le afectó de tal modo que resultaba imposible dudar de sus sentimientos.

»- Parece increíble - dijo, tras un momento de reflexión -. Debí confundir a otra persona con Barring y aquel frío gesto no pudo ser otra cosa que la contestación que un desconocido hacía a mi saludo. A decir verdad, recuerdo que aquel individuo, a diferencia de Barring, no llevaba bigote.

»- Sin duda era otro hombre – asentí -, y no volvimos a mencionar el asunto. Pero yo guardaba en el bolsillo una fotografia de Barring que su viuda me había enviado en la carta: había sido tomada una semana antes de su muerte y en ella Barring no llevaba bigote.

Un telegrama

En el verano de 1896 el señor William Holt, un industrial rico de Chicago, estaba pasando una temporada en una pequeña ciudad en el centro del estado de Nueva York, cuyo nombre no recuerdo. Holt había tenido «problemas conyugales» que habían conducido a su separación un año antes. Si aquello fue algo más serio que «incompatibilidad de caracteres», él es el unico que lo sabe, pues no es hombre al que le guste hacer confidencias. Sin embargo, sí contó el incidente aquí registrado al menos a una persona, sin exigirle compromiso de silencio alguno. El señor Holt reside actualmente en Europa.

Una tarde salió de casa de su hermano, en donde estaba residiendo, con la intención de dar un paseo por el campo. Hay que suponer (cualquiera que sea el valor de la suposición en relación con lo que se dice que ocurrió) que su mente debía estar ocupada en reflexiones sobre su infelicidad conyugal y los cambios que ello había producido en su vida. De cualquier modo, fueran cuales fueran sus pensamientos, estaba tan absorto en ellos que no reparó en el paso del tiempo ni en la dirección que llevaban sus pasos: sólo sabía que había traspasado los límites de la ciudad y que se encontraba en alguna comarca siguiendo una carretera que no se parecía en nada a la que había tomado al salir de la ciudad. En resumen, se había perdido.

Al darse cuenta de la situación, sonrió: el centro del estado de Nueva York no es una región peligrosa ni tampoco una zona por la que se pueda andar extraviado mucho tiempo. Dio media vuelta y volvió por donde había venido. Al cabo de un rato observó que el paisaje se tornaba más nítido, más reluciente. Todo parecía cubierto por un suave resplandor rojizo que hacía que su sombra se proyectara delante de él, sobre la carretera. «La luna está saliendo», se dijo. Entonces recordó que era época de luna nueva y que, aunque ese globo juguetón estuviera en uno de sus momentos de visibilidad, ya debería haberse puesto hacía tiempo. Se

detuvo y empezó a buscar la fuente de aquel fulgor que se extendía con tanta rapidez. Al moverse, su sombra giró y volvió a aparecer sobre la carretera, delante de él. La luz seguía a su espalda, lo que le resultó sorprendente e incomprensible. Dio media vuelta varias veces, con la mirada puesta en cada punto del horizonte: la sombra estaba siempre delante y el resplandor, «un resplandor inmóvil, de un rojo terrible», detrás.

Holt estaba asombrado - «pasmado» es la palabra que empleó- aunque parecía conservar una cierta sensatez curiosa. Para comprobar la intensidad de aquel fenómeno cuya naturaleza y origen desconocía, se quitó el reloj e intentó distinguir los números de la esfera. Se veían con claridad y las agujas señalaban las once y veinticinco. En aquel instante la luz misteriosa emitió un intenso destello, casi cegador, y todo el cielo enrojeció; las estrellas se apagaron y su desfigurada sombra salió disparada por el paisaje. Junto a él, aunque a un nivel considerablemente más elevado, estaba la figura de su mujer que, en camisón, abrazaba a su hijo contra el pecho. Le miraba con una expresión que, como más tarde reconocería, era incapaz de describir, pues no parecía de este mundo.

El destello momentáneo fue seguido por una repentina oscuridad en la que aún se podía distinguir la aparición blanca e inmóvil; luego, desapareció lentamente como ocurre con las imágenes que permanecen en la retina después de cerrar los ojos. Más adelante, el señor Holt recordaría algo que apenas había advertido en aquel momento: sólo pudo ver la mitad superior de la figura.

La oscuridad no era absoluta, pues todos los objetos que le rodeaban se fueron haciendo visibles gradualmente.

Al amanecer, Holt vio que estaba entrando en la ciudad por el camino opuesto al que había seguido para salir. Llegó a casa de su hermano, que apenas le reconoció, con los ojos hinchados por no haber dormido, y grises como los de las ratas. Con gran incoherencia, relató lo

que le había ocurrido.

- Vete a la cama - le dijo su hermano -, y espera. Ya hablaremos de esto.

Una hora más tarde llegó el telegrama predestinado: la casa de Holt, situada en un barrio residencial de Chicago, había sido destruida por un incendio. Su mujer, cercada por las llamas, se encaramó en una de las ventanas superiores, con su hijo en brazos. Allí permaneció un rato, inmóvil y aturdida. Cuando los bomberos se acercaban con la escalera, el suelo cedió y no se la volvió a ver.

En el momento en que este horror alcanzaba su punto culminante eran las once y veinticinco.

Una detención

Orrin Brower, de Kentucky, huyó de la justicia tras haber asesinado a su cuñado. Una noche, después de golpear al carcelero con una barra de hierro y robarle las llaves, abrió la puerta y se escapó de la cárcel del condado, donde le habían encerrado en espera de juicio. Como el carcelero no llevaba armas, no pudo conseguir nada con lo que defender su recobrada libertad. Una vez fuera de la ciudad, cometió la locura de internarse en el bosque. Esto ocurrió hace muchos años, cuando la región era más frondosa que en la actualidad.

La noche era cerrada, sin luna ni estrellas, y como no vivía por allí ni conocía la zona, no tardó mucho en perderse. No sabía si se alejaba o se acercaba a la ciudad - algo fundamental en su situación. En cualquier caso, era consciente de que una partida de ciudadanos con una jauría de perros estaría pronto tras su pista y que sus posibilidades de escapar eran mínimas. Pero aun así no tenía la intención de colaborar en su propia captura: una hora más de libertad merecía la pena.

Al salir del bosque se encontró de repente en una vieja carretera.

Ante él vislumbró la figura de un hombre inmóvil en la oscuridad. No podía retroceder: sentía que al menor movimiento de retirada, según explicaría después, «le llenaría de plomo.» Los dos permanecieron rígidos como palos; a Brower casi se le salía el corazón por la boca; del otro, nunca se supieron sus emociones.

Al cabo de un momento, que podría haber sido una hora, la luna apareció en un claro del cielo y el fugitivo vio al representante de la ley levantar su arma y apuntar hacia él. Comprendió perfectamente y, tras dar media vuelta, comenzó a caminar sumisamente en la dirección que le indicaban, sin atreverse a mirar ni a derecha ni a izquierda. Le daba miedo hasta respirar, pues no quería ver su cabeza llena de perdigones.

Brower era un criminal tan valiente como cualquiera de los que van a la horca; esto se deducía de las condiciones extremadamente peligrosas en las que había asesinado fríamente a su cuñado. No tiene sentido alguno relatarlas aquí, pero cuando salieron a relucir en el juicio, la revelación de la calma que había demostrado en dichas circunstancias casi le salva el pescuezo. En fin, qué se le va a hacer: cuando un hombre valiente es vencido, no le queda otra solución que rendirse.

Continuaron su camino hacia la cárcel siguiendo la vieja carretera a través de los bosques. Una sola vez se arriesgó a volver la cabeza: cuando pasaba a través de una sombra y sabía que el otro estaba recibiendo la luz de la luna. El que le había capturado era Burton Duff, el carcelero. Estaba pálido como la muerte y tenía una ostensible marca sobre la ceja, producida por el golpe con la barra de hierro. Orrin Brower no volvió a expresar su curiosidad.

Al final llegaron a la ciudad que, aunque iluminada, estaba desierta. En las casas sólo quedaban las mujeres y los niños. El criminal se dirigió hacia la cárcel. Cuando llegó a la entrada principal, puso su mano sobre el picaporte de la pesada puerta de hierro y la abrió: frente a él había media

docena de hombres armados. Entonces se dio la vuelta: no había nadie tras él.

En el pasillo, sobre una mesa, yacía el cuerpo sin vida de Burton Duff.

DIAGNÓSTICO DE MUERTE

- No soy tan supersticioso como algunos de tus doctores de ciencia, como tu te complaces en decir - dijo Hawver, replicando una acusación que no había sido hecha - Algunos de ustedes, solo algunos, confieso, creen en la inmortalidad del alma, y en apariciones que tu no tienes la honestidad de llamar fantasmas. No voy decir más que tengo la convicción que los vivos algunas veces son vistos donde no están, en lugares donde han estado, donde ellos vivieron tanto tiempo, quizás tan intensamente, como para dejar sus impresiones en todo lo que los rodea. Lo se, en efecto, puede ser que un ambiente pueda ser tan afectado por la personalidad de una persona como para impresionar, mucho después, una imagen de uno mismo a los ojos de otro. Indudablemente la personalidad impresa tiene que ser el tipo justo de personalidad y los ojos perceptores tienen que ser el tipo justo de ojos, los míos por ejemplo.

- Si, el tipo justo de ojos, sensaciones convincentes del lugar erróneo del cerebro - dijo el Dr. Frayley, sonriendo.

- Gracias; uno gusta tener sus expectativas gratificada; esto es en réplica de lo que yo supongo que haría alguien civilizado.

- Perdón, pero tu dices que lo sabes. Es algo fácil de decir, ¿no crees? Quizás tu no pensarás en el problema de decirme como lo supiste.

- Tu lo llamarás una alucinación - dijo Hawver, - pero no es tal cosa

- y le contó la historia.

El último verano, como tu sabes, fui a pasar la temporada de calor a la ciudad de Meridian. Los parientes cuya casa intentaba habitar estaban enfermos, así que busqué otros cuartos. Luego de algunas dificultades renté una de las habitaciones vacantes que había sido ocupada por un excéntrico doctor llamado Mannering, quien se había ido varios años atrás, no se sabía adonde, ni siquiera su agente. Él había construído una casa y había vivido allí durante diez años, acompañado por un viejo sirviente. Su práctica, no muy extensa, lo tuvo ocupado durante algunos años. Él también se vio abstraído de la vida social y se convirtió en un recluso. Me lo contó un doctor del pueblo, que fue la única persona que tuvo alguna relación con él, que durante su retiro, se hizo devoto de una única línea de estudio, el resultado de lo que él expuso en un libro que no fue recomendado a la aprobación de sus colegas médicos, quienes, sin embargo le consideraron no enteramente sano.

No he visto el libro y no puedo recordar su título, pero me dijo que exponía una extraña teoría. Él decía que era posible que una persona de buena salud pudiera pronosticar su propia muerte con precisión, varios meses antes del evento. El límite, creo, eran dieciocho meses. Hubo cuentos locales sobre que había ejercido sus poderes de pronóstico, que quizás tu llames diagnóstico; y que las personas a las que advirtió el deceso, murieron súbitamente en el plazo fijado, sin causa conocida. Todo esto, por cierto, no tiene nada que ver con lo que te dije; pienso que puede divertir a un médico.

La casa estaba amueblada, como él había vivido ahí. Era una oscura morada para alguien que había sido un recluso más que un estudiante, y creo que me dio algo de su carácter, quizás algo del carácter de su anterior ocupante; siempre sentí una cierta melancolía que no estaba en mi disposición natural, según creo, debido a la soledad. No tenía sirvientes que

durmieran en la casa, pero siempre tuve la adicción, como tu sabes, a la lectura. Cualquiera que fuera la causa, el efecto fue un rechazo y un sentido de mal inminente; esto fue especialmente en el estudio del Dr. Mannering, a pesar de que esta habitación era una de las más luminosas y aireadas de la casa. El retrato de tamaño real del doctor parecía dominarlo completamente. No había nada inusual en la foto; el hombre evidentemente lucía bien, unos cincuenta años de edad, con un cabello gris metalizado, una cara recién afeitada y unos ojos oscuros y serios. Algo en la imagen siempre acaparaba mi atención. La apariencia del hombre se convirtió en familiar para mí, hasta me 'hechizó'.

Una tarde estaba paseando a través de esta habitación para ir a mi dormitorio, con una lámpara (no había gas en Meridian). Me paré, como era usual, frente al retrato, que parecía a la luz de la lámpara cobrar una nueva expresión, no fácilmente descriptible, pero realmente escalofriante. Me interesé pero no me inquieté. Moví la lámpara de un lado a otro y observé los efectos de alterar el punto de iluminación. Mientras estaba tan absorto sentí un impulso en voltearme. Y cuando lo hice ¡vi a un hombre que se movía a través de la habitación y se dirigía hacia donde yo estaba! Tan pronto como él se acercaba a la lámpara su rostro se iluminó, y vi que era el Dr. Mannering en persona; ¡era como si el retrato estuviera caminando!

'Le pido disculpas', dije, algo fríamente, 'pero si usted golpeó no lo escuché'.

Él me pasó, dentro de una braza, extendió su dedo índice como en advertencia, y sin una palabra, se marchó de la estancia, a pesar de que observé su ida no más que lo que vi su entrada.

Por supuesto, no necesito decirte que esto puede ser lo que tu llamarías una alucinación y lo que yo llamo una aparición. Esta habitación tiene solo dos puertas, una de las cuales estaba cerrada; la otra llevaba al

dormitorio, desde donde no había otra salida. Mi sentimiento sobre esto es que no es una parte importante del incidente.

Indudablemente esto te parecerá un lugar común “el cuento de fantasmas” algo que uno construye sobre las líneas dejadas por los viejos maestros del arte. Si así fuera, no te lo habría contado, aún si hubiera sido verdad. Pero el hombre no está muerto; lo conocí hoy mismo en la Calle Unión. Me cruzó entre una multitud.

Hawver finalizó su historia y ambos hombres se quedaron callados. El Dr. Frayley distraídamente golpeó la mesa con sus dedos.

- ¿Te dijo algo hoy, - preguntó - alguna cosa que te haya hecho inferir que no estaba muerto?

Hawver lo miró fijamente y no replicó.

- Quizás - continuó Frayley - él hizo alguna señal, un gesto, alzó un dedo. Es un truco que él tenía, un hábito cuando decía algo serio, anunciando el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

- Si, lo hizo, su aparición lo hizo. Pero, ¡por Dios! ¿Lo conocías?

Hawver estaba poniéndose aparentemente nervioso.

- Lo conocí. Leí su libro, como todo médico de hoy en día. Es una de las más importantes contribuciones del siglo a la ciencia de la Medicina. Si, lo conocí; lo traté en su enfermedad durante los últimos tres años. Él murió.

Hawver buscó una silla, visiblemente incómodo. Dio un par de zancadas y se sentó. Luego se dirigió a su amigo, y en una voz no muy clara, dijo:

- Doctor, ¿tiene usted algo para decirme como médico?

- No, Hawver; tu eres el hombre más saludable que conocí. Como amigo te recomiendo que vayas a tu habitación. Tocas el violín como un ángel. Tócalo, toca algo alegre y jovial. Ten este maldito asunto fuera de tu mente.

Al siguiente día Hawver fue hallado muerto en su habitación, el violín en su cuello, el arco sobre las cuerdas, su música se escuchó antes de la Marcha Fúnebre de Chopin.

EL DESCONOCIDO

Un hombre salió de la oscuridad y penetró en el pequeño círculo iluminado por nuestro lánguido fuego de campamento, sentándose en una roca.

- No son los primeros en explorar esta región - comentó con voz grave.

Nadie puso en duda su afirmación; él mismo era prueba de esa verdad, pues no formaba parte de nuestro grupo y debía de encontrarse en algún lugar cercano cuando acampamos. Además, debía tener compañeros no muy lejos, pues no era un lugar en el que resultara conveniente vivir o viajar solo. Durante una semana, sin contarnos a nosotros ni a nuestros animales, los únicos seres vivos que habíamos visto eran serpientes de cascabel y sapos cornudos. En un desierto de Arizona no se puede coexistir demasiado tiempo tan sólo con criaturas como aquéllas: uno debe llevar animales, suministros, armas: «un equipo». Y todo eso significa camaradas. Pudo surgir quizás una duda con respecto a qué tipo de hombre podían ser los camaradas de aquel desconocido tan escasamente ceremonioso, a lo que hay que añadir que había en sus palabras algo que podía interpretarse como un desafío, y que hizo que cada uno de la media docena de «caballeros aventureros» que éramos nosotros nos irguiéramos, sin dejar de estar sentados, y lleváramos una mano al arma: un acto que en aquel tiempo y lugar era significativo, una posición de expectativa. El desconocido no

prestó ninguna atención a aquel acto y volvió a hablar con el mismo tono monótono y carente de inflexión con el que había pronunciado su primera frase:

- Hace treinta años, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis, todos ellos de Tucson, cruzaron los montes de Santa Catalina y viajaron hacia el oeste, hasta el punto más lejano que permitía la configuración del país. Nos dedicábamos a la prospección y teníamos la intención de, si no encontrábamos nada, cruzar el río Gila en algún punto cercano a Big Bend, donde teníamos entendido que había un asentamiento. Llevábamos un buen equipo, pero carecíamos de guía: tan sólo Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

El hombre repitió los nombres lenta y claramente, como si pretendiera fijarlos en la memoria de su público, cada uno de los cuales le observaba ahora atentamente, pues se había reducido algo la aprensión de que sus posibles compañeros estuvieran en algún lugar de la oscuridad que parecía rodearnos como si fuera un muro negro; en las maneras de ese historiador voluntario no se sugería ningún propósito inamistoso. Sus actos se asemejaban más a los de un lunático inofensivo que a los de un enemigo. No éramos tan nuevos en el país como para no saber que la vida solitaria de muchos hombres de las llanuras había producido una tendencia a desarrollar excentricidades de conducta y de carácter que no siempre eran fáciles de distinguir de la aberración mental. Un hombre es como un árbol: dentro de un bosque de compañeros crecerá tan recto como su naturaleza individual y genérica se lo permita, pero a solas y en campo abierto cede a las tensiones y torsiones deformadoras que le rodean. Pensamientos semejantes cruzaron mi mente mientras observaba al hombre desde la sombra de mi sombrero, que tenía inclinado para que la luz del fuego no me diera en los ojos. Sin duda se trataba de un grillado, ¿pero qué podía estar haciendo allí, en el corazón de un desierto?

Puesto que he decidido contar esta historia, me gustaría ser capaz de describir el aspecto de ese hombre: eso sería lo natural. Desgraciadamente, y en cierta medida extrañamente, me siento incapaz de hacerlo con algún grado de confianza, pues más tarde ninguno de nosotros coincidió en cuanto a la ropa que llevaba o el aspecto que tenía; y cuando traté de anotar mis impresiones, ese aspecto me fue esquivo. Cualquiera puede contar una historia: la narración es una de las facultades elementales de nuestra raza. Pero el talento para la descripción es un don.

Como nadie rompiera el silencio, el visitante siguió hablando:

- El país no era entonces lo que es ahora. No había ni un solo rancho entre el Gila y el Golfo. Había un poco de caza desperdigada por las montañas, y cerca de las infrecuentes charcas, hierba suficiente para evitar que nuestros animales murieran de hambre. Si teníamos la suerte de no encontrarnos con los indios, podríamos seguir avanzando. Pero al cabo de una semana el propósito de la expedición había cambiado: en lugar de descubrir riquezas, intentábamos conservar la vida. Habíamos llegado demasiado lejos para poder regresar, de manera que lo que teníamos delante no podía ser peor que lo que nos aguardaba detrás; así que seguimos avanzando, cabalgando por la noche para evitar a los indios y el calor intolerable, y ocultándonos durante el día lo mejor que podíamos. En ocasiones, cuando habíamos agotado el suministro de carne de animales salvajes y vaciado nuestras cantimploras, teníamos que pasar varios días sin comer ni beber; luego, una charca o una pequeña laguna en el fondo de un arroyo nos permitían restaurar nuestras fuerzas y salud, por lo que éramos capaces de disparar a algún animal salvaje que también hubiera buscado el agua. A veces era un oso, otras un antílope, un coyote, un puma... lo que Dios quisiera: todo era comida.

»Una mañana, cuando rodeábamos una cordillera tratando de encontrar algún paso, nos atacó un grupo de apaches que había seguido

nuestro rastro hasta un barranco que no está lejos de aquí. Sabiendo que nos superaban en número de diez a uno, no tomaron ninguna de sus habituales y cobardes precauciones, sino que se lanzaron sobre nosotros al galope, disparando y gritando. La lucha era inevitable: presionamos a nuestros débiles animales para que subieran el barranco mientras hubiera espacio para poner una pezuña, bajamos de nuestras sillas y nos dirigimos hacia el chaparral que había en una de las pendientes, abandonando todo nuestro equipo al enemigo. Pero todos conservamos el rifle: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

- El mismo y viejo grupo - comentó el humorista que había entre nosotros. Era un hombre del oeste que no estaba familiarizado con las costumbres decentes de la relación social. Un gesto de desaprobación de nuestro jefe le hizo callar, permitiendo al desconocido proseguir el relato:

- Los salvajes también desmontaron y algunos de ellos subieron el barranco hasta más allá del punto por el que nos habíamos ido, cortándonos cualquier retirada en esa dirección y obligándonos a ascender. Desgraciadamente, el chaparral sólo se extendía una corta distancia por la pendiente, y cuando llegamos al campo abierto que había más arriba recibimos los disparos de una docena de rifles; pero los apaches disparaban muy mal cuando lo hacían deprisa, y quiso Dios que ninguno de nosotros cayera. Veinte metros más arriba, más allá del borde de los matorrales, había unos riscos verticales y, directamente enfrente de nosotros, una estrecha abertura. Corrimos hacia ella y nos encontramos en una caverna tan grande como una habitación ordinaria de una casa. Allí estaríamos a salvo durante algún tiempo: un solo hombre con un rifle de repetición podría defender la entrada contra todos los apaches del mundo. Pero contra el hambre y la sed no teníamos defensa. Conservábamos el valor, pero la esperanza era un término del recuerdo.

»No vimos después a ninguno de aquellos indios, pero por el humo

y el resplandor de las hogueras que habían encendido en el barranco, sabíamos día y noche que nos vigilaban, con los rifles preparados, desde el margen de los matorrales: sabíamos que si intentábamos salir, ni uno solo de nosotros podría dar tres pasos sin caer abatido. Resistimos durante tres días, vigilando por turnos, hasta que nuestro sufrimiento se hizo insoportable. Entonces, la mañana del cuarto día, Ramón Gallegos dijo:

»- Señores, no sé mucho del buen Dios ni de lo que a éste le complace. He vivido sin religión y no conozco la de ustedes. Perdónenme, señores, si les sorprendo, pero para mí ha llegado el momento de ganarle la partida al apache.

»Se arrodilló en el suelo rocoso de la cueva, acercó la pistola a su sien y dijo:

»- Madre de Dios, ven a por el alma de Ramón Gallegos.

»Y así nos dejó: a William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

»Yo era el jefe y me correspondía hablar.

»- Fue un hombre valiente. Supo cuándo morir y cómo. Es una estupidez morir de sed y caer bajo las balas de los apaches, o ser despellejados vivos: eso es de mal gusto. Unámonos a Ramón Gallegos.

»- Tiene razón - dijo William Shaw.

»- Tiene razón - dijo George W. Kent.

»Extendí los miembros de Ramón Gallegos y le puse un pañuelo sobre el rostro. Entonces William Shaw dijo:

»- Me gustaría seguir teniendo ese aspecto... un poco más.

»Y George W. Kent dijo que pensaba lo mismo.

»- Así será - dije yo -: Los diablos rojos aguardarán una semana. William Shaw y George W. Kent, venid

y arrodillaos.

»Así lo hicieron, y yo quedé en pie delante de ellos. » - Dios Todopoderoso, Padre Nuestro - dije yo.

»- Dios Todopoderoso, Padre Nuestro - dijo William Shaw.

»- Dios Todopoderoso, Padre Nuestro - dijo George W. Kent.

»- Perdónanos nuestros pecados - dije yo.

»- Perdónanos nuestros pecados - dijeron ellos. - Y recibe nuestras almas.

»- Y recibe nuestras almas.

»- ¡Amén!

»- ¡Amén!

»Les coloqué junto a Ramón Gallegos y cubrí sus rostros.

Se produjo una rápida conmoción al otro lado del fuego de campamento: un miembro de nuestro grupo se había puesto en pie pistola en mano.

- ¿Y tú te atreviste a escapar? - gritó -. ¿Has tenido el valor de permanecer vivo? ¡Eres un perro cobarde y yo haré que te unas a ellos aunque luego me ahorquen a mí!

Pero saltando como una pantera, nuestro capitán se lanzó sobre él y le sujetó la muñeca.

- ¡Detente, Sam Yountsey, detente!

Todos nos habíamos puesto en pie, salvo el desconocido, que permanecía sentado, inmóvil y aparentemente sin prestar atención. Alguien cogió a Yountsey por el otro brazo.

- Capitán, aquí hay algo que no concuerda - dije yo -. Este tipo es un lunático o simplemente un mentiroso: un sencillo mentiroso al que Yountsey no tiene derecho a matar. Si formó parte de ese grupo, es que había cinco hombres, y no ha nombrado a uno de ellos, probablemente a sí mismo.

- Cierto - contestó el capitán soltando al insurgente, que se sentó -. Aquí hay algo... inusual. Hace años encontraron cuatro cuerpos de hombres blancos, vergonzosamente mutilados y sin el cuero cabelludo, en los

alrededores de la boca de esa cueva. Los enterraron allí; yo mismo he visto las tumbas y mañana las veremos todos.

El desconocido se levantó y nos pareció muy alto bajo la luz del fuego menguante, pues por prestar atención a su historia nos habíamos olvidado de alimentarlo.

- Había cuatro - repitió él -: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

Reiterando su lista de muertos, caminó hacia la oscuridad y no volvimos a verle.

En ese momento se aproximó a nosotros un miembro del grupo que había estado de guardia llevando el rifle en la mano y algo excitado.

- Capitán, durante la última media hora he visto a tres hombres allí arriba- dijo señalando en la dirección que había tomado el desconocido-. Pude verlos claramente, pues la luna está alta, pero como no tenían armas y yo les cubría con la mía, pensé que les correspondía a ellos hacer cualquier movimiento. ¡Pero no hicieron ninguno, maldita sea! Y me han puesto nervioso.

- Vuelve a tu puesto y quédate allí hasta que vuelvas a verlos - contestó el capitán -. Los demás acostaos de nuevo u os arrojaré al fuego a patadas.

El centinela se retiró obediente, lanzando juramentos, y no regresó en toda la noche. Cuando estábamos preparando nuestras mantas, Yountsey, que era un temperamental, dijo:

- Le ruego que me perdone, capitán, ¿pero quién diablos piensa usted que son?

- Ramón Gallegos, William Shaw y George W. Kent.

- ¿Y qué me dice de Berry Davis? Tendría que haberle disparado.

- Habría sido totalmente innecesario: no podrías haberle matado otra vez. Duérmete.

La dificultad de cruzar un campo

Una mañana de julio de 1854 un colono llamado Williamson, que vivía a unas seis millas de Selma, Alabama, estaba sentado con su mujer y su hijo en la terraza de su vivienda. Delante de la casa había una pradera de césped que se extendía unas cincuenta yardas hasta llegar a la carretera pública, o «la pista», como solían llamarla. Más allá de esta carretera había un prado de unos diez acres, recién segado, completamente llano y sin un árbol, roca, o cualquier otro objeto natural o artificial en su superficie. En aquel momento no había en el campo ni siquiera un animal doméstico. Al otro lado del prado, en otro campo, una docena de esclavos trabajaban bajo la vigilancia de un capataz.

Arrojando la punta de un cigarro, el colono se puso en pie y dijo:

- He olvidado hablarle a Andrew de los caballos.

Andrew era el capataz.

Williamson echó a andar con calma por el paseo de gravilla, arrancando alguna flor a su paso, cruzó la carretera y llegó al prado. Mientras cerraba la verja de entrada se detuvo un momento a saludar a su vecino Armour Wren, que vivía en la plantación de al lado y pasaba por allí. Mr. Wren iba en un coche abierto, acompañado de su hijo James, un muchacho de trece años. Cuando se alejaron unas doscientas yardas del lugar en el que se habían encontrado, Mr. Wren dijo a su hijo:

- He olvidado hablarle a Mr. Williamson de los caballos.

Mr. Wren había vendido a Mr. Williamson unos caballos que iban a ser enviados ese mismo día, pero, por alguna razón que ahora no se recuerda, no iban a poder ser entregados hasta el día siguiente. Mr. Wren

indicó al cochero que diera la vuelta y, mientras el vehículo giraba, los tres vieron a Williamson cruzando lentamente los pastos. En aquel momento uno de los caballos del coche dio un traspié y estuvo a punto de caer. No había hecho más que recobrarse cuando James Wren exclamó:

- Pero bueno, padre, ¿qué ha sido de Mr. Williamson?

No es el propósito de esta narración responder a esa pregunta.

La extraña relación que Mr. Wren hizo de los hechos, expresada bajo juramento durante el curso de los procedimientos legales vinculados con la herencia de Williamson, es la siguiente:

«La exclamación de mi hijo me obligó a dirigir la mirada hacia el lugar en el que había visto al difunto (sic) un instante antes, pero ya no estaba allí, ni en ningún otro sitio visible. No puedo afirmar que en aquel momento estuviera muy sorprendido, ni que fuera consciente de la gravedad de la situación, aunque la consideré extraña. Mi hijo, sin embargo, estaba muy asombrado y siguió repitiendo la pregunta de diversas maneras hasta que llegamos a la verja. Mi cochero negro, Sam, también se encontraba muy afectado, incluso en mayor grado, pero tuve más en cuenta la actitud de mi hijo que lo que el otro pudiera haber observado. (Esta frase aparecía tachada en la declaración.) Cuando bajamos del carruaje, y mientras Sam colgaba (sic) el tiro a la valla, Mrs. Williamson, con su pequeño en brazos y seguida de varios criados, venía corriendo por el paseo, muy excitada y gritando «¡Se ha ido! ¡Se ha ido! ¡Oh, Dios mío! ¡Es horrible!» y otras exclamaciones parecidas que ahora no recuerdo con claridad. Me dio la impresión de que se referían a algo más que a la mera desaparición de su marido, aun cuando ésta hubiera ocurrido ante sus propios ojos. Su actitud era alocada, aunque no más, creo, de lo normal en aquellas circunstancias. No tengo razones para pensar que en aquel momento hubiera perdido la cabeza. Desde entonces nunca he vuelto a ver ni a saber nada de Mr. Williamson.»

Este testimonio, como podía esperarse, fue corroborado en casi todos los detalles por el otro único testigo presencial (si es que éste es el término apropiado), el joven James. Mrs. Williamson había perdido la razón y, por otra parte, no era adecuado tomar declaración a los criados. James Wren había declarado al principio que vio la desaparición, pero nada de ello aparece en la declaración que hizo en el juicio. Ninguno de los braceros que estaban trabajando en el campo al que Mr. Williamson se dirigía le habían visto, y el registro riguroso de toda la plantación y de los campos colindantes no proporcionó la menor pista. Los relatos más monstruosos y grotescos, inventados por los negros, fueron frecuentes en aquella parte del Estado durante muchos años, y probablemente todavía lo son; pero lo que aquí ha sido relatado es todo lo que se sabe con certeza de aquel asunto. Los jueces decidieron que Williamson había muerto y su herencia se distribuyó de acuerdo con la ley.

Una carrera inacabada

James Burne Worson era un zapatero que vivía en Leamington, en el condado de Warwickshire, Inglaterra. Tenía un pequeño taller en uno de los caminos poco transitados que confluían en la carretera que llevaba a Warwick. En su humilde actividad se le consideraba un hombre honrado, aunque como muchos otros de su clase en los pueblos ingleses era muy aficionado a la bebida. Cuando estaba ebrio era capaz de hacer las apuestas más alocadas. En una de aquellas ocasiones, demasiado frecuentes, hizo alarde de su habilidad como caminante y atleta, y el resultado fue una prueba contra la naturaleza. Por un soberano se comprometió a ir corriendo hasta Coventry y volver, una distancia de algo más de cuarenta millas. Esto ocurrió el tres de septiembre de 1873. Se puso en camino enseguida; el hombre con el que había hecho la apuesta, cuyo nombre no se recuerda, acompañado de Barham Wise, comerciante de paños, y Hamerson Burns,

fotógrafo, le siguieron en una carreta.

Durante varias millas Worson marchó muy bien, con paso suelto y sin fatiga aparente, pues verdaderamente tenía una gran resistencia y no iba lo suficientemente ebrio como para menoscabarla. Los tres individuos de la carreta se mantenían a corta distancia detrás de él, tomándole el pelo o animándole de vez en cuando, según el humor del momento. De repente, en medio de la carretera, a menos de doce yardas de donde ellos se encontraban con los ojos fijos en él, Worson dio un traspié y, desplomándose hacia delante, emitió un tremendo grito y desapareció. No llegó a caer al suelo; desapareció antes de rozarlo. Nunca se encontró ni rastro de él.

Después de dar vueltas por el lugar durante un tiempo sin saber qué hacer, los tres hombres regresaron a Leamington, donde contaron la asombrosa historia y fueron posteriormente arrestados. Pero tenían buena reputación, siempre se les había considerado sinceros, estaban sobrios en el momento del suceso y nunca se descubrió nada que desacreditara la exposición que hicieron bajo juramento de su extraordinaria aventura, en relación a cuya verdad, sin embargo, la opinión pública apareció dividida a lo largo del Reino Unido. Si tenían algo que ocultar, su elección de los métodos es, con toda seguridad, una de las más sorprendentes jamás realizadas por hombres cuerdos.

El rastro de Charles Ashmore

La familia de Christian Ashmore estaba formada por su esposa, su madre, dos hijas mayores y un hijo de dieciséis años. Vivían en Troy, en el estado de Nueva York, eran gente pudiente y respetable, y tenían muchos amigos, algunos de los cuales, al leer estas líneas, sin duda tendrán noticia por primera vez del extraordinario destino de aquel joven. Desde Troy, los Ashmore se trasladaron en 1871 o 1872 a Richmond, en Indiana, y un año

o dos más tarde a la región de Quincy, en Illinois, donde Mr. Ashmore compró una granja en la que vivió. A corta distancia de esa granja había una fuente de la que manaba constantemente un agua clara y fresca, de la que la familia se abastecía para uso doméstico en todas las estaciones del año.

En la noche del 9 de noviembre de 1878, a eso de las nueve, el joven Charles Ashmore abandonó el círculo familiar en torno al fuego, cogió un cubo de estaño y se encaminó hacia fa fuente. Como no regresaba, la familia comenzó a intranquilizarse y, dirigiéndose a la puerta por la que había salido, su padre empezó a gritar sin recibir respuesta alguna. Encendió entonces una linterna y, en compañía de la hija mayor, Martha, que insistió en ir con él, emprendió su búsqueda. Había nevado ligeramente y, aunque el camino había sido borrado, se podía distinguir el rastro del joven: sus huellas aparecían marcadas con claridad. Después de recorrer poco más de la mitad del camino, unas setenta y cinco yardas, el padre, que iba el primero, se detuvo y, elevando la linterna, escrutó en la oscuridad que se abría ante él.

- ¿Qué pasa, padre? - preguntó la muchacha.

Esto era lo que pasaba: el rastro del joven terminaba de repente, y más adelante todo era nieve lisa, sin hollar. Las últimas huellas se distinguían con tanta claridad como las del resto de la estela; hasta las señales de los clavos eran apreciables. Mr. Ashmore miró hacia arriba, colocando su sombrero entre los ojos y la linterna. Las estrellas brillaban; no había ni una nube en el cielo. La explicación que se había dado a sí mismo, por muy dudosa que hubiera sido (una nueva nevada con un límite tan claramente definido), cayó por su propio peso. Describiendo un amplio círculo alrededor de las últimas huellas, con el fin de dejarlas como estaban para un posterior examen, el hombre prosiguió su camino hasta la fuente, con la joven detrás, desfallecida y asustada. Ninguno había dicho una

palabra acerca de lo que ambos habían visto. La fuente aparecía cubierta por un hielo de horas.

De regreso a la casa advirtieron que había nieve a ambos lados del camino y en todo su recorrido. No había ninguna huella en él.

La luz del día no evidenció nada más. Lisa, sin huellas, intacta, la fina capa de nieve lo cubría todo.

Cuatro días después la afligida madre en persona fue por agua a la fuente. Cuando regresó contó que, al pasar por el lugar en el que las huellas habían desaparecido, escuchó la voz de su hijo y que ella le había llamado con impaciencia mientras daba vueltas por el paraje, pues le había parecido que la voz venía unas veces en una dirección y otras en otra, hasta que se sintió agotada por el cansancio y la emoción. Al preguntarle lo que había dicho la voz, fue incapaz de repetirlo, aunque afirmó que las palabras eran perfectamente claras. En un instante toda la familia se dirigió al lugar, pero no oyeron nada, y llegaron a la conclusión de que la voz era una alucinación producida por la gran ansiedad de la madre y sus trastornados nervios. Pero luego, durante meses, a intervalos irregulares de unos cuantos días, la voz volvió a ser oída por varios miembros de la familia y por otra gente. Todos declararon que, sin lugar a dudas, se trataba de la voz de Charles Ashmore; todos coincidieron en que parecía venir de muy lejos, pues era muy débil, y en que la claridad de su articulación era completa. Sin embargo, ninguno pudo determinar su procedencia, ni repetir sus palabras. Los intervalos de silencio se hicieron cada vez mayores, y la voz cada vez más débil y lejana, hasta que, hacia la mitad del verano, dejó de oírse.

Si alguien conoce el destino de Charles Ashmore, es probablemente su madre. Pero ha muerto.

Con la ciencia al frente

En relación con este asunto de la «desaparición misteriosa», de la que hay abundantes ejemplos en cada memoria, viene al caso citar la teoría del Dr. Hern, de Leipsic; no a modo de explicación, a no ser que el lector quiera tomarla en ese sentido, sino por su intrínseco interés como especulación singular. Este distinguido científico ha expuesto sus opiniones en un libro titulado Verschwinden und Seine Theorie, que ha atraído cierta atención, «en especial - dice un escritor -, entre los seguidores de Hegel y los matemáticos que defienden la existencia del llamado espacio no-euclídeo, es decir, el que tiene más dimensiones que las de longitud, anchura y espesor; espacio en el que sería posible hacer un nudo en una cuerda sin fin y darle la vuelta a una pelota de goma sin "solución de continuidad" o, en otras palabras, sin romperla ni abrirla.»

El Dr. Hern cree que en el mundo visible hay lugares vacíos, vacua o algo así, agujeros, como si dijéramos, a través de los cuales los objetos animados e inanimados pueden caer en un mundo invisible y no volver a ser vistos ni oídos. La teoría dice más o menos así: el espacio está impregnado de éter lumínico, que es algo material; una sustancia parecida al aire o al agua, aunque infinitamente más atenuada. Toda fuerza, todas las formas de energía deben propagarse en ese medio; todo proceso que tiene lugar, tiene lugar en él. Pero supongamos que existen cavidades en este medio, por otra parte universal, del mismo modo que existen cavernas en la tierra o agujeros en el queso suizo. En tales cavidades no habría absolutamente nada. Sería un vacío tal que jamás podría reproducirse por medios artificiales; porque si extraemos el aire de un recipiente, el éter lumínico permanece en él. A través de dichas cavidades no podría pasar la luz, porque no encontraría ningún soporte. El sonido tampoco podría salir de ellas; no se podría percibir nada. No habría ni una sola de las condiciones necesarias para la acción de nuestros sentidos. En resumen, en un vacío de ese tipo no podría ocurrir nada. Ahora, en palabras del escritor

anteriormente citado, pues el sabio doctor no lo explicó en ningún sitio de un modo tan conciso: «Un hombre encerrado en un espacio así no podría ver ni ser visto; oír ni ser oído; sentir ni ser sentido; ni vivir ni morir, porque tanto la vida como la muerte son procesos que sólo pueden tener lugar donde hay energía, y en un espacio vacío la energía no podría existir.» ¿Son éstas las horribles condiciones (preguntará alguno) bajo las que los amigos de los desaparecidos han de pensar que ellos existen, y estarán por siempre condenados a existir?

De modo escueto e imperfecto como aquí se ha enunciado, la teoría del Dr. Hern, en tanto que declara ser una explicación adecuada de «misteriosas desapariciones», está expuesta a muchas objeciones evidentes; al menos tal y como la enuncia en la «espaciosa volubilidad» de su libro. Pero incluso la exposición que hace su autor no explica los hechos relatados en estos apuntes y, a decir verdad, es incompatible con algunos de ellos: por ejemplo, el sonido de la voz de Charles Ashmore. Pero yo no soy quién para otorgar afinidad a los hechos y a las teorías.

A.B.

CHICKAMAUGA

En una tarde soleada de otoño, un niño perdido en el campo, lejos de su rústica vivienda, entró en un bosque sin ser visto. Sentía la nueva felicidad de escapar a toda vigilancia, de andar y explorar a la ventura, porque su espíritu, en el cuerpo de sus antepasados, y durante miles y miles de años, estaba habituado a cumplir hazañas memorables en descubrimientos y conquistas: victorias en batallas cuyos momentos críticos eran centurias, cuyos campamentos triunfales eran ciudades

talladas en peñascos. Desde la cuna de su raza, ese espíritu había logrado abrirse camino a través de dos continentes y después, franqueando el ancho mar, había penetrado en un terreno donde recibió como herencia la guerra y el poder.

Era un niño de seis años, hijo de un pobre plantador. Este, durante su primera juventud, había sido soldado, había luchado en el extremo sud. Pero en la existencia apacible del plantador, la llama de la guerra había sobrevivido; una vez encendida, nunca se apagó. El hombre amaba los libros y las estampas militares, y el niño las había comprendido lo bastante para hacerse un sable de madera que el padre mismo, sin embargo, no hubiera reconocido como tal. Ahora llevaba este sable con gallardía, como conviene al hijo de una raza heroica, y separaba de tiempo en tiempo en los claros soleados del bosque para asumir, exagerándolas, las actitudes de agresión y defensa que le fueron enseñadas por aquellas estampas. Enardecido por la facilidad con que echaba por tierra a enemigos invisibles que intentaban detenerlo, cometió el error táctico bastante frecuente de proseguir su avance hasta un extremo peligroso, y se encontró por fin al borde de un arroyo, ancho pero poco profundo, cuyas rápidas aguas le impidieron continuar adelante, a la caza de un enemigo derrotado que acababa de cruzarlo con ilógica facilidad. Pero el intrépido guerrero no iba a dejarse amilanar; el espíritu de la raza que había franqueado el ancho mar ardía, invencible, dentro de aquel pecho menudo, y no era sencillo sofocarlo. En el lecho del río descubrió un lugar donde habla algunos cantos rodados, espaciados a un paso o a un brinco de distancia; gracias a ellos pudo atravesarlo, cayó de nuevo sobre la retaguardia de sus enemigos imaginarios, y los pasó a todos a cuchillo.

Ahora, una vez ganada la batalla, la prudencia exigía que se replegara sobre la base de sus operaciones. ¡Ay!, como tantos otros conquistadores más grandes que él, como el más grande de todos, no podía

ni refrenar su sed de guerra ni comprender que el más afortunado no puede tentar al Destino.

De pronto, mientras avanzaba desde la orilla, se encontró frente a un nuevo y formidable adversario. A la vuelta de un sendero, con las orejas tiesas y las patas delanteras colgantes, muy erguido, estaba sentado un conejo. El niño lanzó una exclamación de asombro, dio media vuelta y escapó sin saber qué dirección tomaba, llamando a su madre con gritos inarticulados, llorando, tropezando, con su tierna piel cruelmente desgarrada por las zarzas, su corazoncito palpitando de terror, sin aliento, enceguecido por las lágrimas, perdido en el bosque. Después, durante más de una hora, sus pies vagabundos lo llevaron a través de malezas inextricables, y por fin, rendido de cansancio, se acostó en un estrecho espacio entre dos rocas a pocas yardas del río. Allí, sin dejar de apretar su sable de madera, que no era ya para él un arma sino un compañero, se durmió a fuerza de sollozos. Encima de su cabeza, los pájaros del bosque cantaban alegremente, las ardillas, castigando él aire con el esplendor de sus colas chillaban y corrían de árbol en árbol, ignorando al niño lastimero, y en alguna parte, muy lejos, gruñía un trueno, extraño y sordo, como si las perdices redoblaran para celebrar la victoria de la naturaleza sobre el hijo de aquellos que, desde tiempos inmemoriales, la han reducido a la esclavitud. Y del otro lado, en la pequeña plantación, donde hombres blancos y negros, llenos de alarma, buscaban afiebradamente en los campos y los cercos, una madre tenía el corazón destrozado por la desaparición de su hijo.

Pasaron las horas y el pequeño durmiente se levantó. La frescura de la tarde transía sus miembros; el temor a las tinieblas, su corazón. Pero había descansado y no lloraba más. Impulsado a obrar por un impulso ciego, se abrió camino a través de las malezas que lo rodeaban hasta llegar a un extremo más abierto: a su derecha, el arroyo; a su izquierda, una suave

pendiente con unos pocos árboles; arriba, las sombras cada vez más densas del crepúsculo. Una niebla tenue, espectral, a lo largo del agua, le inspiró miedo y repugnancia; en lugar de atravesar el arroyo por segunda vez en la dirección en que había venido, le dio la espalda y avanzó hacia el bosque sombrío que lo cercaba. Súbitamente, ante sus ojos, vio desplazarse un objeto extraño que tomó al principio por un enorme animal: perro, cerdo, no lo sabía; quizá fuera un oso. Había visto imágenes de osos y, no abrigando temor hacia ellos, había deseado vagamente encontrar uno. Pero algo en la forma o en el movimiento de aquel objeto, algo torpe en su andar, le dijo que no era un oso; el miedo refrenó la curiosidad, y el niño se detuvo. Sin embargo, a medida que la extraña criatura avanzaba con lentitud, aumentó su coraje porque advirtió que no tenía, al menos, las orejas largas, amenazadoras del conejo. Quizá su espíritu impresionable era consciente a medias de algo familiar en ese andar vacilante, ingrato. Antes de que se hubiera acercado lo suficiente para disipar sus dudas, vio que la criatura era seguida por otra y otra y otra. Y había muchas más a derecha e izquierda: el campo abierto qué lo rodeaba hormigueaba de aquellos seres, y todos avanzaban hacia el arroyo.

Eran hombres. Trepaban con las manos y las rodillas. Algunos solo usaban las manos, arrastrando las piernas; otros, solo las rodillas, y los brazos colgaban, inútiles, de cada lado. Trataban de ponerse en pie, pero se abatían en el curso de su esfuerzo, el rostro contra la tierra. Nada hacían normalmente, nada hacían de igual manera, salvo esa progresión pie por pie en el mismo sentido. Una por uno, dos por dos, en pequeños grupos, continuaban avanzando en la penumbra; a veces, algunos hacían un alto, otros se les adelantaban, arrastrándose con lentitud, y aquellos, entonces, reanudaban el movimiento. Llegaban por docenas y por centenares; se extendían a derecha e izquierda hasta donde podía escrutarse en la oscuridad creciente, y el bosque negro detrás de ellos parecía interminable.

El suelo mismo parecía desplazarse hacia el arroyo. De tiempo en tiempo, uno de aquellos que habían hecho un alto no reanudaba su camino y yacía inmóvil: estaba muerto. Algunos se detenían y gesticulaban de manera extraña: levantaban los brazos y los dejaban caer de nuevo, se tomaban la cabeza con ambas manos, extendían sus palmas hacia el cielo como hacen ciertos hombres durante las plegarias que dicen en común.

El niño no reparó en todos estos detalles que solo hubiera podido advertir un espectador de más edad. Solo vio una cosa: eran hombres, y sin embargo se arrastraban como niñitos. Eran hombres nada tenían pues de terrible, aunque algunos llevaran vestimentas que desconocía. Caminó libremente en medio de ellos, mirándolos de cerca con infantil curiosidad. Los rostros de todos eran singularmente pálidos; muchos estaban cubiertos de rastros y gotas rojas. Esto, unido a sus actitudes grotescas, les recordó al payaso pintarrajeado que había visto en el circo el verano anterior, y se puso a reír al contemplarlos. Pero esos hombres mutilados y sanguinolentos no dejaban de avanzar, sin advertir, al igual que el niño, el dramático contraste entre la risa de éste y su propia y horrible gravedad. Para el niño era un espectáculo cómico. Había visto a los negros de su padre arrastrarse sobre las manos y las rodillas para divertirlo: en esta posición los había montado, «haciendo creer» que los tomaba por caballos. Y entonces se aproximó por detrás a una de esas formas rampantes, y después, con un ágil movimiento, se le sentó a horcajadas. El hombre se desplomó sobre el pecho, recuperó el equilibrio, furiosamente, hizo caer redondo al niño como hubiera podido hacerlo un potrillo salvaje y después volvió hacia él un rostro al que le faltaba la mandíbula inferior; de los dientes superiores a la garganta, se abría un gran hueco rojo franjeado de pedazos de carne colgante y de esquirlas de hueso. La saliente monstruosa de la nariz, la falta de mentón, los ojos montaraces, daban al herido el aspecto de un gran pájaro rapaz con el cuello y el pecho enrojecidos por la sangre de su presa.

El hombre se incorporó sobre las rodillas. El niño se puso de pie. El hombre lo amenazó con el puño. El niño, por fin aterrorizado, corrió hasta un árbol próximo, se guareció detrás del tronco, y después encaró la situación con mayor seriedad. Y la siniestra multitud continuaba arrastrándose, lenta, dolorosa, en una lúgubre pantomima, bajando la pendiente como un hormigueo de escarabajos negros, sin hacer jamás el menor ruido, en un silencio profundo, absoluto.

En vez de oscurecerse, el hechizado paisaje comenzó a iluminarse. Más allá del arroyo, a través de la cintura de árboles, brillaba una extraña luz roja sobre la cual se destacaba el negro encaje de las ramas; golpeaba las siluetas rampantes y proyectaba sobre ellas monstruosas sombras que caricaturizaban sus movimientos en la hierba iluminada; caía en sus rostros, teñía su palidez de un color bermellón, acentuando las manchas que distorsionaban y maculaban a tantos de ellos, y centelleaba sobre los botones y las partes metálicas de sus ropas. Por instinto, el niño se volvió hacia aquel esplendor siempre creciente, y bajó la colina con sus horribles compañeros; en pocos instantes, había pasado al primero de la multitud, hazaña fácil dada su manifiesta superioridad sobre todos. Se colocó a la cabeza, el sable de madera siempre en la mano, y dirigió la marcha, adaptando su andar al de ellos, solemne, volviéndose de vez en cuando para verificar que sus fuerzas no quedaban atrás. A buen seguro, nunca un jefe tuvo semejante séquito.

Esparcidos por el terreno que enangostaba lentamente aquella marcha atroz de la multitud hacia el agua, había algunos objetos que no provocaban ninguna asociación de ideas significativa en el espíritu del jefe: en algunos lugares, una manta enrollada a lo largo, con las dos puntas atadas por una cuerda; aquí, una pesada mochila de soldado; allá, un fusil roto; en suma, esos desechos que se encuentran en la retaguardia de las tropas en retirada, jalonando la pista de los vencidos que han huido de sus

perseguidores. En todos lados junto al arroyo, bordeado en aquel sitio por tierras bajas, el suelo había sido hollado y transformado en lodo por los pies de los hombres y los cascos de los caballos. Un observador más experimentado habría advertido que esas huellas iban en ambas direcciones; dos veces habían pasado por el terreno: avanzando, retrocediendo. Algunas horas antes, aquellos heridos sin esperanza habían penetrado en el bosque por millares, en compañía de sus camaradas más felices, muy lejos ahora. Sus batallones sucesivos, dispersándose en enjambres y reformándose en líneas, habían desfilado junto al niño dormido, por poco lo habían pisoteado en su sueño. El ruido y el murmullo de su marcha no lo habían despertado. Casi a la distancia de un hondazo del lugar en que estaba acostado, habían librado batalla; pero el niño no había oído el estruendo de los fusiles, el estampido de los cañones, «la voz tonante de los capitanes y los clamores». Había dormido durante casi todo el combate, apretando contra su pecho el sable de madera, quizá por inconsciente simpatía hacia el conjunto marcial que lo rodeaba, pero tan insensible a la magnificencia de la lucha como a los caídos que allí habían muerto para hacerla gloriosa. Más allá de los árboles, del otro lato del arroyo, ahora el fuego se reflejaba sobre la tierra desde o alto de su bóveda de humo y bañaba todo el paisaje, transformando en vapor dorado la línea sinuosa de la niebla. Sobre el agua brillaban anchas manchas rojas, y rojas eran igualmente casi todas las piedras que emergían. Pero sobre aquellas piedras había sangre: los heridos menos graves las habían maculado al pasar. Gracias a ellas, también, al niño cruzó el arroyo a paso rápido; iba hacia el fuego. Una vez en la otra orilla, se volvió para mirar a sus compañeros de marcha. La vanguardia llegaba al arroyo. Los más vigorosos se habían arrastrado hasta el borde y habían hundido el rostro en el agua. Tres o cuatro, que yacían inmóviles, parecían no tener ya cabeza. Ante ese espectáculo, los ojos del niño se dilataron de asombro; por

hospitalario que fuera su espíritu, no podía aceptar un fenómeno que implicara pareja vitalidad. Después de haber abrevado su sed, aquellos hombres no habían tenido fuerzas para retroceder ni mantener sus cabezas por encima del agua: se habían ahogado. Detrás de ellos, los claros del bosque permitieron ver al jefe, como al principio de su marcha, innumerables e informes siluetas. Pero no todas se movían. El niño agitó su gorra para animarlas y, sonriendo, señaló con el sable de madera en dirección a la claridad que lo guiaba, columna de fuego de aquel extraño éxodo.

Confiando en la fidelidad de sus compañeros, penetró en la cintura de árboles, la franqueó fácilmente, a la luz roja, escaló una empalizada, atravesó corriendo un campo, volviéndose de tiempo en tiempo para coquetear con su obediente sombra, y de tal modo se aproximó a las ruinas de una casa en llamas. Por doquiera, la desolación. A la luz del inmenso brasero, no se veía un ser viviente. No se preocupó por ello. El espectáculo le gustaba y se puso a bailar de alegría como bailaban las llamas vacilantes. Corrió aquí y allá para recoger combustibles, pero todos los objetos que encontraba eran demasiado pesados y no podía arrojarlos al fuego, dada la distancia que le imponía el calor. Desesperado, lanzó su sable a la hoguera: se rendía ante las fuerzas superiores de la naturaleza. Su carrera militar había terminado.

Como cambiara de lugar, detuvo la mirada en algunas dependencias cuyo aspecto era extrañamente familiar: tenia la impresión de haber soñado con ellas. Se puso a reflexionar, sorprendido, y de pronto la plantación entera, con el bosque que la rodeaba, pareció girar sobre su eje. Vaciló su pequeño universo, se trastocó el orden de los puntos cardinales. ¡En los edificios en llamas reconoció su propia casa!

Durante un instante quedó estupefacto por la brutal revelación. Después se puso a correr en torno a las ruinas. Allí, plenamente visible a la

luz del incendio, yacía el cadáver de una mujer: el rostro pálido vuelto al cielo, las manos extendidas, agarrotadas y llenas de hierba, las ropas en desorden, el largo pelo negro, enmarañado, cubierto de sangre coagulada; le faltaba la mayor parte de la frente, y del agujero desgarrado salía el cerebro que desbordaba sobre las sienes, masa gris y espumosa coronada de racimos escarlata obra de un obús.

El niño hizo ademanes salvajes e inciertos. Lanzó gritos inarticulados, indescriptibles, que hacían pensar en los chillidos de un mono y en los cloqueos de un ganso, sonido atroz, sin alma, maldito lenguaje del demonio. El niño era sordomudo.

Después permaneció inmóvil, los labios temblorosos, los ojos fijos en las ruinas.

LA ALUCINACIÓN DE STANLEY FLEMING

De los dos hombres que estaban hablando, uno era médico.

- Le pedí que viniera, doctor, aunque no creo que pueda hacer nada. Quizás pueda recomendarme un especialista en psicopatía, porque creo que estoy un poco loco.

- Pues parece usted perfectamente - contestó el médico.

- Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones. Todas las noches me despierto y veo en la habitación, mirándome fijamente, un enorme perro negro de Terranova con una pata delantera de color blanco.

- Dice usted que despierta; ¿pero está seguro de eso? A veces, las alucinaciones tan sólo son sueños.

- Oh, despierto, de eso estoy seguro. A veces me quedo acostado

mucho tiempo mirando al perro tan fijamente como él a mí... siempre dejo la luz encendida. Cuando no puedo soportarlo más, me siento en la cama: ¡y no hay nada en la habitación!

- Mmmm... ¿qué expresión tiene el animal?

- A mí me parece siniestra. Evidentemente sé que, salvo en el arte, el rostro de un animal en reposo tiene siempre la misma expresión. Pero este animal no es real. Los perros de Terranova tienen un aspecto muy amable, como usted sabrá; ¿qué le pasará a éste?

- Realmente mi diagnosis no tendría valor alguno: no voy a tratar al perro.

El médico se rió de su propia broma, pero sin dejar de observar al paciente con el rabillo del ojo. Después, dijo:

- Fleming, la descripción que me ha dado del animal concuerda con la del perro del fallecido Atwell Barton.

Fleming se incorporó a medias en su asiento, pero volvió a sentarse e hizo un visible intento de mostrarse indiferente.

- Me acuerdo de Barton – dijo -. Creo que era... se informó que... ¿no hubo algo sospechoso en su muerte?

Mirando ahora directamente a los ojos de su paciente, el médico respondió:

- Hace tres años, el cuerpo de su viejo enemigo, Atwell Barton, se encontró en el bosque, cerca de su casa y también de la de usted. Había muerto acuchillado. No hubo detenciones porque no se encontró ninguna pista. Algunos teníamos nuestra «teoría». Yo tenía la mía. ¿Pensó usted algo?

- ¿Yo? Por su alma bendita, ¿qué podía saber yo al respecto? Recordará que marché a Europa casi inmediatamente después, y volví mucho más tarde. No puede pensar que en las escasas semanas que han transcurrido desde mi regreso pudiera construir una «teoría». En realidad,

ni siquiera había pensado en el asunto. ¿Pero qué pasa con su perro?

- Fue el primero en encontrar el cuerpo. Murió de hambre sobre su tumba.

Desconocemos la ley inexorable que subyace bajo las coincidencias. Staley Fleming no, o quizás no se habría puesto en pie de un salto cuando el viento de la noche trajo por la ventana abierta el aullido prolongado y lastimero de un perro distante. Recorrió varias veces la habitación bajo la mirada fija del médico, hasta que, parándose abruptamente delante de él, casi le gritó:

- ¿Qué tiene que ver todo esto con mi problema, doctor Halderman? Se ha olvidado del motivo de que le hiciera venir.

El médico se levantó, puso una mano sobre el brazo del paciente y le dijo con amabilidad:

- Perdóneme. Así, de improviso, no puedo diagnosticar su trastorno... quizás mañana. Hágame el favor de acostarse dejando la puerta sin cerrar; yo pasaré la noche aquí, con sus libros. ¿Podrá llamarme sin levantarse de la cama?

- Sí, hay un timbre eléctrico.

- Perfectamente. Si algo le inquieta, pulse el botón, pero sin erguirse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el médico se quedó mirando fijamente los carbones ardientes de la chimenea y meditando en profundidad, aunque aparentemente sin propósito, pues frecuentemente se levantaba y abría la puerta que daba a la escalera, escuchaba atentamente y después volvía a sentarse. Sin embargo, acabó por quedarse dormido y al despertar había pasado ya la medianoche. Removió el fuego, cogió un libro de la mesa que tenía a su lado y miró el título. Eran las Meditaciones de Denneker. Lo abrió al azar y empezó a leer.

«Lo mismo que ha sido ordenado por Dios que toda carne tenga

espíritu y adopte por tanto las facultades espirituales, también el espíritu tiene los poderes de la carne, aunque se salga de ésta y viva como algo aparte, como atestiguan muchas violencias realizadas por fantasmas y espíritus de los muertos. Y hay quien dice que el hombre no es el único en esto, pues también los animales tienen la misma inducción maligna, y...»

Interrumpió su lectura una conmoción en la casa, como si hubiera caído un objeto pesado. El lector soltó el libro, salió corriendo de la habitación y subió velozmente las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Intentó abrirla puerta pero, contrariando sus instrucciones, estaba cerrada. Empujó con el hombro con tal fuerza que ésta cedió. En el suelo, junto a la cama en desorden, vestido con su camisón, yacía Fleming moribundo.

El médico levantó la cabeza de éste del suelo y observó una herida en la garganta.

- Debería haber pensado en esto - dijo, suponiendo que se había suicidado.

Cuando el hombre murió, el examen detallado reveló las señales inequívocas de unos colmillos de animal profundamente hundidos en la vena yugular.

Pero allí no había habido animal alguno.

AL OTRO LADO DE LA PARED

Hace muchos años, cuando iba de Hong Kong a Nueva York pasé una semana en San Francisco. Hacía mucho tiempo que no había estado en esa ciudad y durante todo aquel periodo mis negocios en Oriente habían prosperado más de lo que esperaba. Como era rico, podía permitirme

volver a mi país para restablecer la amistad con los compañeros de juventud que aún vivían y me recordaban con afecto. El más importante para mí era Mohum Dampier, un antiguo amigo del colegio con quien había mantenido correspondencia irregular hasta que dejamos de escribirnos, cosa muy normal entre hombres. Es fácil darse cuenta de que la escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente. Se trata, simple y llanamente, de una ley.

Recordaba a Dampier como un compañero, fuerte y bien parecido, con gustos semejantes a los míos, que odiaba trabajar y mostraba una señalada indiferencia hacia muchas de las cuestiones que suelen preocupar a la gente; entre ellas la riqueza, de la que, sin embargo, disponía por herencia en cantidad suficiente como para no echar nada en falta. En su familia, una de las más aristocráticas y conocidas del país, se consideraba un orgullo que ninguno de sus miembros se hubiera dedicado al comercio o a la política, o hubiera recibido distinción alguna. Mohum era un poco sentimental y su carácter supersticioso le hacía inclinarse al estudio de temas relacionados con el ocultismo. Afortunadamente gozaba de una buena salud mental que le protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza.

La noche que le visité había tormenta. El invierno californiano estaba en su apogeo: una lluvia incesante regaba las calles desiertas y, al ser empujada por irregulares ráfagas de viento, se precipitaba contra las casas con una fuerza increíble. El cochero encontró el lugar, una zona residencial escasamente poblada cerca de la playa, con dificultad. La casa, bastante fea, se elevaba en el centro de un terreno en el que, según pude distinguir en la oscuridad, no había ni flores ni hierba. Tres o cuatro árboles, que se combaban y crujían a causa del temporal, parecían intentar

huir de su tétrico entorno en busca de mejor fortuna, lejos, en el mar. La vivienda era una estructura de dos pisos, hecha de ladrillo, que tenía una torre en una esquina, un piso más arriba. Era la única zona iluminada. La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento, sensación que se vio aumentada por el chorro de agua que sentía caer por la espalda mientras corría a buscar refugio en el portal.

Dampier, en respuesta a mi misiva informándole de mi deseo de visitarle, había contestado: «No llames, abre la puerta y sube.» Así lo hice. La escalera estaba pobremente iluminada por una luz de gas que había al final del segundo tramo. Conseguí llegar al descansillo sin destrozar nada y atravesé una puerta que daba a la iluminada estancia cuadrada de la torre. Dampier, en bata y zapatillas, se acercó, tal y como yo esperaba, a saludarme, y aunque en un principio pensé que me podría haber recibido más adecuadamente en el vestíbulo, después de verle, la idea de su posible inhospitalidad desapareció.

No parecía el mismo. A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Le encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas, y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso.

Me invitó a sentarme y, tras ofrecerme un cigarro, manifestó con sinceridad obvia y solemne que estaba encantado de verme. Después tuvimos una conversación trivial durante la cual me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido. Debió captar mis sentimientos porque inmediatamente dijo, con una gran sonrisa:

- Te he desilusionado: non sum qualis eram.

Aunque no sabía qué decir, al final señalé:

- No, que va, bueno, no sé: tu latín sigue igual que siempre.

Sonrió de nuevo.

- No – dijo -, al ser una lengua muerta, esta particularidad va aumentando. Pero, por favor, ten paciencia y espera: existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?

Mientras hablaba su sonrisa iba desapareciendo, y cuando terminó, me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia. Sin embargo no estaba dispuesto a dejarme llevar por su actitud ni a permitirle que descubriera lo profundamente afectado que me encontraba por su presagio de muerte.

- Supongo que pasará mucho tiempo antes de que el lenguaje humano deje de sernos útil – observé -, y para entonces su necesidad y utilidad habrán desaparecido.

Mi amigo no dijo nada y, como la conversación había tomado un giro desalentador y no sabía qué decir para darle un tono más agradable, también yo permanecí en silencio. De repente, en un momento en que la tormenta amainó y el silencio mortal contrastaba de un modo sobrecogedor con el estruendo anterior, oí un suave golpeteo que provenía del muro que tenía a mis espaldas. El sonido parecía haber sido producido por una mano, pero no como cuando se llama a una puerta para poder entrar, sino más bien como una señal acordada, como una prueba de la presencia de alguien en una habitación contigua; creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación de las que nos gustaría contar. Miré a Dampier. Si había algo divertido en mi mirada no debió captarlo. Parecía haberme olvidado y observaba la pared con una expresión que no soy capaz de definir, aunque la recuerdo como si la estuviera viendo. La situación era desconcertante. Me levanté con intención de marcharme; entonces reaccionó.

- Por favor, vuelve a sentarte – dijo -, no ocurre nada, no hay nadie ahí.

El golpeteo se repitió con la misma insistencia lenta y suave que la primera vez.

- Lo siento – dije -, es tarde. ¿Quieres que vuelva mañana?

Volvió a sonreír, esta vez un poco mecánicamente.

- Es muy gentil por tu parte, pero completamente innecesario. Te aseguro que ésta es la única habitación de la torre y no hay nadie ahí. Al menos...

Dejó la frase sin terminar, se levantó y abrió una ventana, única abertura que había en la pared de la que provenía el ruido.

- Mira.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, le seguí hasta la ventana y me asomé. La luz de una farola cercana permitía ver claramente, a través de la oscura cortina de agua que volvía a caer a raudales, que «no había nadie». Ciertamente, no había otra cosa que la pared totalmente desnuda de la torre.

Dampier cerró la ventana, señaló mi asiento y volvió a tomar posesión del suyo.

El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía). Sin embargo me impresionó vivamente el hecho de que mi amigo se esforzara por tranquilizarme, pues ello daba al suceso una cierta importancia y significación. Había demostrado que no había nadie, pero precisamente eso era lo interesante. Y no lo había explicado todavía. Su silencio resultaba irritante y ofensivo.

- Querido amigo - dije, me temo que con cierta ironía -, no estoy dispuesto a poner en cuestión tu derecho a hospedar a todos los espectros que desees de acuerdo con tus ideas de compañerismo; no es de mi incumbencia. Pero como sólo soy un simple hombre de negocios, fundamentalmente terrenales, no tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo. Por ello, me marcho a mi hotel, donde los

huéspedes aún son de carne y hueso.

No fue una alocución muy cortes, lo sé, pero mi amigo no manifestó ninguna reacción especial hacia ella.

- Te ruego que no te vayas – observó -. Agradezco mucho tu presencia. Admito haber escuchado un par de veces con anterioridad lo que tú acabas de oír esta noche. Ahora sé que no eran ilusiones mías y esto es verdaderamente importante para mí; más de lo que te imaginas. Enciende un buen cigarro y ármate de paciencia mientras te cuento toda la historia.

La lluvia volvía a arreciar, produciendo un rumor monótono, que era interrumpido de vez en cuando por el repentino azote de las ramas agitadas por el viento. Era bastante tarde, pero la compasión y la curiosidad me hicieron seguir con atención el monólogo de Dampier, a quien no interrumpí ni una sola vez desde que empezó a hablar.

- Hace diez años – comenzó -, estuve viviendo en un apartamento, en la planta baja de una de las casas adosadas que hay al otro lado de la ciudad, en Rincon Hill. Esa zona había sido una de las mejores de San Francisco, pero había caído en desgracia, en parte por el carácter primitivo de su arquitectura, no apropiada para el gusto de nuestros ricos ciudadanos, y en parte porque ciertas mejoras públicas la habían afeado. La hilera de casas, en una de las cuales yo habitaba, estaba un poco apartada de la calle; cada vivienda tenía un diminuto jardín, separado del de los vecinos por unas cercas de hierro y dividido con precisión matemática por un paseo de gravilla bordeado de bojes, que iba desde la verja a la puerta.

»Una mañana, cuando salía, vi a una chica joven entrar en el jardín de la casa izquierda. Era un caluroso día de junio y llevaba un ligero vestido blanco. Un ancho sombrero de paja decorado al estilo de la época, con flores y cintas, colgaba de sus hombros. Mi atención no estuvo mucho tiempo centrada en la exquisita sencillez de sus ropas, pues resultaba imposible mirarla a la cara sin advertir algo sobrenatural. Pero no, no

temas; no voy a deslucir su imagen describiéndola. Era sumamente bella. Toda la hermosura que yo había visto o soñado con anterioridad encontraba su expresión en aquella inigualable imagen viviente, creada por la mano del Artista Divino. Me impresionó tan profundamente que, sin pensar en lo impropio del acto, descubrí mi cabeza, igual que haría un católico devoto o un protestante de buena familia ante la imagen de la Virgen. A la doncella no parecía disgustarle mi gesto; me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó sin aliento, y, sin más, entró en la casa. Permanecí inmóvil por un momento, con el sombrero en la mano, consciente de mi rudeza y tan dominado por la emoción que la visión de aquella belleza incomparable me inspiraba, que mi penitencia resultó menos dolorosa de lo que debería haber sido. Entonces reanudé mi camino, pero dejé el corazón en aquel lugar. Cualquier otro día habría permanecido fuera de casa hasta la caída de la noche, pero aquél, a eso de la media tarde, ya estaba de vuelta en el jardín, interesado por aquellas pocas flores sin importancia que nunca antes me había detenido a observar. Mi espera fue en vano; la chica no apareció.

»A aquella noche de inquietud le siguió un día de expectación y desilusión. Pero al día siguiente, mientras caminaba por el barrio sin rumbo, me la encontré. Desde luego no volví a hacer la tontería de descubrirme; ni siquiera me atreví a dedicarle una mirada demasiado larga para expresar mi interés. Sin embargo mi corazón latía aceleradamente. Tenía temblores y, cuando me dedicó con sus grandes ojos negros una mirada de evidente reconocimiento, totalmente desprovista de descaro o coquetería, me sonrojé.

»No te cansaré con más detalles; sólo añadiré que volví a encontrármela muchas veces, aunque nunca le dirigí la palabra ni intenté llamar su atención. Tampoco hice nada por conocerla. Tal vez mi autocontrol, que requería un sacrificio tan abnegado, no resulte claramente

comprensible. Es cierto que estaba locamente enamorado, pero, ¿cómo puede uno cambiar su forma de pensar o transformar el propio carácter?

»Yo era lo que algunos estúpidos llaman, y otros más tontos aún gustan ser llamados, un aristócrata; y, a pesar de su belleza, de sus encantos y elegancia, aquella chica no pertenecía a mi clase. Me enteré de su nombre (no tiene sentido citarlo aquí) y supe algo acerca de su familia. Era huérfana y vivía en la casa de huéspedes de su tía, una gruesa señora de edad, inaguantable, de la que dependía. Mis ingresos eran escasos y no tenía talento suficiente como para casarme; debe de ser una cualidad que nunca he tenido. La unión con aquella familia habría significado llevar su forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la calle. Sé que este tipo de consideraciones son fácilmente censurables y no me encuentro preparado para defenderlas. Acepto que se me juzgue, pero, en estricta justicia, todos mis antepasados, a lo largo de generaciones, deberían ser mis codefensores y debería permitírseme invocar como atenuante el mandato imperioso de la sangre. Cada glóbulo de ella está en contra de un enlace de este tipo. En resumen, mis gustos, costumbres, instinto e incluso la sensatez que pueda quedarme después de haberme enamorado, se vuelven contra él. Además, como soy un romántico incorregible, encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar, y el matrimonio con toda seguridad disiparía. Ninguna criatura, argüía yo, podría ser más encantadora que esta mujer. El amor es un sueño delicioso; entonces, ¿por qué razón iba yo a procurar mi propio despertar?

»El comportamiento que se deducía de toda esta apreciación y parecer era obvio. Mi honor, orgullo y prudencia, así como la conservación de mis ideales me ordenaban huir, pero me sentía demasiado débil para ello. Lo más que podía hacer - y con gran esfuerzo - era dejar de ver a la chica, y eso fue lo que hice. Evité incluso los encuentros fortuitos en el

jardín. Abandonaba la casa sólo cuando sabía que ella ya se había marchado a sus clases de música, y volvía después de la caída de la noche. Sin embargo era como si estuviera en trance; daba rienda suelta a las imaginaciones más fascinantes y toda mi vida intelectual estaba relacionada con ellas. ¡Ah, querido amigo! Tus acciones tienen una relación tan clara con la razón que no puedes imaginarte el paraíso de locura en el que viví.

»Una tarde, el diablo me hizo ver que era un idiota redomado. A través de una conversación desordenada, y sin buscarlo, me enteré por la cotilla de mi casera que la habitación de la joven estaba al lado de la mía, separada por una pared medianera. Llevado por un impulso torpe y repentino, di unos golpecitos suaves en la pared. Evidentemente, no hubo respuesta, pero no tuve humor suficiente para aceptar un rechazo. Perdí la cordura y repetí esa tontería, esa infracción, que de nuevo resultó inútil, por lo que tuve el decoro de desistir.

»Una hora más tarde, mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno, oí, o al menos creí oír, que alguien contestaba a mi llamada. Dejé caer los libros y de un salto me acerqué a la pared donde, con toda la firmeza que mi corazón me permitía, di tres golpes. La respuesta fue clara y contundente: uno, dos, tres, una exacta repetición de mis toques. Eso fue todo lo que pude conseguir, pero fue suficiente; demasiado, diría yo.

»Aquella locura continuó a la tarde siguiente, y en adelante durante muchas tardes, y siempre era yo quien tenía la última palabra. Durante todo aquel tiempo me sentí completamente feliz, pero, con la terquedad que me caracteriza, me mantuve en la decisión de no ver a la chica. Un día, tal y como era de esperar, sus contestaciones cesaron. «Está enfadada -me dije- porque cree que soy tímido y no me atrevo a llegar más lejos»; entonces decidí buscarla y conocerla y... Bueno, ni supe entonces ni sé ahora lo que podría haber resultado de todo aquello. Sólo sé que pasé días intentando

encontrarme con ella, pero todo fue en vano. Resultaba imposible verla u oírla. Recorrí infructuosamente las calles en las que antes nos habíamos cruzado; vigilé el jardín de su casa desde mi ventana, pero no la vi entrar ni salir. Profundamente abatido, pensé que se había marchado; pero no intenté aclarar mi duda preguntándole a la casera, a la que tenía una tremenda ojeriza desde que me habló de la chica con menos respeto del que yo consideraba apropiado.

»Y llegó la noche fatídica. Rendido por la emoción, la indecisión y el desaliento, me acosté temprano y conseguí conciliar un poco el sueño. A media noche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre, que me despertó y me hizo incorporarme para prestar atención a no sé muy bien qué. Me pareció oír unos ligeros golpes en la pared: el fantasma de una señal conocida. Un momento después se repitieron: uno, dos, tres, con la misma intensidad que la primera vez, pero ahora un sentido alerta y en tensión los recibía. Estaba a punto de contestar cuando el Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis asuntos con una pícara sugerencia de venganza. Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda. ¡Qué tontería! ¡Que Dios sepa perdonármela! Durante el resto de la noche permanecí despierto, escuchando y reforzando mi obstinación con cínicas justificaciones.

»A la mañana siguiente, tarde, al salir de casa me encontré con la casera, que entraba:

»- Buenos días, señor Dampier – dijo -; ¿se ha enterado usted de lo que ha pasado?

Le dije que no, de palabra, pero le di a entender con el gesto que me daba igual lo que fuera. No debió captarlo porque continuó:

- A la chica enferma de al lado. ¿Cómo? ¿No ha oído nada? Llevaba semanas enferma y ahora...

Casi salto sobre ella.

»- Y ahora... – grité -, y ahora ¿qué?

»- Está muerta.

»Pero aún hay algo más. A mitad de la noche, según supe más tarde, la chica se había despertado de un largo estupor, tras una semana de delirio, y había pedido - éste fue su último deseo - que llevaran su cama al extremo opuesto de la habitación. Los que la cuidaban consideraron la petición un desvarío más de su delirio, pero accedieron a ella. Y en ese lugar aquella pobre alma agonizante había realizado la débil aspiración de intentar restaurar una comunicación rota, un dorado hilo de sentimiento entre su inocencia y mi vil monstruosidad, que se empeñaba en profesar una lealtad brutal y ciega a la ley del Ego.

»¿Cómo podía reparar mi error? ¿Se pueden decir misas. por el descanso de almas que, en noches como ésta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?

»Esta ha sido su tercera visita. La primera vez fui escéptico y verifiqué por métodos naturales el carácter del incidente; la segunda, respondí a los golpes, varias veces repetidas, pero sin resultado alguno. Esta noche se completa la «tríada fatal» de la que habla Parapelius Necromantius. Es todo lo que puedo decir.

Cuando hubo terminado su relato no encontré nada importante que decir, y preguntar habría sido una impertinencia terrible. Me levanté y le di las buenas noches de tal forma que pudiera captar la compasión que sentía por él; en señal de agradecimiento me dio un silencioso apretón de manos. Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido.

EL FAMOSO LEGADO GILSON

Lo de Gilson iba mal: tal era el juicio lacónico y frío, si bien no carente de simpatía, de la mejor opinión pública de Mammon Hill: el dictamen de la sociedad respetable. El veredicto del elemento opuesto, o mejor sería decir oponente - el elemento que acechaba con ojos enrojecidos e inquietos la «ruina» de Moll Gurney, mientras la respetabilidad se tomaba el asunto más dulcemente en el magnífico «salón» del señor Jo. Bentley- venía a tener prácticamente los mismos efectos generales, aunque expresados con mayor adorno mediante la utilización de pintorescas palabrotas que es innecesario citar. Por lo que respecta a la cuestión Gilson, Mammon Hill era prácticamente una piña. Y debe confesarse que en un sentido meramente temporal no le iba todo bien al señor Gilson. Aquella misma mañana había sido conducido a la ciudad por el señor Brentshaw y acusado públicamente de robar caballos; entretanto el sheriff estaba ocupado en El Árbol probando una nueva cuerda de cáñamo mientras el carpintero Pete se afanaba activamente, entre trago y trago, en fabricar una caja de pino de la longitud y la anchura del señor Gilson. Una vez que la sociedad había pronunciado su veredicto, entre Gilson y la eternidad sólo restaba la formalidad decente de un juicio.

Éstos son, de manera breve y simple, los anales del prisionero: recientemente había residido en New Jerusalem, en la horquilla septentrional de Little Stony, pero había acudido a los recién descubiertos depósitos minerales de Mammon Hill inmediatamente antes de la «fiebre del oro» que había despoblado la población anterior. El descubrimiento de las nuevas excavaciones había sido oportuno para el señor Gilson, pues muy poco antes un comité de vigilancia de New Jerusalem le había dado a entender que sería mejor que cambiara de vida y se fuera, para siempre, a

algún otro lugar; y la lista de los lugares a los que podía acudir sintiéndose a salvo no incluía muchos de los campamentos anteriores, por lo que lógicamente se estableció en Mammon Hill. Como acabó por ser seguido hasta allí por sus jueces, ordenó su conducta con considerable circunspección, pero como no se sabía que hubiera trabajado decentemente ni un solo día en alguna labor aprobada por el rígido código moral local, aparte de jugar al póker, seguía siendo objeto de la sospecha general. A decir verdad, se conjeturaba que había sido el autor de las numerosas depredaciones osadas que se habían cometido recientemente en los diques de contención utilizando una batea y un cepillo.

El señor Brentshaw ocupaba un lugar destacado entre aquellos que habían cambiado las sospechas por una convicción firme. En cualquier momento, resultara o no oportuno, el señor Brentshaw expresaba su creencia de que el señor Gilson estaba relacionado con aquellas impías aventuras de medianoche, añadiendo su voluntad de abrir caminos a los rayos del sol a través del cuerpo de cualquiera que considerara adecuado expresar una opinión diferente, lo que en su presencia procuraba no hacer ni siquiera la pacífica persona más implicada en el tema. Pero con independencia de cuál fuera la verdad del asunto, lo cierto es que con frecuencia Gilson perdía más «polvo de oro puro» en la mesa de faro de Jo. Bentley de lo que estaba registrado en la historia local que hubiera ganado nunca honestamente al póker durante toda la existencia del campamento. Pero finalmente el señor Bentley -posiblemente porque temía perder el patronazgo más provechoso del señor Brentshaw- se negó en redondo a que Gilson cubriera con monedas la apuesta de la reina, dando a entender al mismo tiempo, a su manera sincera y directa, que el privilegio de perder dinero en «aquel banco» era una bendición que debía ir aparejada a la condición de una corrección comercial notoria y una buena fama social.

Los habitantes de Hill consideraron que ya era el momento de

ocuparse de una persona a la que el ciudadano más honorable del lugar se había visto obligado a rechazar aun a costa de un considerable sacrificio personal. Particularmente el contingente que procedía de New Jerusalem empezó a mitigar su tolerancia, surgida por la diversión que les producía la metedura de pata que habían cometido al exiliar a un vecino de dudosa reputación enviándolo precisamente al mismo lugar al que ellos habían acabado por llegar. Finalmente, todos los habitantes de Mammon Hill eran de la misma opinión. Tampoco es que se expresara así, pero el hecho de que Gilson debía ser ahorcado estaba «en el ambiente». Pero en este momento decisivo de su historia, dio signos de haber cambiado de vida, aunque no fuera de corazón. Quizás se debiera tan sólo a que como «el banco» se había cerrado para él, de nada le servía ya el polvo de oro. En cualquier caso, lo cierto es que los diques de contención no volvieron a ser molestados. Pero era imposible reprimir la abundante energía de una naturaleza como la suya, por lo que prosiguió, posiblemente por el hábito, los caminos tortuosos que ya había recorrido para beneficio del señor Bentley. Tras algunos intentos inútiles de dedicarse al robo en los caminos -si es posible utilizar un nombre tan duro para ese trabajo de carretera-, hizo uno o dos modestos intentos en la conducción de manadas de caballos, y fue en mitad de una prometedora acción de este tipo, y precisamente cuando mejor le iban las cosas, cuando naufragó. Pues una neblinosa noche iluminada por la luna el señor Brentshaw se topó con una persona que evidentemente tenía intenciones de abandonar aquella parte del país, sujetó el ronzal que relacionaba la muñeca del señor Gilson con la yegua baya del señor Harper, le palmeó familiarmente la mejilla con el cañón de un revólver y le solicitó el placer de que le acompañara en la dirección contraria a la que iba viajando. Ciertamente, Gilson lo tenía bastante mal.

La mañana posterior a su detención fue juzgado, considerado culpable y sentenciado. Por lo que concierne a su vida en la tierra, sólo

restaba ahorcarle, reservando para una mención más particular su última voluntad y testamento, que con gran esfuerzo redactó en la prisión, y en el que probablemente por alguna idea confusa e imperfecta acerca del derecho de sus captores, legaba todas sus posesiones a su «ejecutor legal», el señor Brentshaw. Sin embargo, el legado incluía la condición de que el heredero bajara de El Árbol el cuerpo del testatario y lo «plantara en tierra».

De manera que el señor Gilson fue... iba a decir que fue «abandonado a su balanceo», pero me temo que ya he utilizado demasiados giros provincianos en esta relación directa de los hechos; además, la forma en que la ley siguió su curso se describe con mayor precisión con los términos que empleó el juez al leer la sentencia: el señor Gilson fue «ahorcado».

A su debido momento, el señor Brentshaw, algo conmovido quizás por el cumplido de la herencia, fue a El Árbol para recoger el fruto. Cuando bajó el cuerpo se encontró en el bolsillo del chaleco un codicilo debidamente firmado del testamento que ya hemos citado. La naturaleza de sus provisiones explicaba el hecho de que así se hubiera ocultado, pues si el señor Brentshaw hubiera conocido previamente las condiciones por las que se haría cargo del legado Gilson, sin la menor duda habría rechazado la responsabilidad. De manera breve, el codicilo venía a decir lo siguiente:

Puesto que en diversos momentos y lugares determinadas personas afirmaron que durante su vida el testador les había robado en sus diques de contención; por tanto, si durante los cinco años siguientes a la fecha de este instrumento legal alguien presentara pruebas de tal afirmación ante un tribunal, dicha persona recibiría como reparación toda la herencia personal y real que el testador muerto se apropió y poseyó, menos los gastos del tribunal y una compensación establecida al ejecutor legal, Henry Clay Brentshaw; proveyendo que, si más de una persona presentaba esa prueba, la herencia se dividiría a partes iguales entre ellos o con ellos. Pero en caso

de que ninguno consiguiera éstablecer así la culpa del testador, entonces la propiedad entera, menos los gastos de tribunal, tal como se mencionaron, iría a parar al mencionado Henry Clay Brentshaw para su propio uso, tal como se establecía en el testamento.

Quizás la sintaxis de este notable documento pueda ser objeto de la crítica, pero el significado resultaba bastante claro. La ortografía no se conformaba a ningún sistema reconocido, pero por ser sobre todo fonética, no resultaba ambigua. Tal como comentó exactamente el juez testamentario, para ganar aquella apuesta se necesitarían cinco ases. El señor Brentshaw sonrió de buen humor, y tras ejecutar los últimos y tristes ritos con divertida ostentación, juró debidamente como ejecutor y heredero condicional según las provisiones de una ley apresuradamente aprobada (a instancias del miembro del distrito de Mammon Hill) por un cuerpo legislativo chistoso; la misma ley que, tal como se descubrió más tarde, había creado también tres o cuatro empleos lucrativos y autorizado los gastos de una considerable suma dinero público para construir un puente sobre la línea férrea que quizás habría resultado más ventajoso de haberse construido sobre alguna vía real y existente.

Evidentemente el señor Brentshaw no esperaba beneficiarse ni del testamento ni del litigio, como consecuencia de sus inusuales provisiones; aunque Gilson había tenido dinero en abundancia con frecuencia, los asesores y recaudadores fiscales habían procurado no perder dinero con él. Pero una búsqueda descuidada y formal entre sus papeles puso al descubierto títulos de propiedad de valiosas fincas en el este, y certificados de depósito de sumas increíbles en bancos bastante menos escrupulosos que el del señor Jo. Bentley.

Estas sorprendentes noticias se conocieron inmediatamente, produciendo gran excitación en la zona. *El Patriot de Mammon Hill*, cuyo editor había sido uno de los principales instigadores del movimiento que

obligó a Gilson a abandonar New Jerusalem, publicó una nota necrológica llena de cumplidos hacia el fallecido en la que llamaba la atención sobre el hecho de que su vil competidor, el Clarion de Squaw Gulch, estaba convirtiendo la virtud en desprecio al ensuciar con lisonjas la memoria de aquel al que en vida había considerado como alguien molesto y vil. Sin embargo, el hecho es que sin dejarse intimidar por la prensa, los reclamantes del testamento no tardaron en presentarse con sus pruebas; y por grande que fuera el legado Gilson, llegó a parecer claramente insignificante teniendo en cuenta el gran número de diques de contención del que se aseguraba había obtenido las riquezas. ¡El país entero se levantó como un solo hombre!

El señor Brentshaw estuvo a la altura de la situación de emergencia. Con una astuta aplicación de humildes dispositivos auxiliares, levantó enseguida sobre los huesos de su benefactor un monumento costoso que sobresalía en altura sobre todos los otros del cementerio, y sobre él hizo juiciosamente que se inscribiera un epitafio que él mismo había compuesto y en el que elogiaba la honestidad, el espíritu público y las virtudes afines de aquel que dormía debajo, «víctima de las injustas calumnias de la camada de víboras del Calumniador».

Empleó además a los mejores talentos legales de la zona para defender la memoria de su desaparecido amigo, por lo que durante cinco largos años los tribunales territoriales se ocuparon de todos los litigios abundantes que se relacionaban con el legado Gilson. A los mejores hombres de leyes el señor Brentshaw opuso la capacidad de leguleyos mejores todavía; en la licitación por los favores que podían comprarse, ofrecía precios que desorganizaron totalmente el mercado; los jueces encontraron en su mesa hospitalaria entretenimiento para el hombre y el animal, como nunca antes lo había habido en el territorio; a los testigos falsos les enfrentó con testigos de falsedad superior.

Pero la batalla no se limitó al templo de la ciega diosa, sino que invadió la prensa, el púlpito y las salas de estar. Producía furor en el mercado, en la bolsa y en la escuela; en los barrancos y en las esquinas de la ciudad. Y en el último día del memorable período que limitaba la acción legal del testamento Gilson, el sol se puso en una región en la que el sentido moral había muerto, la conciencia social se había vuelto cruel, y la capacidad intelectual había menguado y se había debilitado y confundido. Pero el señor Brentshaw ganó en toda la línea.

Sucedió aquella noche que el cementerio en el que, en una de sus esquinas, yacían las cenizas ahora honradas del fallecido caballero Milton Gilson, quedó parcialmente cubierto por el agua. Con la crecida provocada por las lluvias incesantes, el torrente Cat había derramado por encima de sus orillas una colérica inundación que, tras socavar el suelo en múltiples lugares, había remitido en parte, como por vergüenza del sacrilegio, dejando al descubierto mucho de lo que se había ocultado piadosamente. Incluso el famoso monumento Gilson, orgullo y gloria de Mammon Hill, había dejado de ser un vigoroso y erguido rechazo de la «camada de víboras», había sucumbido a la corriente que lo socavó y había sido derribado. La macabra inundación había exhumado el pobre y podrido ataúd de pino, que yacía ahora expuesto a la luz en piadoso contraste con el pomposo monolito que, como un signo gigantesco de admiración, ponía de relieve la revelación.

A ese deprimente lugar, atraído por una influencia sutil que no pretendió analizar ni tampoco resistirse a ella, llegó el señor Brentshaw. Un señor Brentshaw ya cambiado. Cinco años de esfuerzo, ansiedad y vigilancia habían cubierto de parches grises sus cabellos negros, encorvado su hermosa figura, afilado su rostro, y convertido su ágil modo de andar en un arrastrarse chocheante. Ese lustro de fiera lucha no había afectado menos a su corazón e intelecto. El buen humor despreocupado que le había

impulsado a aceptar el legado del muerto había cedido ante un hábito de melancolía constante. Su intelecto firme y vigoroso había madurado dando paso a la blandura mental de una segunda infancia. Su entendimiento amplio se había estrechado hasta acomodarse a una sola idea; y en lugar de la incredulidad tranquila y cínica de tiempos anteriores, había en él una fe obsesiva en lo sobrenatural que aleteaba en su alma sombría como un murciélago que presagiara la locura. Confuso en todo lo demás, su entendimiento se aferraba a una sola convicción con la tenacidad de un intelecto hundido. Esa convicción era la creencia inquebrantable en la inocencia absoluta del fallecido Gilson. Tantas veces lo había jurado así en el tribunal y afirmado en conversaciones privadas -con tanta frecuencia había sido tan triunfalmente establecido así por testimonios que su buen dinero le habían costado (pues ese mismo día había pagado el último dólar del legado Gilson al señor Jo. Bentley, último testigo del buen carácter de Gilson) - que esa convicción se había convertido para él en una especie de fe religiosa. Le parecía la única verdad básica y decisiva de la vida: la única verdad serena en un mundo de mentiras.

Aquella noche, mientras estaba sentado y pensativo sobre el monumento caído, tratando de descifrar bajo la débil luz de la luna el epitafio que cinco años antes había compuesto con una sonrisa que la memoria no había registrado, las lágrimas del remordimiento brotaron de sus ojos al recordar que él había sido el principal instrumento que provocó, mediante una falsa acusación, la muerte de aquel buen hombre; pues durante parte de los procedimientos legales, el señor Harper, por una consideración (olvidada) había jurado que en la pequeña transacción con su yegua baya el fallecido había actuado en acuerdo estricto con sus deseos, que él mismo le había comunicado confidencialmente al fallecido, el cual los había ocultado fielmente a costa de su vida. Todo lo que el señor Brentshaw había hecho desde entonces en favor de la memoria del muerto

le parecía dolorosamente inadecuado: ¡en su mayor parte mediocre, insignificante y degradado por el egoísmo!

Mientras estaba sentado allí torturándose con esos lamentos inútiles, una débil sombra cruzó por delante de sus ojos. Al levantar la vista hacia la luna, que estaba a baja altura por el oeste, vio que la oscurecía una especie de nube vaga y acuosa; pero al moverse los haces de luz iluminaron uno de sus lados y percibió el perfil claro de una figura humana. La aparición fue haciéndose poco a poco más visible; estaba muy cerca de él. Por sorprendidos que estuvieran sus sentidos, casi trabados por el terror y confundidos por terribles imágenes, el señor Brentshaw no pudo evitar percibir, o pensar que percibía, que aquella forma ultraterrena tenía una extraña similitud con la parte mortal del finado Milton Gilson, con el aspecto que tenía esa persona cuando fue bajada de El Árbol cinco años antes. La semejanza era en verdad completa, incluso para sus ojos fríos, y en el cuello tenía una especie de círculo sombreado. No llevaba abrigo ni sombrero, estaba exactamente igual que Gilson cuando había sido colocado en su pobre y barato ataúd por las manos poco cuidadosas del carpintero Pete... por el que hacía ya bastante tiempo que alguien había realizado el mismo y amistoso oficio. El espectro, si era tal cosa, parecía llevar en las manos algo que el señor Brentshaw no podía descifrar claramente. Se acercó más, hasta que finalmente se detuvo al lado del ataúd que contenía las cenizas del fallecido señor Gilson, cuya tapa estaba torcida y revelaba a medias su incierto interior. Inclinándose sobre él, el fantasma pareció lanzar en él una sustancia oscura de dudosa consistencia que llevaba en un cuenco, para después deslizarse furtivamente hacia la parte inferior del cementerio. Allí la inundación había trasladado, al retirarse, varios ataúdes abiertos, entre los que empezó a emitir gorgoteos junto con sollozos y susurros. Inclinándose sobre uno de ellos, la aparición cepilló cuidadosamente su contenido sobre el cuenco, regresó luego a su propio

ataúd y vació en él el cuenco, lo mismo que antes. Repitió la misteriosa operación en todos los ataúdes que habían quedado abiertos, y a veces el fantasma metía el cuenco en el agua corriente y lo agitaba suavemente para limpiarlo de la arcilla más ruín, amontonando siempre los residuos en su caja privada. En resumen, la parte inmortal del fallecido Milton Gilson estaba limpiando el polvo de sus vecinos y añadiéndolo previsoramente al suyo.

Quizás fuera el fantasma de una mente trastornada en un cuerpo enfebrecido. Quizás fuera una farsa solemne representada por los espíritus burlones que pueblan las sombras que están a la orilla del otro mundo. Dios lo sabrá; a nosotros sólo nos queda el conocimiento de que cuando el sol del siguiente día tocó con su luz dorada el cementerio en ruinas de Mammon Hill, el más amable de sus rayos iluminó el rostro inmóvil y blanco de Henry Brentshaw, muerto entre los muertos.

EL ENGENDRO MALDITO

I - No siempre se come lo que está sobre la mesa

A la luz de una vela de sebo colocada en un extremo de una rústica mesa, un hombre leía algo escrito en un libro. Era un viejo libro de cuentas muy usado, y al parecer su escritura no era demasiado legible porque a veces el hombre acercaba el libro a la vela para ver mejor. En esos momentos la mitad de la habitación quedaba en sombra y sólo era posible entrever unos rostros borrosos, los de los ocho hombres que estaban con el lector. Siete de ellos se hallaban sentados, inmóviles y en silencio, junto a las paredes de troncos rugosos y, dada la pequeñez del cuarto, a corta

distancia de la mesa. De haber extendido un brazo, cualquiera de ellos habría rozado al octavo hombre, tendido boca arriba sobre la mesa, que con los brazos pegados a los costados estaba parcialmente cubierto con una sábana. Era un muerto.

El hombre del libro leía en voz baja. Salvo el cadáver todos parecían esperar que ocurriera algo. Una serie de extraños ruidos de desolación nocturna penetraba por la abertura que hacía de ventana: el largo aullido innombrable de un coyote lejano; la incesante vibración de los insectos en los árboles; los gritos extraños de las aves nocturnas, tan diferentes del canto de los pájaros durante el día; el zumbido de los grandes escarabajos que vuelan desordenadamente, y todo ese coro indescifrable de leves sonidos que, cuando de golpe se interrumpe, creemos haber escuchado sólo a medias, con la sospecha de haber sido indiscretos. Pero nada de esto era advertido en aquella reunión; sus miembros, según se apreciaba en sus rostros hoscos con aquella débil luz, no parecían muy partidarios de fijar la atención en cosas superfluas. Sin duda alguna eran hombres de los contornos, granjeros y leñadores.

El que leía era un poco diferente; tenía algo de hombre de mundo, sagaz, aunque su indumentaria revelaba una cierta relación con los demás. Su ropa apenas habría resultado aceptable en San Francisco; su calzado no era el típico de la ciudad, y el sombrero que había en el suelo a su lado (era el único que no lo llevaba puesto) no podía ser considerado un adorno personal sin perder todo su sentido. Tenía un semblante agradable, aunque mostraba una cierta severidad aceptada y cuidada en función de su cargo. Era el juez, y como tal se hallaba en posesión del libro que había sido encontrado entre los efectos personales del muerto, en la misma cabaña en que se desarrollaba la investigación.

Cuando terminó su lectura se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. En ese instante la puerta se abrió y entró un joven. Se apreciaba

claramente que no había nacido ni se había educado en la montaña: iba vestido como la gente de la ciudad. Su ropa, sin embargo, estaba llena de polvo, ya que había galopado mucho para asistir a aquella reunión.

Sólo el juez le hizo un breve saludo.

- Le esperábamos – dijo -. Es necesario acabar con este asunto esta misma noche.

- Lamento haberles hecho esperar - dijo el joven, sonriendo -. Me marché, no para eludir su citación, sino para enviar a mi periódico un relato de los hechos como el que supongo quiere usted oír de mí.

El juez sonrió.

- Ese relato tal vez difiera del que va a hacernos aquí bajo juramento.

- Como usted guste -replicó el joven enrojeciendo con vehemencia-. Aquí tengo una copia de la información que envié a mi periódico. No se trata de una crónica, que resultaría increíble, sino de una especie de cuento. Quisiera que formara parte de mi testimonio.

- Pero usted dice que es increíble.

- Eso no es asunto suyo, señor juez, si yo juro que es cierto.

El juez permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. El resto de los asistentes charlaba en voz baja sin apartar la mirada del rostro del cadáver. Al cabo de unos instantes el juez alzó la vista y dijo:

- Continuemos con la investigación.

Los hombres se quitaron los sombreros y el joven prestó juramento.

- ¿Cuál es su nombre? - le preguntó el juez.

- William Harker.

- ¿Edad?

- Veintisiete años.

- ¿Conocía usted al difunto Hugh Morgan?

- Sí.

- ¿Estaba usted con él cuando murió?

- Sí, muy cerca.

- Y ¿cómo se explica...? su presencia, quiero decir.

- Había venido a visitarle para ir a cazar y a pescar. Además, también quería estudiar su tipo de vida, tan extraña y solitaria. Parecía un buen modelo para un personaje de novela. A veces escribo cuentos.

- Y yo a veces los leo.

- Gracias.

- Cuentos en general, no me refería sólo a los suyos.

Algunos de los presentes se echaron a reír.

En un ambiente sombrío el humor se aprecia mejor. Los soldados ríen con facilidad en los intervalos de la batalla, y un chiste en la capilla mortuoria, sorprendentemente, suele hacernos reír.

- Cuéntenos las circunstancias de la muerte de este hombre - dijo el juez-. Puede utilizar todas las notas o apuntes que desee.

El joven comprendió. Sacó un manuscrito del bolsillo de su chaqueta y, tras acercarlo a la vela, pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba. Entonces empezó a leer.

II - Lo que puede ocurrir en un campo de avena silvestre

...apenas había amanecido cuando abandonamos la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con su escopeta, y nos acompañaba un perro. Morgan dijo que la mejor zona estaba detrás de un cerro, que señaló, y que cruzamos por un sendero rodeado de arbustos. Al otro lado el terreno era bastante llano y estaba cubierto espesamente de avena silvestre. Cuando salimos de la maleza Morgan iba unas cuantas yardas por delante de mí. De repente oímos, muy cerca, a nuestra derecha y también enfrente, el ruido de un animal que se revolvía con violencia entre unas matas.

»- Es un ciervo – dije -. Ojalá hubiéramos traído un rifle.

»Morgan, que se había parado a examinar los arbustos, no dijo nada, pero había cargado los dos cañones de su escopeta y se disponía a disparar. Parecía algo excitado, y esto me sorprendió, pues era célebre por su sangre fría, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

»- Venga – dije -. No esperarás acabar con un ciervo a base de perdigones, ¿verdad?

»No contestó, pero cuando se volvió hacia mí vi su rostro y quedé impresionado por su expresión tensa. Comprendí que algo serio ocurría, y lo primero que pensé fue que nos habíamos topado con un oso. Colgué mi escopeta y avancé hasta donde estaba Morgan.

» Los arbustos ya no se movían y el ruido había cesado, pero mi amigo observaba el lugar con la misma atención.

»- Pero ¿qué pasa? ¿Qué diablos es? - le pregunté.

»- ¡Ese maldito engendro! - contestó sin volverse. Su voz sonaba ronca y extraña. Estaba temblando.

»Iba a decir algo cuando vi que la avena que había en torno al lugar se movía de un modo inexplicable. No sé cómo describirlo. Era como si, empujada por una ráfaga de viento, no sólo se cimbreara sino que se tronchaba y no volvía a enderezarse; y aquel movimiento se acercaba lentamente hacia nosotros.

»Aunque no recuerdo haber pasado miedo, nada antes me había afectado de un modo tan extraño como aquel fenómeno insólito e inenarrable. Recuerdo - y lo saco a colación porque me vino entonces a la memoria - que una vez, al mirar distraídamente por una ventana, confundí un cercano arbolito con otro de un grupo de árboles, mucho más grandes, que estaban más lejos. Parecía del mismo tamaño que éstos, pero al estar más claro y marcadamente definido en sus detalles, no armonizaba con el resto. Fue un simple error de perspectiva, pero me sobresaltó y llegó

incluso a aterrorizarme. Confiamos tanto en el buen funcionamiento de las leyes naturales que su suspensión aparente nos parece una amenaza para nuestra seguridad, un aviso de alguna calamidad inconcebible. Del mismo modo, aquel movimiento de la maleza, al parecer sin causa, y su aproximación lenta e inexorable resultaban inquietantes. Mi compañero estaba realmente asustado; apenas pude dar crédito a mis ojos cuando le vi arrimarse la escopeta al hombro y vaciar los dos cañones contra el cereal en movimiento. Antes de que el humo de la descarga hubiera desaparecido oí un grito feroz - un alarido como el de una bestia salvaje -, y vi que Morgan tiraba su escopeta y desaparecía a todo correr de aquel lugar. En ese mismo instante fui arrojado al suelo por el impacto de algo que ocultaba el humo: una sustancia blanda y pesada que me embistió con gran fuerza.

»Cuando me puse en pie y recuperé mi escopeta, que me había sido arrebatada de las manos, oí a Morgan gritar como si agonizara. A sus gritos se unían aullidos feroces, como cuando dos perros luchan entre sí. Completamente aterrorizado, me incorporé con gran dificultad y dirigí la vista hacia el lugar por el que mi amigo había desaparecido. ¡Que Dios me libre de otro espectáculo como aquél! Morgan estaba a unas treinta yardas: tenía una rodilla en tierra, la cabeza, con su largo cabello revuelto, descoyuntada espantosamente hacia atrás, y era presa de unas convulsiones que zarandeaban todo su cuerpo. Su brazo derecho estaba levantado y, por lo que pude ver, había perdido la mano. Al menos yo no la veía. El otro brazo había desaparecido. A veces, tal como ahora recuerdo aquella escena extraordinaria, no podía distinguir más que una parte de su cuerpo; era como si hubiera sido parcialmente borrado (ya sé, es extraño, pero no sé expresarlo de otra forma) y al cambiar de posición volviera a apreciarse de nuevo en su totalidad.

»Debió de ocurrir todo en unos pocos segundos, durante los cuales Morgan adoptó todas las posturas posibles del obstinado luchador que es

derrotado por un peso y una fuerza superiores. Yo sólo le veía a él y no siempre con claridad. Durante el incidente soltaba gritos y profería maldiciones acompañadas de unos rugidos furiosos como nunca antes había oído salir de la garganta de un hombre o de una bestia.

»Permanecí en pie por un momento sin saber qué hacer, hasta que decidí tirar la escopeta y correr en ayuda de mi amigo. Creí que estaba sufriendo un ataque o una especie de colapso. Antes de llegar a su lado, le vi caer y quedar inerte. Los ruidos habían cesado, pero volví a ver, con un sentimiento de terror como jamás había experimentado, el misterioso movimiento de la avena que se extendía desde la zona pisoteada en torno al cuerpo de Morgan hacia los límites del bosque. Sólo cuando hubo alcanzado los primeros árboles, aparté la vista de aquel insólito fenómeno y miré a mi compañero. Estaba muerto.»

III - Un hombre, aunque esté desnudo, puede estar hecho jirones

El juez se levantó y se acercó al muerto. Tiró de un extremo de la sábana y dejó el cuerpo al descubierto. Estaba desnudo y, a la luz de la vela, mostraba un color amarillento. Presentaba unos grandes hematomas de un azul oscuro, causados sin duda alguna por las contusiones, y parecía que le habían golpeado en el pecho y los costados con un garrote. Había unas horribles heridas y tenía la piel desgarrada, hecha jirones.

El juez llegó hasta el extremo de la mesa y desató el nudo que sujetaba un pañuelo de seda por debajo de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Al retirarlo vimos lo que tenía en la garganta. Los miembros del jurado que se habían levantado para ver mejor lamentaron su curiosidad y volvieron la cabeza. El joven Harker fue hacia la ventana abierta y se inclinó sobre el alféizar, a punto de vomitar. Después de cubrir de nuevo la garganta del muerto, el juez se dirigió a un rincón de la habitación en el que había un montón de prendas. Empezó a coger una por una y a examinarlas

mientras las sostenía en alto. Estaban destrozadas y rígidas por la sangre seca. El resto de los presentes prefirió no hacer un examen más exhaustivo. A decir verdad, ya habían visto este tipo de cosas con anterioridad. Lo único que les resultaba nuevo era el testimonio de Harker.

- Señores - dijo el juez -, éstas son todas las pruebas que tenemos. Ya saben su cometido; si no tienen nada que preguntar, pueden salir a deliberar.

El presidente del jurado, un hombre de unos sesenta años, alto, con barba y toscamente vestido, se levantó y dijo:

- Quisiera hacer una pregunta, señor. ¿De qué manicomio se ha escapado este último testigo?

- Señor Harker - dijo el juez con tono grave y tranquilo -; ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker enrojeció de nuevo, pero no contestó, y los siete individuos se levantaron y abandonaron solemnemente la cabaña uno tras otro.

- Si ha terminado ya de insultarme, señor - dijo Harker tan pronto como se quedó a solas con el juez-, supongo que puedo marcharme, ¿no es así?

- En efecto.

Harker avanzó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. Su sentido profesional era más fuerte que su amor propio. Se volvió y dijo:

- Ese libro que tiene ahí es el diario de Morgan, ¿verdad? Debe de ser muy interesante, porque mientras prestaba mi testimonio no dejaba de leerlo. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría...

- Este libro tiene poco que añadir a nuestro asunto -contestó el juez mientras se lo guardaba-; todas las anotaciones son anteriores a la muerte de su autor.

Al salir Harker, el jurado volvió a entrar y permaneció en pie en

torno a la mesa en la que el cadáver, cubierto de nuevo, se perfilaba claramente bajo la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó del bolsillo lápiz y papel y redactó laboriosamente el siguiente veredicto, que fue firmado, con más o menos esfuerzo, por el resto:

- Nosotros, el jurado, consideramos que el difunto encontró la muerte al ser atacado por un puma, aunque alguno cree que sufrió un colapso.

IV - Una explicación desde la tumba

En el diario del difunto Hugh Morgan hay ciertos apuntes interesantes que pueden tener valor científico. En la investigación que se desarrolló junto a su cuerpo el libro no fue citado como prueba porque el juez consideró que podría haber confundido a los miembros del jurado. La fecha del primero de los apuntes mencionados no puede apreciarse con claridad por estar rota la parte superior de la hoja correspondiente; el resto expone lo siguiente:

«...corría describiendo un semicírculo, con la cabeza vuelta hacia el centro, y de pronto se detenía y ladraba furiosamente. Al final echó a correr hacia el bosque a gran velocidad. En un principio pensé que se había vuelto loco, pero al volver a casa no encontré otro cambio en su conducta que no fuera el lógico del miedo al castigo.»

«¿Puede un perro ver con la nariz? ¿Es que los olores impresionan algún centro cerebral con imágenes de las cosas que los producen?»

«2 sept. Anoche, mientras miraba las estrellas en lo alto del cerco que hay al este de la casa, vi cómo desaparecían sucesivamente, de izquierda a derecha. Se apagaban una a una por un instante, y en ocasiones unas pocas a la vez, pero todas las que estaban a un grado o dos por encima del cerco se eclipsaban totalmente. Fue como si algo se interpusiera entre ellas y yo, pero no conseguí verlo, pues las estrellas no emitían suficiente

luz para delimitar su contorno. ¡Uf! Esto no me gusta nada...»

Faltan tres hojas con los apuntes correspondientes a varias semanas.

«27 sept. Ha estado por aquí de nuevo. Todos los días encuentro pruebas de su presencia. Me he pasado la noche otra vez vigilando en el mismo puesto, con la escopeta cargada. Por la mañana sus huellas, aún frescas, estaban allí, como siempre. Podría jurar que no me quedé dormido ni un momento... en realidad apenas duermo. ¡Es terrible, insoportable! Si todas estas asombrosas experiencias son reales, me voy a volver loco; y si son pura imaginación, es que ya lo estoy.»

«3 oct. No me iré, no me echará de aquí. Ésta es mi casa, mi tierra. Dios aborrece a los cobardes...»

«5 oct. No puedo soportarlo más. He invitado a Harker a pasar unas semanas. Él tiene la cabeza en su sitio. Por su actitud podré juzgar si me cree loco.»

«7 oct. Ya encontré la solución al misterio. Anoche la descubrí de repente, como por revelación. ¡Qué simple, qué horriblemente simple!»

«Hay sonidos que no podemos oír. A ambos extremos de la escala hay notas que no hacen vibrar ese instrumento imperfecto que es el oído humano. Son muy agudas o muy graves. He visto cómo una bandada de mirlos ocupan la copa de un árbol, de varios árboles, y cantan todos a la vez. De repente, y al mismo tiempo, todos se lanzan al aire y emprenden el vuelo. ¿Cómo pueden hacerlo si no se ven unos a otros? Es imposible que vean el movimiento de un jefe. Deben de tener una señal de aviso o una orden, de un tono superior al estrépito de sus trinos, que es inaudible para mí. He observado también el mismo vuelo simultáneo cuando todos estaban en silencio, no sólo entre mirlos, sino también entre otras aves como las perdices, cuando están muy distanciadas entre los matorrales, incluso en pendientes opuestas de una colina.»

«Los marineros saben que un grupo de ballenas que se calienta al

sol o juguetea sobre la superficie del océano, separadas por millas de distancia, se zambullen al mismo tiempo y desaparecen en un momento. La señal es emitida en un tono demasiado grave para el oído del marinero que está en el palo mayor o el de sus compañeros en cubierta, que sienten la vibración en el barco como las piedras de una catedral se conmueven con el bajo del órgano.»

«Y lo que pasa con los sonidos, ocurre también con los colores. A cada extremo del espectro luminoso el químico detecta la presencia de los llamados rayos "actínicos". Representan colores -colores integrales en la composición de la luz- que somos incapaces de reconocer. El ojo humano también es un instrumento imperfecto y su alcance llega sólo a unas pocas octavas de la verdadera "escala cromática". No estoy loco; lo que ocurre es que hay colores que no podemos ver.»

«Y, Dios me ampare, ¡el engendro maldito es de uno de esos colores!»

ACEITE DE PERRO

Me llamo Boffer Bings. Nací de padres honestos en uno de los más humildes caminos de la vida: mi padre era fabricante de aceite de perro y mí madre poseía un pequeño estudio, a la sombra de la iglesia del pueblo, donde se ocupaba de los no deseados. En la infancia me inculcaron hábitos industriosos; no solamente ayudaba a mi padre a procurar perros para sus cubas, sino que frecuencia era empleado por mi madre para eliminar los restos de su trabajo en el estudio. Para cumplir este deber necesitaba a veces toda mi natural inteligencia, porque todos los agentes de ley de los alrededores se oponían al negocio de mi madre. No eran elegidos con el

mandato de oposición, ni el asunto había sido debatido nunca políticamente: simplemente era así. La ocupación de mi padre -hacer aceite de perro- era naturalmente menos impopular, aunque los dueños de perros desaparecidos lo miraban a veces con sospechas que se reflejaban, hasta cierto punto, en mí. Mi padre tenía, como socios silenciosos, a dos de los médicos del pueblo, que rara vez escribían una receta sin agregar lo que les gustaba designar Oil Can. Es realmente la medicina más valiosa que se conoce; pero la mayoría de las personas es reacia a realizar sacrificios personales para los que sufren, y era evidente que muchos de los perros más gordos del pueblo tenían prohibido jugar conmigo, hecho que afligió mi joven sensibilidad y en una ocasión estuvo a punto de hacer de mí un pirata.

A veces, al evocar aquellos días, no puedo sino lamentar que, al conducir indirectamente a mis queridos padres a su muerte, fui el autor de desgracias que afectaron profundamente mi futuro.

Una noche, al pasar por la fábrica de aceite de mi padre con el cuerpo de un niño rumbo al estudio de mi madre, vi a un policía que parecía vigilar atentamente mis movimientos. Joven como era, yo había aprendido que los actos de un policía, cualquiera sea su carácter aparente, son provocados por los motivos más reprensibles, y lo eludí metiéndome en la aceitería por una puerta lateral casualmente entreabierta. Cerré en seguida y quedé a solas con mi muerto. Mi padre ya se había retirado. La única luz del lugar venía de la hornalla, que ardía con un rojo rico y profundo bajo uno de los calderos, arrojando rubicundos reflejos sobre las paredes. Dentro del caldero el aceite giraba todavía en indolente ebullición y empujaba ocasionalmente a la superficie un trozo de perro. Me senté a esperar que el policía se fuera, el cuerpo desnudo del niño en mis rodillas, y le acaricié tiernamente el pelo corto y sedoso. ¡Ah, qué guapo era! Ya a esa temprana edad me gustaban apasionadamente los niños, y mientras miraba

al querubín, casi deseaba en mi corazón de que la pequeña herida roja de su pecho - la obra de mi querida madre- no hubiese sido mortal.

Era mi costumbre arrojar los niños al río que la naturaleza había provisto sabiamente para ese fin, pero esa noche no me atreví a salir de la aceitería por temor al agente. "Después de todo", me dije, "no puede importar mucho que lo ponga en el caldero. Mi padre nunca distinguiría los huesos de los de un cachorro, y las pocas muertes que pudiera causar el reemplazo del incomparable Oil Can por otra especie de aceite no tendrán mayor incidencia en una población que crece tan rápidamente". En resumen, di el primer paso en el crimen y atraje sobre mí indecibles penurias arrojando el niño al caldero.

Al día siguiente, un poco para mi sorpresa, mí padre, frotándose las manos con satisfacción, nos informó a mí y a mi madre que había obtenido un aceite de una calidad nunca vista por los médicos a quienes había llevado muestras. Agregó que no tenía conocimiento de cómo se había logrado ese resultado: los perros habían sido tratados en forma absolutamente usual, y eran de razas ordinarias. Consideré mi obligación explicarlo, y lo hice, aunque mi lengua se habría paralizado si hubiera previsto las consecuencias. Lamentando su antigua ignorancia sobre las ventaja de una fusión de sus industrias, mis padres tomaron de inmediato medidas para reparar el error. Mi madre trasladó su estudio a un ala del edificio de la fábrica y cesaron mis deberes en relación con sus negocios: ya no me necesitaban para eliminar los cuerpos de los pequeños superfluos, ni había por qué conducir perros a su destino: mi padre los desechó por completo, aunque conservaron un lugar destacado en el nombre del aceite. Tan bruscamente impulsado al ocio, se podría haber esperado naturalmente que me volviera ocioso y disoluto, pero no fue así. La sagrada influencia de mi querida madre siempre me protegió de las tentaciones que acechan a la juventud, y mi padre era diácono de la iglesia. ¡Ay, que personas tan

estimables llegaran por mi culpa a tan desgraciado fin!

Al encontrar un doble provecho para su negocio, mi madre se dedicó a él con renovada asiduidad. No se limitó a suprimir a pedido niños inoportunos: salía a las calles y a los caminos a recoger niños más crecidos y hasta aquellos adultos que podía atraer a la aceitería. Mi padre, enamorado también de la calidad superior del producto, llenaba sus cubas con celo y diligencia. En pocas palabras, la conversión de sus vecinos en aceite de perro llegó a convertirse en la única pasión de sus vidas. Una ambición absorbente y arrolladora se apoderó de sus almas y reemplazó en parte la esperanza en el Cielo que también los inspiraba.

Tan emprendedores eran ahora, que se realizó una asamblea pública en la que se aprobaron resoluciones que los censuraban severamente. Su presidente manifestó que todo nuevo ataque contra la población sería enfrentado con espíritu hostil. Mis pobres padres salieron de la reunión desanimados, con el corazón destrozado y creo que no del todo cuerdos. De cualquier manera, consideré prudente no ir con ellos a la aceitería esa noche y me fui a dormir al establo.

A eso de la medianoche, algún impulso misterioso me hizo levantar y atisbar por una ventana de la habitación del horno, donde sabía que mi padre pasaba la noche. El fuego ardía tan vivamente como si se esperara una abundante cosecha para mañana. Uno de los enormes calderos burbujeaba lentamente, con un misterioso aire contenido, como tomándose su tiempo para dejar suelta toda su energía. Mi padre no estaba acostado: se había levantado en ropas de dormir y estaba haciendo un nudo en una fuerte soga. Por las miradas que echaba a la puerta del dormitorio de mi madre, deduje con sobrado acierto sus propósitos. Inmóvil y sin habla por el terror, nada pude hacer para evitar o advertir. De pronto se abrió la puerta del cuarto de mi madre, silenciosamente, y los dos, aparentemente sorprendidos, se enfrentaron. También ella estaba en ropas de noche, y

tenía en la mano derecha la herramienta de su oficio, una aguja de hoja alargada.

Tampoco ella había sido capaz de negarse el último lucro que le permitían la poca amistosa actitud de los vecinos y mi ausencia. Por un instante se miraron con furia a los ojos y luego saltaron juntos con ira indescriptible. Luchaban alrededor de la habitación, maldiciendo el hombre, la mujer chillando, ambos peleando como demonios, ella para herirlo con la aguja, él para ahorcarla con sus grandes manos desnudas. No sé cuánto tiempo tuve la desgracia de observar ese desagradable ejemplo de infelicidad doméstica, pero por fin, después de un forcejeo particularmente vigoroso, los combatientes se separaron repentinamente.

El pecho de mi padre y el arma de mi madre mostraban pruebas de contacto. Por un momento se contemplaron con hostilidad, luego, mi pobre padre, malherido, sintiendo la mano de la muerte, avanzó, tomó a mi querida madre en los brazos desdeñando su resistencia, la arrastró junto al caldero hirviente, reunió todas sus últimas energías ¡y saltó adentro con ella! En un instante ambos desaparecieron, sumando su aceite al de la comisión de ciudadanos que había traído el día anterior la invitación para la asamblea pública.

Convencido de que estos infortunados acontecimientos me cerraban todas las vías hacia una carrera honorable en ese pueblo, me trasladé a la famosa ciudad de Otumwee, donde se han escrito estas memorias, con el corazón lleno de remordimiento por el acto de insensatez que provocó un desastre comercial tan terrible.

UNO DE GEMELOS

Una carta encontrada entre los papeles del difunto Mortimer Barr

Me preguntas si en mi experiencia como miembro de una pareja de gemelos he observado alguna vez algo que resulte inexplicable por las leyes naturales a las que estamos acostumbrados. Tú mismo juzgarás; tal vez no todos estemos acostumbrados a las mismas leyes de la naturaleza. Puede que tú conozcas algo que yo no sé, y que lo que para mí resulta inexplicable sea muy claro para ti.

Conocías a mi hermano John, es decir, le conocías cuando sabías que yo no estaba presente; pues creo que ni tú ni ningún otro ser humano podía distinguirnos cuando decidíamos ser exactamente iguales. Nuestros padres tampoco; el nuestro es el único caso que he conocido de un parecido tan completo. Hablo de mi hermano John, aunque no estoy del todo seguro de que su nombre no fuera Henry y el mío John. Fuimos bautizados del modo normal, pero después, en el momento de tatuarnos unas pequeñas marcas para distinguimos, el individuo que lo hizo se despistó; y aunque yo tengo en el brazo una pequeña «H» y él llevaba una «J», eso no quiere decir que las letras no pudieran haber sido traspuestas. Durante la infancia nuestros padres intentaron distinguirnos por la ropa y otros detalles simples, pero solíamos cambiarnos las prendas con tanta frecuencia y burlábamos al enemigo de formas tan diversas que abandonaron todos esos intentos ineficaces, y durante los años que vivimos juntos en casa todo el mundo reconocía la dificultad de la situación y hacía lo que podía llamándonos a ambos «Jehnry». A veces me he asombrado de la paciencia de mi padre al no marcarnos de un modo visible sobre nuestras indignas cejas, pero como éramos buenos chicos y utilizábamos nuestra capacidad

de desconcierto e irritación con una moderación digna del mayor encomio, conseguimos escapar al hierro. De hecho, mi padre era un hombre especialmente afable y creo que en el fondo disfrutaba con aquella broma de la naturaleza.

Después de llegar a California y establecernos en San José (donde la única fortuna que nos esperaba era conocer a un amigo tan agradable como tú), la familia, como ya sabes, se vio destrozada por la muerte de mis padres, acaecida en la misma semana. Mi padre murió insolvente y la propiedad familiar fue sacrificada para hacer frente al pago de las deudas. Mis hermanas tuvieron que volver a vivir con nuestros parientes del Este, pero John y yo, que por entonces teníamos veintidós años, conseguimos gracias a tu amabilidad un empleo en San Francisco, en distintos barrios de la ciudad. Las circunstancias no nos permitieron vivir juntos y nos veíamos de tarde en tarde, a veces no más de una vez por semana. Como teníamos pocos amigos en común, el hecho de nuestro extraordinario parecido era apenas conocido. Y ahora voy al tema de tu pregunta.

Un día, a la caída de la tarde, poco después de llegar a esta ciudad, iba por la calle Market cuando se me acercó un individuo de mediana edad, bien vestido, que me saludó cordialmente y me dijo: «Stevens, sé que no sales mucho, pero le he hablado de ti a mi mujer y le encantaría que vinieras a casa. También sé que mis hijas merecen ser conocidas. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros, *en famille,* mañana a las seis? Después, si las damas no consiguen divertirte, te prestaré mi apoyo ofreciéndote jugar unas partidas de billar.»

Todo esto lo dijo con una sonrisa tan simpática y de un modo tan atractivo que no tuve valor para rehusar; y aunque no había visto a aquel tipo en mi vida dije inmediatamente: «Es usted muy amable, señor, y me complace mucho aceptar su invitación. Por favor, presente mis respetos a Mrs. Margovan y dígale que allí estaré.»

Tras un apretón de manos y unas amables palabras de despedida, el individuo continuó su camino. Era evidente que me había confundido con mi hermano. Ése era un error al que estaba acostumbrado y que no solía corregir a menos que el asunto fuera importante. Pero ¿cómo había descubierto yo que el nombre de aquel individuo era Margovan? Ciertamente no es el tipo de nombre que uno aplicaría a un individuo escogido al azar con la esperanza de acertar. De hecho, aquel nombre me resultaba tan extraño como el propio individuo.

A la mañana siguiente me dirigí rápidamente al lugar en que mi hermano trabajaba y me lo encontré cuando salía de la oficina con un montón de facturas para cobrar. Le conté cómo le había «comprometido» y añadí que si no tenía inconveniente en mantener la cita estaría encantado de seguir suplantándole.

- Sí que es raro - dijo pensativo -. Margovan es el único de la oficina que conozco bien y que me agrada. Cuando entró esta mañana, después de intercambiar los saludos habituales, un extraño impulso me animó a decirle: «Oh, perdone, Mr. Margovan, pero olvidé pedirle su dirección.» Tengo la dirección, aunque hasta ahora no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con ella. Me parece bien que te ofrezcas a aceptar las consecuencias de tu atrevimiento pero, si no te importa, seré yo quien acuda a esa cena.

Asistió a varias cenas en el mismo lugar; a más de las que le convenían, he de añadir sin menospreciar su calidad, porque se enamoró de Miss Margovan, la pidió en matrimonio y su petición fue aceptada sin ninguna piedad.

Unas cuantas semanas después de haber sido informado del compromiso, aunque antes de que fuera oportuno que yo conociera a la joven y a su familia, me encontré un día en la calle Kearney a un individuo bien parecido, aunque de aspecto disoluto, al que me sentí impulsado a

seguir y vigilar, cosa que hice sin el menor escrúpulo. Subió por la calle Geary y continuó por ella hasta llegar a la plaza de la Unión. Una vez allí, consultó su reloj y entró en la plaza. Comenzó a pasear de acá para allá, señal evidente de que esperaba a alguien. Entonces se le acercó una joven muy guapa, vestida a la moda, y los dos se dirigieron hacia la calle Stockton, y yo tras ellos. Sentí la necesidad de ser precavido en extremo porque, aunque la joven me resultaba desconocida, me dio la impresión de que podría reconocerme si me veía. Dieron varias vueltas yendo de una calle a otra y, finalmente, después de echar un rápido vistazo alrededor (que yo evité de milagro escondiéndome en un portal), entraron a una casa de la que prefiero no consignar su situación. Ésta era mejor que su aspecto.

Declaro solemnemente que mi actitud al espiar a aquellos dos extraños no tenía ningún motivo especial. Es algo de lo que podría avergonzarme o no, según yo estimara el carácter de la persona que lo descubriera. Pero como es una parte esencial de la narración surgida a raíz de tu pregunta, se relata aquí sin vacilaciones ni vergüenzas.

Una semana más tarde John me llevó a la casa de su futuro suegro, y en Miss Margovan, como ya debes de haber supuesto, reconocí a la heroína de aquella aventura deshonrosa, lo cual me causó gran asombro. He de admitir en justicia que se trataba de la heroína verdaderamente bella de una aventura deshonrosa; pero el hecho era sólo importante por eso: su belleza fue tan sorprendente para mí que arrojó una sombra de duda sobre su semejanza con la joven que había visto. ¿Cómo pudo la maravillosa fascinación de su rostro haber dejado de sorprenderme en aquella ocasión? Pero no; no había posibilidad de error. La diferencia se debía sólo a la ropa, a la luz y al entorno general.

John y yo pasamos la tarde en la casa, aguantando las bromas que nuestro parecido suscitaba con ayuda de la fortaleza adquirida tras una larga experiencia. Cuando aquella joven dama y yo nos quedamos a solas

unos minutos, la miré directamente a la cara y, con una seriedad repentina, le dije:

- Miss Margovan, usted también tiene un doble: lo vi el martes pasado en la plaza de la Unión.

Por un momento apuntó sus enormes ojos grises hacia mí, pero su mirada era menos firme que la mía y la retiró, dirigiéndola hacia la punta de su zapato.

- ¿Se parecía mucho a mí? - preguntó con una indiferencia que me pareció un poco forzada.

- Tanto – dije – que sentí tal admiración por ella que fui incapaz de perderla de vista, y confieso que la seguí hasta que... Miss Margovan ¿me comprende usted, verdad?

Estaba pálida, aunque completamente tranquila. Entonces levantó la vista y me miró con unos ojos que no vacilaban.

- ¿Qué quiere usted que haga? – preguntó -. No tenga miedo en señalar sus condiciones. Las acepto.

Estaba claro, aun con el poco tiempo del que disponía para reflexionar, que utilizar métodos ordinarios con esta joven no servía, y que los requerimientos usuales resultaban inútiles.

- Miss Margovan - dije con una voz que denotaba la compasión que sentía en mi corazón -, es imposible no considerarle víctima de alguna horrible coacción. Más que imponerle nuevas turbaciones, preferiría ayudarle a recuperar su libertad.

Dijo que no moviendo la cabeza, con tristeza y desesperación, y yo continué muy agitado:

- Su belleza me acobarda. Me encuentro desarmado por su franqueza y su dolor. Si es usted libre de actuar en conciencia, creo que hará lo que considere mejor; si no, ¡que el cielo nos ayude! No tiene que temer de mí otra cosa que la oposición a este matrimonio, que puedo

intentar justificar por... por otros motivos.

Éstas no fueron exactamente mis palabras, pero su sentido, con toda la precisión que mis emociones repentinas y conflictivas me permitían expresar, era ése. Me puse en pie y, sin volver a mirarla, me dirigí hacia la puerta donde me encontré con los demás, que entraban en la habitación. Con toda la calma de que fui capaz, dije:

- He estado dando las buenas noches a Miss Margovan; es más tarde de lo que creía.

John decidió venir conmigo. Ya en la calle me preguntó si había observado algo de particular en la actitud de Julia.

- Creo que se sentía mal - le dije -. Por eso me marché - añadí sin decir nada más.

La noche siguiente volví tarde al lugar en que me alojaba. Los acontecimientos del día anterior habían conseguido que me sintiera nervioso y enfermo; había intentado curarme procurando aclarar las ideas con un paseo al aire libre, pero sentía la opresión de un terrible presentimiento maligno, un presentimiento que era incapaz de formular. Hacía una noche fría y reinaba la niebla; yo tenía el pelo y la ropa húmedos y sentía escalofríos. Cuando me encontré en bata y zapatillas ante un fuego que ardía con viveza, me sentí todavía más incómodo. Ya no tenía escalofríos, sino que temblaba; y hay diferencia. El temor de una calamidad inminente era tan fuerte y desalentador que intenté desembarazarme de él convocando alguna tristeza real. Procuraba disipar la idea de un futuro terrible sustituyéndola por el recuerdo de un pasado doloroso. Rememoré la muerte de mis padres e intenté concentrar mi mente en las últimas escenas tristes junto a sus lechos y sus tumbas. Todo me parecía vago e irreal, como si le hubiera ocurrido a otra persona hacía muchos años. De repente, surgiendo en mi pensamiento y partiéndolo como se parte una cuerda tensa por el golpe del acero (no encuentro otra comparación), oí un grito agudo

parecido al de alguien que estuviera en agonía mortal. La voz era de mi hermano y parecía proceder de la calle. Me acerqué rápidamente a la ventana y la abrí de golpe. La farola que había enfrente proyectaba una luz mortecina y horrible sobre la acera húmeda y en las fachadas de las casas. Un policía, con el cuello del uniforme levantado, se encontraba apoyado en un poste, fumando un cigarro. No se veía a nadie más. Después de cerrar la ventana y bajar la persiana, me senté frente al fuego e intenté concentrar la mente en lo que había a mi alrededor. Para ayudarme, como si fuera un acto familiar, consulté mi reloj; marcaba las once y media. Una vez más ¡volví a oír aquel grito terrible! Parecía haberse producido en la habitación, a mi lado. Me asusté y durante un rato fui incapaz de realizar un movimiento. Unos minutos después, aunque no recuerdo con precisión el tiempo transcurrido, me encontré corriendo a toda velocidad por una calle desconocida. No sabía dónde estaba, ni hacia dónde me dirigía, pero en ese momento subí de un salto los escalones de una casa. Había dos o tres carruajes, vi luces que se movían y oí un murmullo de voces apagadas. Era la casa de Mr. Margovan.

Ya sabes, buen amigo, lo que había ocurrido allí dentro. En una habitación yacía Julia Margovan, muerta hacía horas por envenenamiento; en otra John Stevens sangraba por una herida de bala en el pecho infligida por su propia mano. Entré precipitadamente en la habitación, aparté a los médicos y le puse la mano en la frente; John abrió los ojos, me miró sin expresión, volvió a cerrarlos lentamente y murió sin hacer el menor gesto.

No supe nada más hasta seis semanas más tarde, cuando fui devuelto a la vida en tu propia casa gracias a los cuidados de tu santa esposa. Todo esto ya lo conoces, pero lo que no sabes es lo que ahora contaré, y, sin embargo, no tiene nada que ver con el tema de tus investigaciones psicológicas; al menos con la parte de ellas para la que, con una consideración y delicadeza característica de ti, has solicitado menos

ayuda de la que creo que te he prestado.

Una noche de luna llena, varios años más tarde, pasé por la plaza de la Unión. Era tarde y la plaza estaba desierta. Naturalmente, al acercarme al lugar en que una vez había sido testigo de aquella cita fatídica, me vinieron a la mente recuerdos del pasado y, con esa perversidad inexplicable que nos incita a darle vueltas a pensamientos del carácter más doloroso, me senté en un banco para entregarme a ellos. Entonces apareció un hombre en la plaza y se dirigió hacia mí. Llevaba las manos cogidas por la espalda y la cabeza inclinada; parecía no observar nada. Cuando se acercó a la sombra en donde yo estaba sentado, reconocí en él al individuo que se había encontrado con Julia Margovan en aquel lugar años antes. Pero estaba muy cambiado: triste, agotado y ojeroso. La disipación y el vicio se asomaban en sus ojos; la enfermedad no era menos evidente. Iba muy desastrado, y el pelo le caía sobre la frente de un modo que resultaba a la vez misterioso y pintoresco. Tenía un aspecto que parecía más apropiado para el comedimiento que para la libertad; para el comedimiento de un hospital, claro.

Sin ningún propósito definido me puse en pie y me acerqué a él. Entonces levantó la cabeza y me miró a la cara. No tengo palabras para describir el horrible cambio que se apoderó de él; su mirada era de un horror indescriptible. Creyó encontrarse frente a frente con un fantasma. Pero era un hombre valiente. «¡Maldito John Stevens!», exclamó y, levantando su brazo tembloroso, descargó su débil puño sobre mi rostro y cayó de bruces sobre la grava mientras yo me alejaba.

Alguien le encontró allí, más muerto que una piedra. Nada más se sabe de él, ni siquiera su nombre. Aunque saber de un hombre que está muerto debería ser suficiente.

UN TERROR SAGRADO

I

El último en llegar a Hurdy-Gurdy no produjo el menor interés. Ni siquiera fue bautizado con ese apodo pintorescamente descriptivo que con tanta frecuencia es la palabra de bienvenida al recién llegado a un campamento minero. En casi cualquier otro campamento de por allí esa circunstancia le habría asegurado algún apelativo como «El Enigma de la Cabeza Blanca» o «No Sarvey», una expresión que ingenuamente se suponía sugería a las inteligencias rápidas la frase española quién sabe. Llegó sin provocar la menor ondulación de interés sobre la superficie social de Hurdy-Gurdy: un lugar que al desprecio general californiano por la historia personal de cada hombre añadía la indiferencia local por el suyo propio. Hacía ya muchísimo tiempo que nadie de la menor importancia había llegado allí, si es que había llegado alguien. Porque en Hurdy-Gurdy no vivía nadie.

Sólo dos años antes el campamento había incluido una bulliciosa población de dos mil o tres mil hombres y no menos de una docena de mujeres. La gran mayoría de los primeros había trabajado duramente varias semanas para demostrar, ante el desagrado de las últimas, el carácter singularmente mentiroso de la persona que les había atraído hasta allí con ingeniosos relatos acerca de ricos depósitos de oro. Ese acto, pues todo hay que decirlo, no le produjo ni satisfacción mental ni beneficio económico, pues la bala de una pistola de un ciudadano de espíritu cívico había colocado a ese caballero tan imaginativo más allá del alcance de las calumnias al tercer día de crearse el campamento. No obstante, su ficción resultó tener de hecho ciertos fundamentos, por lo que muchos se habían

quedado un tiempo considerable en los alrededores de HurdyGurdy, aunque ya hacía tiempo que se habían ido todos.

Dejaron, no obstante, amplias muestras de su estancia. Desde el punto en el que Injun Creek se une al Río San Juan Smith, ascendiendo por las dos orillas del primero hasta el cañón en el que emerge, se extendía una doble fila de chozas desvencijadas que para lamentar su desolación parecía que fueran a caerse unas encima de las otras; y un número igual de cabañas se había esparcido pendiente arriba a ambos lados encaramándose sobre las prominencias, desde donde se inclinaban hacia adelante para tener una buena vista de la desoladora escena. La mayoría de esos habitáculos se habían ido demacrando, como por hambre, hasta alcanzar la condición de simples esqueletos de los que pendían desagradables jirones de lo que podría haber sido piel, pero en realidad era lienzo. El pequeño valle que habían abierto con pico y pala se veía afeado por las largas y curvadas líneas de los canalillos podridos que daban aquí y allá arriba de las crestas afiladas, y se apoyaban dificultosamente a intervalos sobre palos mal cortados. Todo el lugar presentaba ese aspecto tosco y lúgubre del desarrollo detenido que en un país nuevo sustituye a la gracia solemne de las ruinas forjadas por el tiempo. Allí donde había quedado algún resto del suelo original se habían extendido hierbas y zarzas, y en los lugares húmedos y malsanos el visitante curioso podría haber obtenido innumerables recuerdos de la antigua gloria del campamento: una bota sin pareja recubierta de moho verde y repleta de hojas podridas; un ocasional sombrero viejo de fieltro; restos de una camisa de franela; latas de sardinas inhumanamente mutiladas y una sorprendente abundancia de botellas negras distribuidas por todas partes con una imparcialidad verdaderamente universal.

II

El hombre que acababa de redescubrir Hurdy-Gurdy no sentía curiosidad por su arqueología. Y cuando vio a su alrededor las lúgubres muestras del trabajo perdido y las esperanzas rotas, cuyo significado desalentador se veía acentuado por la pompa irónica del dorado barato que provocaba el sol naciente, su suspiro de fatiga no reveló ninguna sensibilidad. Simplemente quitó de lomos de su fatigado burro un equipo de minero algo más largo que el propio animal, ató éste a una estaca, eligió de entre su equipo un hacha pequeña y cruzó enseguida el lecho seco de Injun Creek para dirigirse a la parte superior de una colina baja que había al otro lado.

Al pisar una valla caída que había estado formada por matas y tablas, eligió una de éstas y la cortó en cinco partes que afiló por uno de los extremos. Después inició una especie de búsqueda, agachándose de vez en cuando para examinar algo con gran atención. Finalmente su paciente examen debió verse recompensado por el éxito, pues de pronto se levantó cuan largo era, hizo un gesto de satisfacción, pronunció la palabra «Scarry»[1] y se alejó enseguida con pasos largos e iguales que fue contando. Se detuvo y clavó en el suelo una de las estacas. Después miró cuidadosamente a su alrededor, midió un número de pasos sobre un terreno singularmente desigual y clavó otra estaca. Recorriendo dos veces esa distancia en ángulo recto con la dirección anterior clavó una tercera, y repitiendo el proceso metió la cuarta y finalmente la quinta. Hizo después una hendidura en la parte superior, en la que insertó un viejo sobre de cartas cubierto con un intrincado sistema de trazos hechos a lápiz. En resumen, había presentado una reclamación de terrenos de estricto acuerdo con las leyes de la minería local de Hurdy-Gurdy y había colocado la nota habitual.

[1] El apodo Scarry se podría traducir como «la de la cicatriz». (N. del T.)

Es necesario explicar que uno de los terrenos adjuntos a Hurdy-Gurdy - que con el tiempo acabó estando adjunto a la metrópolis - era un cementerio. En la primera semana de la existencia del campamento había sido trazado cuidadosamente por un comité de ciudadanos. Al siguiente día se había producido un debate entre dos miembros del comité acerca de un lugar mejor, y al tercer día la necrópolis fue inaugurada con un funeral doble. Conforme el campamento había ido menguando, el cementerio fue creciendo; y mucho antes de que el último habitante, victorioso tanto contra la insidiosa malaria como contra el rápido revólver, hubiera apuntado la cola de su burro hacia Injun Creek, el asentamiento periférico se había convertido en un barrio populoso, ya que no popular. Y ahora, cuando había caído sobre la ciudad la hoja seca y amarilla de una desagradable senilidad, el camposanto - aunque algo desfigurado por el tiempo y las circunstancias, y no totalmente exento de innovaciones en la gramática y experimentos en la ortografía, por no hablar de los estragos del devastador coyote - respondía a las necesidades humildes de sus ciudadanos con razonable satisfacción. Formaba un generoso campo de dos acres -que había sido elegido con encomiable sentido de la economía, pero innecesariamente, porque no tenía valor como campo de mineral-, e incluía dos o tres árboles esqueléticos (de una robusta rama lateral de uno de ellos colgaba todavía significativamente una cuerda estropeada por el tiempo), medio centenar de montículos, una veintena de toscos tablones cuyas inscripciones mostraban las peculiaridades literarias ya mencionadas y una esforzada colonia de chumberas. En conjunto, el Lugar de Dios, como había sido bautizado con característica reverencia, podía jactarse justamente de una desolación de calidad indudablemente superior. El señor Jefferson Doman había hecho su reivindicación territorial en la parte más poblada de aquella interesante heredad. Si en la realización de sus

designios consideraba adecuado extraer a alguno de los muertos, éstos tendrían el derecho a ser vueltos a enterrar convenientemente.

III

El señor Jefferson Doman procedía de Elizabethtown, New Jersey, donde seis años antes había dejado su corazón al tomar a una joven de cabellos dorados y actitud recatada, llamada Mary Matthews, como seguridad colateral de que regresaría para pedir su mano.

- Simplemente sé que nunca regresarás vivo: nunca lograrás nada - fue la observación que ejemplificaba la idea que tenía la señorita Matthews de lo que constituía el éxito, y de paso su opinión acerca de lo que consideraba estimulante. Luego añadió-: si no vuelves, también yo iré a California. Puedo ir poniendo las monedas en bolsitas conforme las vayas sacando.

Esta característica teoría femenina acerca de los depósitos auríferos no resultaba aceptable para la inteligencia masculina, pues el señor Doman creía que el oro se encontraba en estado líquido. Él desaprobó la intención de ella con considerable entusiasmo, reprimió sus sollozos poniendo ligeramente una mano en su boca, se rió mientras le besaba las lágrimas y con un alegre «nos veremos» se fue a California a trabajar por ella durante largos años sin amor, con un corazón poderoso, una esperanza alerta y una fidelidad firme que ni por un momento se olvidó de lo que estaba haciendo. Entretanto, la señorita Matthews había concedido el monopolio de su humilde talento para meter monedas en sacos al señor Jo. Seeman, de Nueva York, jugador, muy apreciado como tal aunque no tanto como el genio de ella para sacarlas luego del saco y dárselas a sus rivales locales. Por lo que respecta a esta última actitud, él manifestó su desaprobación con un acto que le valió el puesto de encargado de la lavandería de la prisión estatal, y a ella el sobrenombre de «Moll Caracortada». Aproximadamente

en aquella época escribió al señor Doman una conmovedora carta de renuncia, incluyendo su fotografía como muestra de que ya no tenía el derecho a permitirse soñar con que se convertiría en la señora Doman, al tiempo que le contaba tan gráficamente cómo se había hecho esa herida al caerse de un caballo, que el señor Doman se vengó de aquel animal abusando de las espuelas con el pobre e inocente potro que le había llevado hasta Red Dog, para recoger la carta, y con el que regresaba al campamento. Pero la carta no consiguió cumplir su objetivo; la fidelidad que hasta entonces había sido para el señor Doman un asunto de amor y deber se convirtió desde entonces también en un tema de honor; y la fotografía, que mostraba el rostro en otro tiempo hermoso tristemente desfigurado, como por el corte de un cuchillo, se instaló en su afecto, mientras su predecesora, más hermosa, era tratada con desprecio contumaz. Es justo decir que al ser informada de aquello, la señorita Matthews no pareció sorprenderse de lo poco que había estimado la generosidad del señor Doman, que por el tono de su última carta habría cabido esperar. Sin embargo, poco después las cartas de ella empezaron a ser cada vez menos frecuentes, hasta que por fin cesaron totalmente.

Pero el señor Doman tenía otro corresponsal, el señor Barney Bree, de Hurdy-Gurdy, quien anteriormente había estado en Red Dog. Este caballero no era minero, aunque entre éstos resultaba una figura notable. Su conocimiento de la minería consistía principalmente en un dominio maravilloso de su jerga, a la que había hecho abundantes contribuciones, enriqueciendo su vocabulario con una abundancia de frases inusuales más notables por su aptitud que por su refinamiento, y que impresionaban a los «novatos» sin instrucción por la sensación de profundidad del conocimiento del inventor. Cuando no mantenía un círculo de admirativos oyentes procedentes de San Francisco o del este, se le podía encontrar

entregado al trabajo, comparativamente más oscuro, de barrer las diversas casas de baile y purificar las escupideras.

Barney no parecía tener más que dos pasiones en la vida: el amor a Jefferson Doman, que en otro tiempo le había prestado algún servicio, y el amor al whisky, que desde luego no se lo había prestado. Había estado entre los primeros que se abalanzaron sobre Hurdy-Gurdy, pero no había prosperado y gradualmente se fue degradando hasta la posición de sepulturero. No era una vocación, pero Barney dedicaba a ella su mano temblorosa de forma irregular siempre que se producía algún mal entendimiento en la mesa de juego, coincidiendo en el tiempo este trabajo con su recuperación parcial de una prolongada época de vicio. Un día, el señor Doman recibió en Red Dog una carta con un matasellos que simplemente decía «Hurdy, Cal.», y como se hallaba ocupado por otra cosa, la dejó descuidadamente en un agujero de su cabaña para leerla más tarde. Unos dos años más tarde la encontró accidentalmente y la leyó. Decía lo siguiente:

HURDY, 6 de junio:

AMIGO JEFF: la encontré buena en el campo de huesos. Está ciega y piojosa. Estoy montado: es mío y mi parte es tuya también. Tuyo,

BARNEY

Posdata: la marqué con Scarry.

Como tenía un conocimiento del argot general de los campamentos mineros y también del sistema privado del señor Bree para la comunicación de las ideas, el señor Doman no tuvo dificultad para entender en aquella epístola poco común que Barney estaba cumpliendo su deber como sepulturero cuando descubrió una cama rocosa de cuarzo sin afloramientos; que evidentemente abundaba en ella el oro; que movido por consideración de su amistad aceptaba al señor Doman como socio y esperaba que la declaración de su voluntad de caballero en el asunto mantuviera

discretamente el descubrimiento en el secreto. Por la posdata podía deducirse claramente que para ocultar el tesoro había enterrado sobre él la parte mortal de una persona llamada Scarry.

Parece ser que según los acontecimientos posteriores, tal como se los contaron al señor Doman en Red Dog, antes de tomar esta precaución el señor Bree tuvo que eliminar una modesta competencia por el oro; en cualquier caso fue aproximadamente en esa época cuando se inició en la memorable serie de libaciones y festines que siguen siendo una de las tradiciones más amadas en la zona de San Juan Smith, de la que se habla con respeto incluso en lugares tan alejados como Ghost Rock y Lone Hand. Cuando concluyeron las celebraciones, algunos antiguos ciudadanos de Hurdy-Gurdy, para quienes había realizado amablemente sus oficios en el cementerio, le dejaron sitio entre ellos y allí se quedó para su descanso.

IV

Cuando terminó de clavar las estacas como su reivindicación minera, el señor Doman regresó andando al centro de ésta y se quedó inmóvil en el mismo punto en el que su búsqueda ante las tumbas había terminado al exclamar «Scarry». Volvió a inclinarse sobre el tablero que llevaba ese nombre y como para reforzar los sentidos de la vista y del oído, pasó el dedo índice a lo largo de las letras toscamente talladas. Al levantarse de nuevo, añadió oralmente a esa inscripción simple este sorprendente epitafio:

- ¡Fue un terror sagrado!

Si le hubieran pedido al señor Doman que aportara pruebas de esas palabras - y considerando que tenían un carácter algo censurable sin duda se lo habrían pedido, de haber alguien -, se habría visto en una difícil situación por la ausencia de testigos fiables y a lo más que habría podido apelar habría sido a la evidencia de los rumores. En aquel tiempo, cuando

Scarry había tenido fama en los campamentos mineros de la zona - cuando tal como lo habría dicho el editor del Hurdy Herald se encontraba ella «en la plenitud de su poder» - la fortuna del señor Doman se encontraba en una marea baja, y llevaba la vida errantemente laboriosa de un prospector. Había pasado la mayor parte del tiempo en las montañas, unas veces con un compañero y otras con otro. Su juicio acerca de Scarry se había formado a partir de los recitales admirativos de esos compañeros casuales procedentes de diversos campamentos; personalmente no había tenido nunca la dudosa ventaja de conocerla ni la precaria distinción de sus favores. Y cuando finalmente, al terminar ella su perversa profesión en Hurdy-Gurdy, él leyó por azar en un ejemplar del Herald una nota necrológica de una columna entera (escrita por el humorista local en el más elevado estilo de su arte), Doman había concedido a la memoria de ella y al genio de su historiógrafo el tributo de una sonrisa, olvidándola después caballerosamente. Pero de pie ahora al lado de la tumba de aquella Mesalina de las montañas, recordó los acontecimientos principales de la turbulenta carrera de aquella mujer, tal como los había oído celebrar en diversos fuegos de campamento, y quizás por un intento inconsciente de autojustificarse repitió que ella fue un terror sagrado, y después metió el pico en la tumba hasta el mango. En ese momento, un cuervo que había estado silenciosamente posado sobre una rama del árbol maldito que tenía sobre su cabeza, chasqueó solemnemente el pico y emitió su opinión sobre el asunto con un graznido de aprobación.

Dedicándose con gran celo a su descubrimiento del oro abundante, que probablemente achacaba a la conciencia con la que ejercitaba su trabajo de sepulturero, el señor Barney Bree había cavado un sepulcro inusualmente profundo, por lo que casi estaba anocheciendo cuando el señor Doman, trabajando con la deliberación lenta del que tiene «una cosa segura» y ningún miedo a que nadie reclamara un derecho anterior, llegó al ataúd y lo dejó al descubierto. Al hacerlo se vio enfrentado a una dificultad

para la que no se había preparado; el ataúd -una simple cáscara plana de tablones rojizos por lo visto no muy bien conservados- no tenía asas y ocupaba todo el fondo de la excavación. Lo único que podía hacer sin violar la santidad y decencia de la situación era realizar una excavación lo bastante larga como para poder ponerse de pie a la cabeza del ataúd y, colocando debajo sus manos poderosas, levantarlo sobre su extremo más estrecho; y eso fue lo que decidió hacer. La proximidad de la noche aceleró sus esfuerzos. Ni se le pasó por la cabeza abandonar en aquella fase la tarea para reanudarla por la mañana en condiciones más ventajosas. El estímulo febril de la codicia y la fascinación del terror le hicieron proseguir el trabajo con una voluntad de hierro. Ya no se mostraba ocioso, sino que trabajaba con un interés terrible. Se destocó la cabeza, se quitó las prendas exteriores, se abrió la camisa por el cuello descubriendo el pecho, por el que corrían sinuosos riachuelos de sudor, mientras este duro e impenitente buscador de oro y ladrón de tumbas trabajaba con una energía gigantesca que casi dignificaba el carácter de su horrible propósito; y cuando los bordes del sol desaparecieron por la línea serrada de las colinas del oeste, y la luna llena había surgido de las sombras que cubrían la llanura purpúrea, había puesto en pie el ataúd y lo dejó allí apoyado contra el borde de la tumba abierta. Después, levantando el cuello por encima de la tierra en el extremo opuesto de la excavación, mientras contemplaba el ataúd sobre el que caía ahora la luz de la luna produciendo una luminosidad total, se estremeció con un terror repentino al observar sobre el ataúd la sorprendente aparición de una oscura cabeza humana: la sombra de la suya. Por un instante, aquella circunstancia simple y natural le acobardó. El ruido de su respiración fatigada le asustó, y trató de mitigarla, pero sus pulmones ardientes no se lo permitieron. Después, echándose a reír y habiendo perdido totalmente el espíritu, empezó a mover su cabeza de un lado a otro para obligar a la aparición a repetir los movimientos. Le tranquilizó y

consoló comprobar que dominaba a su propia sombra. Estaba contemporizando con la situación, realizando con una prudencia inconsciente una maniobra que retrasara la catástrofe inminente. Sentía que las fuerzas invisibles del mal se estaban cerrando sobre él y por el momento parlamentaba con lo inevitable.

Observó entonces una sucesión de varias circunstancias inusuales. La superficie del ataúd que mantenía fija su mirada no era plana; presentaba dos bordes claros, uno longitudinal y otro transversal. Donde se cruzaban, por la parte más ancha, había una placa metálica corroída que reflejaba la luz de la luna con un brillo tenebroso. A lo largo de los bordes exteriores del ataúd, a largos intervalos, había unas cabezas de clavos comidas por el óxido. ¡Este frágil producto del arte de carpintero se había introducido en la tumba por el lado contrario!

Quizás fuera una de las bromas del campamento: una manifestación práctica del espíritu chistoso que encontraba su expresión literaria en la noticia necrológica, desordenada y patas arriba, salida de la pluma del gran humorista de Hurdy-Gurdy. Quizás tuviera algún significado personal y oculto en el que no pudieran penetrar las mentalidades no instruidas de la tradición local. Una hipótesis más caritativa era que, debido a un infortunio del señor Barney Bree, al realizar sin ayuda el enterramiento (bien por decisión propia, para preservar en secreto su oro, o por la apatía pública), había cometido un error que después no pudo o no quiso rectificar. Pero cometido el error, la pobre Scarry fue bajada a tierra boca abajo.

Cuando el terror y la estupidez se alían, el efecto es terrible. Aquel hombre osado y de fuerte corazón, aquel duro trabajador nocturno entre los muertos, el enemigo que desafiaba la oscuridad y la desolación, sucumbió a una sorpresa ridícula. Le sobrecogió un escalofrío: se estremeció y sacudió sus hombros enormes como si tratara de quitarse de encima una mano helada. Ya no respiraba y la sangre de sus venas, incapaz de reducir su

ímpetu, brotaba ardiente bajo su piel fría. Carente del oxígeno necesario, le subió a la cabeza y congestionó su cerebro. Sus funciones físicas se habían pasado al enemigo; incluso su corazón se había dispuesto en su contra. No se movió; ni siquiera podía gritar. Sólo necesitaba un ataúd para estar muerto: tan muerto como la muerta que tenía frente a él con la altura de una tumba abierta y el grosor de un tablón podrido en medio.

Después recuperó los sentidos de uno en uno; la marea del terror que había superado sus facultades empezó a remitir. Pero con el retorno de los sentidos perdió singularmente la conciencia del objeto de su miedo. Veía la luz de la luna dorando el ataúd, pero ya no veía el ataúd que la luna doraba. Al levantar la mirada y girar la cabeza, observó, curioso y sorprendido, las ramas negras del árbol muerto, y trató de calcular la longitud de la cuerda, deshilachada por el tiempo que colgaba de su mano fantasmal. El ladrido monótono de los lejanos coyotes le afectó como algo que ya hubiera oído años antes en un sueño. Un búho cruzó por encima de él sobre unas alas que no hacían ruido, y trató de predecir la dirección que tomaría su vuelo cuando llegara al risco que elevaba su parte frontal iluminada a unos dos kilómetros de distancia. Su oído captó el caminar sigiloso de una ardilla a la sombra de un cacto. Lo observaba todo intensamente; sus sentidos estaban alerta, pero no veía el ataúd. Lo mismo que uno puede quedarse mirando al sol hasta que éste parece negro y después desaparece, su mente, habiendo agotado su capacidad para el terror, ya no era consciente de la existencia de nada que fuera terrorífico. El asesino estaba ocultando la espada.

Durante esta tregua en la batalla se dio cuenta de que había un olor débil pero vomitivo. Al principio pensó que se trataba de una serpiente de cascabel, e involuntariamente trató de mirar a sus pies. Eran casi invisibles en la oscuridad de la tumba. Un sonido áspero y gutural, como el estertor de la muerte en una garganta humana, parecía brotar del cielo, y un

momento después una sombra grande, negra y angulosa, como si ese sonido se hubiera vuelto visible, cayó en un vuelo curvo desde la rama más alta del árbol espectral, aleteó un instante delante de su rostro y se alejó en la niebla a lo largo del torrente. Era el cuervo. El incidente le permitió recuperar el sentido de la situación y volvió a buscar con la mirada el ataúd erguido, que ahora la luna iluminaba en la mitad de su longitud. Vio el brillo de la placa metálica y, sin moverse, intentó descifrar la inscripción. Después se puso a especular con respecto a lo que había detrás. Su imaginación creativa representó una imagen vívida. Los tablones no parecían ya un obstáculo y vio el cadáver lívido de la mujer muerta, de pie y vestida con el sudario, contemplándole con la mirada vacía con unos ojos sin párpados y hundidos. La mandíbula inferior estaba caída, el labio superior, apartado, descubriendo los dientes. Pudo ver una mancha, como un dibujo, en las mejillas huecas: la consecuencia de la decadencia. Por algún proceso misterioso, su mente volvió por primera vez al día en que vio la fotografía de Mary Matthews. Contrastó su belleza rubia con el aspecto fúnebre de aquel rostro muerto: el objeto que más amaba con el más horrible que era capaz de concebir.

El Asesino avanzó ahora y mostrando la hoja la acercó a la garganta de la víctima. Es decir, aquel hombre fue consciente, al principio de una manera oscura, pero luego con gran definición, de una enorme coincidencia, una relación, un paralelismo entre el rostro de la fotografía y el nombre del tablón. Uno estaba desfigurado, el otro describía una desfiguración. El pensamiento se adueñó de él y le sacudió. Transformó el rostro que su imaginación había creado tras la tapa del ataúd; el contraste se convirtió en parecido; el parecido en identidad. Recordando las numerosas descripciones de la apariencia personal de Scarry, que había oído en las murmuraciones de los fuegos de campamento, intentó recordar, sin demasiado éxito, la naturaleza exacta de la desfiguración por la que la

mujer había recibido ese feo apodo; y lo que faltaba en su memoria lo proporcionaba la imaginación, llenándolo con la validez de la convicción. En el intento enloquecedor de recordar algunas partes de la historia de esa mujer, que había oído, los músculos de los brazos y las manos se contrajeron con una tensión dolorosa, como si se estuviera esforzando para levantar un gran peso. El esfuerzo hacía temblar y retorcerse su cuerpo. Los tendones de su cuello estaban tan tensos como una tralla, y empezó a respirar a boqueadas breves y potentes. La catástrofe no podía retrasarse ya demasiado si no quería que la agonía de la anticipación no dejara nada por hacer al golpe de gracia de la verificación. El rostro cicatrizado que había tras la tapa le mataría a través de la madera.

Un movimiento del ataúd alteró sus pensamientos. Se adelantó hasta encontrarse a treinta centímetros de su rostro, haciéndose visiblemente más grande conforme se aproximaba. La placa metálica oxidada, con una inscripción que no podía leerse con la luz de la luna, le miraba fijamente a los ojos. Decidido a no acobardarse, intentó apoyar los hombros más firmemente contra el extremo de la excavación, y casi llegó a caerse hacia atrás en el intento. No había nada que le sujetara; inconscientemente había avanzado hacia su enemigo, aferrando el gran cuchillo grande que había extraído del cinto. El ataúd no había avanzado y sonrió al pensar que no podría retirarse. Levantando el cuchillo, golpeó la pesada empuñadura con toda su fuerza contra la placa metálica. Se oyó un ruido agudo y sonoro, y con un resquebrajamiento apagado la tapa podrida del ataúd se despedazó y cayó a sus pies. El vivo y la muerta estaban cara a cara: el hombre, frenético y gritando, la mujer en pie, tranquila en su silencio. ¡Era un terror sagrado!

V

Unos meses más tarde, un grupo de mujeres y hombres pertenecientes a los más elevados círculos sociales de San Francisco pasó por Hurdy-Gurdy inaugurando el viaje a Yosemite Valley por un nuevo camino. Se detuvieron para la cena y mientras la preparaban exploraron el desolado campamento. Un miembro del grupo había estado en Hurdy-Gurdy en sus tiempos de gloria. Había sido uno de sus ciudadanos prominentes; y solía decirse que en una sola noche pasaba por su mesa de faro más dinero que en las de sus competidores en toda una semana; pero siendo ahora millonario, se dedicaba a empresas más importantes y no consideraba que aquellos primeros éxitos tuvieran una importancia suficiente como para merecer la distinción de un comentario. Su esposa inválida, una dama famosa en San Francisco por la costosa naturaleza de sus entretenimientos y el rigor que ponía en relación con la posición social y los «antecedentes» de quienes la acompañaban, iba con la expedición. Durante un paseo por entre las chozas del campamento abandonado, el señor Porfer dirigió la atención de su esposa y amigos hacia el árbol seco que había en una colina baja, al otro lado del Injun Creek.

- Tal como les dije – afirmó -, pasé por este campamento en 1852 y me contaron que no menos de cinco hombres fueron ahorcados allí por los vigilantes en diferentes momentos, y todos en aquel árbol. Si no me equivoco, todavía cuelga de él una cuerda. Vayamos a ver ese lugar.

Lo que no añadió el señor Porfer fue que esa cuerda quizás fuera la misma de cuyo fatal abrazo había escapado su cuello por tan poco que si hubiera tardado una hora más en salir de esa región habría muerto.

Andando despacio junto al torrente hasta un punto conveniente para cruzarlo, el grupo encontró el esqueleto de un animal atado a una estaca, que el señor Porfer, tras examinarlo debidamente, afirmó era el de un asno. Las orejas que lo distinguían habían desaparecido, pero una gran parte de la cabeza no comestible había sido perdonada por alimañas y pájaros, además

la resistente brida de pelo de caballo estaba intacta, lo mismo que la cuerda de un material similar que lo ataba a una estaca firmemente hundida todavía en la tierra. A su lado estaban los elementos metálicos y de madera de un equipo de minero. Hicieron los comentarios habituales, cínicos por parte de los hombres y sentimentales y refinados por la de las damas. Un momento más tarde se encontraron junto al árbol del cementerio y el señor Porfer se deshizo de su dignidad lo suficiente como para colocarse bajo la cuerda podrida y enlazarla confiadamente alrededor de su cuello, lo que por lo visto pareció satisfacerle mucho a él, pero causó un gran horror a su esposa, que sufrió un pequeño ataque con la representación.

La exclamación de un miembro del grupo los reunió a todos junto a una tumba abierta, en cuyo fondo vieron una confusa masa de huesos humanos y los restos rotos de un ataúd. Los coyotes y las águilas ratoneras habían ejecutado los últimos y tristes ritos por lo que se refería a todo lo demás. Vieron dos cráneos, y para investigar esta repetición bastante inusual, uno de los hombres jóvenes tuvo la audacia de introducirse de un salto en la tumba y pasárselos a uno de los que estaba arriba antes de que la señora Porfer pudiera dar a conocer su desaprobación a ese acto tan sorprendente, aunque lo hiciera con considerable sentimiento y con palabras muy selectas. Al proseguir su búsqueda de los restos en el fondo de la tumba, el joven entregó una placa de ataúd oxidada con una inscripción toscamente hecha que, con dificultad, el señor Porfer descifró y leyó en voz alta con un serio intento, no totalmente desprovisto de éxito, de obtener el efecto dramático que consideraba adecuado a la ocasión y a su capacidad retórica:

MANUELITA MURPHY

NACIDA EN LA MISIÓN SAN PEDRO; MUERTA EN HURDY-GURDY

A LOS CUARENTA Y SIETE AÑOS

EL INFIERNO ESTÁ LLENO DE GENTE ASÍ

Como deferencia a la piedad del lector y a los nervios del fastidioso grupo de ambos sexos que comparten los nervios de la señora Porfer, no nos referiremos a la dolorosa impresión producida por esa inusual inscripción, salvo para decir que la capacidad de elocuencia del señor Porfer no había encontrado nunca antes un reconocimiento tan espontáneo y abrumador.

El siguiente objeto que recompensó al necrófago de la tumba fue una maraña larga de cabellos negros manchados de barro: pero recibió poca atención porque rompió el ambiente anterior. De pronto, con una breve exclamación y un gesto de excitación, el joven desenterró un fragmento de roca grisácea y, tras inspeccionarlo presurosamente, se lo entregó al señor Porfer. Cuando la luz del sol cayó sobre él lanzó unos destellos amarillos: estaba recubierto de puntos brillantes. El señor Porfer lo cogió, inclinó la cabeza sobre él un momento y lo arrojó descuidadamente con un solo comentario:

- Piritas de hierro: el oro del loco.

El joven del descubrimiento quedó por lo visto un poco desconcertado.

Entretanto la señora Porfer, incapaz de soportar ya aquel desagradable asunto, había vuelto junto al árbol y se había sentado sobre sus raíces. Mientras se arreglaba de nuevo una trenza de dorados cabellos que se había salido de su lugar, atrajo su atención lo que parecía ser, y era realmente, un fragmento de un abrigo viejo. Mirando a su alrededor para asegurarse de que un acto tan impropio de una dama no fuera observado, metió la enjoyada mano en el bolsillo delantero que estaba a la vista y sacó una cajita mohosa. Sus contenidos eran los siguientes:

Un puñado de cartas en cuyo matasellos figuraba «Elizabethtown, New Jersey».

Un rizo de cabello rubio atado con una cinta. Una fotografía de una hermosa joven.

Otra de la misma, pero singularmente desfigurada. Un nombre en el dorso de la fotografía: «Jefferson Doman».

Unos momentos después, un grupo de ansiosos caballeros rodeaba a la señora Porfer mientras seguía sentada e inmóvil al pie del árbol, con la cabeza caída hacia adelante, aferrando con los dedos una fotografía aplastada. Su marido le levantó la cabeza, descubriendo un rostro fantasmalmente blanco salvo la larga cicatriz, conocida por todos sus amigos, que ningún arte podía ocultar, y que atravesaba ahora la palidez de su semblante como una maldición visible.

Mary Matthews Porfer tenía la mala suerte de estar muerta.

MI CRIMEN FAVORITO

Después de haber asesinado a mi padre en circunstancias singularmente atroces, fui arrestado y enjuiciado en un proceso que duró siete años. Al exhortar al jurado, el juez de la Corte de Absoluciones señaló que el mío era uno de los más espantosos crímenes que había tenido que juzgar.

A lo que mi abogado se levantó y dijo:

- Si Vuestra Señoría me permite, los crímenes son horribles o agradables sólo por comparación. Si conociera usted los detalles del asesinato previo de su tío que cometió mi cliente, advertiría en su último delito (si es que delito puede llamarse) una cierta indulgencia y una filial consideración por los sentimientos de la víctima. La aterradora ferocidad del anterior asesinato era verdaderamente incompatible con cualquier

hipótesis que no fuera la de culpabilidad, y de no haber sido por el hecho de que el honorable juez que presidió el juicio era el presidente de la compañía de seguros en la que mi cliente tenía una póliza contra riesgos de ahorcamiento, es difícil estimar cómo podría haber sido decentemente absuelto. Si Su Señoría desea oírlo, para instrucción y guía de la mente de Su Señoría, este infeliz hombre, mi cliente, consentirá en tomarse el trabajo de relatarlo bajo juramento.

El Fiscal del Distrito dijo:

- Me opongo, Su Señoría. Tal declaración podría ser considerada una prueba, y los testimonios del caso han sido cerrados. La declaración del prisionero debió presentarse hace tres años, en la primavera de 1881.

- En sentido estatutario - dijo el juez - tiene razón, y en la Corte de Objeciones y Tecnicismos obtendría un fallo a su favor. Pero no en una Corte de Absoluciones. Objeción denegada.

- Recuso - dijo el Fiscal de distrito.

- No puede hacerlo - contestó el Juez -. Debo recordarle que para hacer una recusación debe lograr primero transferir este caso, por un tiempo, a la Corte de Recusaciones, en una demanda formal, debidamente justificada con declaraciones escritas. Una demanda a ese efecto, hecha por su predecesor en el cargo, le fue denegada por mí durante el primer año de este juicio. Oficial, haga jurar al prisionero.

Habiendo sido administrado el juramento de costumbre, hice la siguiente declaración, que impresionó tanto al juez debido a la comparativa trivialidad del delito por el cual se me juzgaba, que no buscó ya circunstancias atenuantes, sino que, sencillamente, instruyó al jurado para que me absolviera. Así abandoné la corte sin mancha alguna sobre mi reputación.

"Nací en 1856 en Kalamakee, Michigan, de padres honestos y honrados, uno de los cuales el Cielo ha perdonado piadosamente, para

consuelo de mis últimos años. En 1867 la familia llegó a Californa y se estableció cerca de Nigger Head, estableciendo una empresa de salteadores de caminos que prosperó más allá de cualquier sueño de lucro. Mi padre era entonces un hombre reticente y melancólico, y aunque su creciente edad ha relajado un poco su austera disposición, creo que nada, fuera del recuerdo del triste episodio por el que ahora se me juzga, le impide manifestar una genuina hilaridad. "Cuatro años después de haber puesto en servicio nuestra empresa de salteadores, llegó hasta allí un predicador ambulante, que no teniendo otra manera de pagar el alojamiento nocturno que le dimos, nos favoreció con una exhortación de tal fuerza que, alabado sea Dios, nos convertimos todos a la religión. Mi padre mandó llamar inmediatamente a su hermano, el honorable William Ridley, de Stockton, y apenas llegó le entregó el negocio, sin cobrarle nada por la licencia ni por la instalación... esta última consistente en un rifle Winchester, una escopeta de caño recortado y un juego de máscaras fabricados con bolsas de harina. La familia se trasladó entonces a Ghost Rock y abrió una casa de baile. Se le llamó "La Gaita del Descanso de los Santos", y cada noche la cosa empezaba con una plegaria. Fue aquí donde mi ahora santa madre adquirió el apodo de "La Morsa Galopante".

"En el otoño del 75 tuve ocasión de visitar Coyote, en el camino a Mahala, y tomé la diligencia en Ghost Rock. Había otros cuatro pasajeros. A unas tres millas más allá de Nigger Head, unas personas que identifiqué como mi tío William y sus dos hijos, detuvieron la diligencia. No encontrando nada en la caja del expreso, registraron a los pasajeros. Actué honorablemente en el asunto, colocándome en fila con los otros, levantando las manos y permitiendo que me despojaran de cuarenta dólares y un reloj de oro. Por mi conducta nadie pudo haber sospechado que conocía a los caballeros que daban la función. Unos días después, cuando fui a Nigger Head y pedí la devolución de mi dinero y mi reloj, mi tío y mis primos

juraron que no sabían nada del asunto y afectaron creer que mi padre y yo habíamos hecho el trabajo violando deshonestamente la buena fe comercial. El tío William llegó a amenazar con poner una casa de baile competidora en Ghost Rock. Como "El Descanso de los Santos" se había hecho muy impopular, me di cuenta de que esto sin duda alguna terminaría por arruinarla y se convertiría para ellos en una empresa de éxito, de modo que le dije a mi tío que estaba dispuesto a olvidar el pasado si consentía en incluirme en el proyecto y mantener el secreto de nuestra sociedad ante mi padre. Rechazó esta justa oferta, y entonces advertí que todo sería mejor y más satisfactorio si él estuviera muerto.

"Mis planes para ese fin se vieron pronto perfeccionados y, al comunicárselos a mis amados padres, tuve la satisfacción de recibir su aprobación. Mi padre dijo que estaba orgulloso de mí y mi madre prometió que, aunque su religión le prohibiera ayudar a quitar vidas humanas, tendría yo la ventaja de contar con sus plegarlas para mi éxito. Como medida preliminar con miras a mi seguridad en caso de descubrimiento, presenté una solicitud de socio en esa poderosa orden, los Caballeros del Crimen, y a su debido tiempo fui recibido como miembro de la comandancia de Ghost Rock. Cuando terminó mi noviciado, se me permitió por primera vez inspeccionar los registros de la Orden y saber quién pertenecía a ella, ya que todos los ritos de iniciación se habían llevado a cabo enmascarados. ¡Imaginen mi sorpresa cuando, mirando la nómina de asociados, encontré que el tercer nombre era el de mi tío, que en realidad era vicecanciller adjunto de la Orden! Era ésta una oportunidad que excedía mis sueños más desenfrenados: ¡al asesinato podía agregar la insubordinación y la traición! Era lo que mi buena madre hubiera llamado "un regalo de la Providencia".

"Por entonces ocurrió algo que hizo que mi copa de júbilo, ya llena, desbordara por todos lados en una cascada de bienaventuranzas. Tres hombres, extranjeros en esa localidad, fueron arrestados por el robo a la

diligencia en el que yo había perdido mi dinero y mi reloj. Fueron enjuiciados y, a pesar de mis esfuerzos para absolverlos e imputar la culpa a tres de los más respetables y dignos ciudadanos de Ghost Rock, se los declaró culpables en base a las pruebas más evidentes. El asesinato de mi tío sería ahora tan injustificable e irrazonable como podía desearse.

"Una mañana me puse el Winchester al hombro y, yendo a casa de mi tío, cerca de Nigger Head, le pregunté a mi tía Mary, su esposa, si estaba él en casa, agregando que había venido a matarlo. Mi tía replicó, con su peculiar sonrisa, que tantos caballeros lo visitaban con esa intención y que después se iban sin haberlo logrado, que yo debía disculparla por dudar de mi buena fe en el asunto. Dijo que yo no daba la impresión de ir a matar a nadie, así que, como prueba de buena fe, levanté mi rifle y herí a un chino que pasaba frente a la casa. Ella dijo que conocía familias enteras que podían hacer cosas semejantes, pero que Bill Ridley era caballo de otro pelo. Dijo, sin embargo, que lo encontraría al otro lado del estero, en el solar de las ovejas, y agregó que esperaba que ganara el mejor.

"Mi tía Mary era una de las mujeres más imparciales que he conocido.

"Encontré a mi tío arrodillado, esquilando una oveja. Viendo que no tenía a mano rifle ni pistola no tuve ánimo para disparar, así que me acerqué, lo saludé amablemente y le di un buen golpe en la cabeza con la culata del rifle. Tengo buena mano y el tío William cayó sobre un costado, se dio vuelta sobre la espalda, abrió los dedos y tembló. Antes de que pudiera recobrar el uso de sus miembros, cogí el cuchillo que él había estado usando y le corté los tendones. Ustedes saben, sin duda, que cuando se cortan los tendones de Aquiles el paciente pierde el uso de su pierna; es exactamente igual que si no tuviera pierna. Bien, le seccioné los dos y cuando revivió estaba a mi disposición. Tan pronto como comprendió la situación, dijo:

"- Samuel, has conseguido vencerme y puedes permitirte ser generoso. Sólo quiero pedirte una cosa, y es que me lleves a mi casa y me liquides en el seno de mi familia.

"Le dije que consideraba éste un pedido perfectamente razonable y que así lo haría si me permitía meterlo en una bolsa de trigo; sería más fácil llevarlo de esa manera y si los vecinos nos vieran en camino provocaría menos comentarios. Estuvo de acuerdo y yendo al granero traje una bolsa. Esta, sin embargo, no le iba bien; era muy corta y mucho más ancha que él, así que le doblé las piernas, le forcé las rodillas contra el pecho y así lo metí, atando la bolsa sobre su cabeza. Era un hombre pesado e hice todo lo posible por ponérmelo a la espalda, pero anduve a los tumbos un trecho hasta que llegué a una hamaca que algunos chicos habían colgado de la rama de un roble. Aquí lo deposité en el suelo y me senté sobre él a descansar; y la vista de la soga me proporcionó una feliz inspiración. A los veinte minutos, mi tío, siempre en la bolsa, se hamacaba libremente en alas del viento.

"Yo había descolgado la soga y atado un extremo en la boca de la bolsa, pasando el otro por la pierna, levantándolo a unos cinco pies del suelo. Atando el otro extremo de la soga también alrededor de la boca de la bolsa, tuve la satisfacción de ver a mi tío convertido en un hermoso y gran péndulo. Debo agregar que él no estaba totalmente al tanto de la naturaleza del cambio que había experimentado en relación con el mundo exterior, aunque en justicia al recuerdo del buen hombre, debo decir que no creo que en ningún caso hubiera dedicado demasiado tiempo a un vano agradecimiento.

"El tío William tenía un carnero que era famoso como luchador en toda la región. Vivía en estado de indignación constitucional crónica. Algún profundo desengaño de su vida anterior le había agriado el carácter y había declarado la guerra al mundo entero. Decir que embestía cualquier

cosa accesible es expresar muy levemente la naturaleza y alcance de su actividad militar: el universo era su rival, sus métodos los de un proyectil. Luchaba como los ángeles con los demonios: en medio del aire, hendiendo la atmósfera como un pájaro, describiendo una curva parabólica y descendiendo sobre su víctima en el ángulo justo de incidencia que más rendía a su velocidad y su peso. Su impulso, calculado en toneladas cúbicas, era algo increíble. Se le había visto destrozar un toro de cuatro años con un solo golpe dado en la nudosa frente del animal. No se conocía cerco de piedra que resistiera la fuerza de su golpe descendente; no había árboles bastante pesados para aguantarlo: los convertía en astillas y profanaba en la oscuridad el honor de sus hojas. Este bruto irascible e implacable, este trueno encarnado, este monstruo de los abismos, había visto yo que descansaba a la sombra de un árbol adyacente, sumido en sueños de conquistas y de gloria. Con miras de atraerlo al campo del honor, suspendí a su amo de la manera descrita.

"Completados los preparativos, impartí al péndulo de mi tío una suave oscilación y, retirándome a cubierto de una piedra contigua, lancé un largo grito estridente cuya nota final decreciente se ahogaba en un ruido como el de un gato protestando, ruido que emanaba de la bolsa. Instantáneamente el formidable lanar se paró sobre sus patas y comprendió la situación militar de un vistazo. En pocos minutos más se había acercado piafando hasta unos cincuenta metros de distancia del oscilante enemigo, que, ora avanzando, ora retirándose, parecía invitarlo a la riña. De pronto vi la cabeza de la bestia inclinada hacia tierra como abatida por el peso de sus enormes cuernos; luego el carnero se prolongó en una franja confusa y blanca directamente dirigida desde ese lugar, horizontalmente en dirección a un punto situado a unos cuatro metros por debajo del enemigo. Allí golpeó vivamente hacia arriba y, antes de que se hubiera borrado de mi mirada el lugar de donde había arrancado, oí un terrible porrazo y un grito

desgarrador, y mi pobre tío fue disparado hacia adelante con un cabo suelto más alto que el miembro al que estaba atado. Aquí la soga se puso tensa de un tirón, deteniendo su vuelo, y fue enviado atrás otra vez, describiendo, sin resuelto, una curva de arco. El carnero se había caído -un indescriptible montón de patas, lanas y cuernos-, pero rehaciéndose y esquivando el vaivén descendente de su antagonista, se retiró sin orden ni concierto, sacudiendo alternativamente la cabeza o pateando con sus patas traseras. Cuando había retrocedido a más o menos la misma distancia que la que había usado para asestar el golpe, se detuvo nuevamente, inclinó la cabeza como en una plegaria por la victoria y otra vez salió disparado hacia adelante, confusamente visible como antes, un prolongado rayo blanquecino, con monstruosas ondulaciones y terminado en un vivo ascenso. Esta vez el curso del ataque dio en el ángulo exacto, comparado con el primero, y la impaciencia del animal era tan grande que golpeó al enemigo antes de que éste llegara al punto más bajo del arco. En consecuencia, mi tío empezó a volar dando círculos horizontales de un radio igual a la mitad de la longitud de la soga, que he olvidado decirlo, era de unos seis metros de largo. Sus alaridos, crescendo al ir hacia adelante y diminuendo al retroceder, hacían que la rapidez de sus revoluciones fuera más evidente para el oído que para la vista. Era obvio que aún no había recibido ningún golpe vital. La postura que tenía dentro de la bolsa y la distancia del suelo a que estaba colgado, obligaban al carnero a dedicarse a sus extremidades inferiores y al final de su espalda. Como una planta cuyas raíces han encontrado un mineral venenoso, mi pobre tío se iba muriendo lentamente hacia arriba.

“Después de asestar el segundo golpe, el carnero no había vuelto a retirarse. La fiebre de la batalla ardía fogosamente en el corazón del animal, su cerebro estaba ebrio del vino de la contienda. Como un púgil que en su ira olvida sus habilidades y pelea sin efectividad a distancia de medio

brazo, la bestia enfurecida se empeñaba por alcanzar su volante enemigo cuando pasaba sobre ella, con torpes saltos verticales, consiguiendo a veces, en realidad, golpearlo débilmente, pero las más de las veces caía a causa de una ansiedad mal dirigida. Pero a medida que el ímpetu se fue agotando y los círculos del hombre fueron disminuyendo en tamaño y velocidad, acercándolo más al suelo, esta táctica produjo mejores resultados, produciendo una superior calidad de alaridos que disfruté plenamente.

"De pronto, como si las trompetas hubieran tocado tregua, el carnero suspendió las hostilidades y se marchó, frunciendo y desfrunciendo pensativamente su gran nariz aguileña, arrancando distraídamente un manojo de pasto y masticándolo con lentitud. Parecía cansado de las alarmas de la guerra y resuelto a convertir la espada en reja de arado para cultivar las artes de la paz. Siguió firmemente su camino, apartándose del campo de la fama, hasta que ganó una distancia de cerca de un cuarto de milla. Allí se detuvo, de espaldas al enemigo, rumiando su comida y en apariencia dormido. Observé, sin embargo, un giro ocasional, muy leve de la cabeza, como si su apatía fuera más afectada que real.

"Entretanto los alaridos del tío William habían menguado junto con sus movimientos, y sólo provenían de él lánguidos y largos quejidos, y a grandes intervalos mi nombre, pronunciado en tonos suplicantes, sumamente agradables a mi oído. Evidentemente el hombre no tenía la más leve idea de lo que le estaba ocurriendo y estaba inefablemente aterrorizado. Cuando la Muerte llega envuelta en su capa de misterio es realmente terrible. Poco a poco las oscilaciones de mi tío disminuyeron y finalmente colgó sin movimiento. Fui hacia él, y estaba a punto de darle el golpe de gracia, cuando oí y sentí una sucesión de vivos choques que sacudieron el suelo como una serie de leves terremotos, y, volviéndome en dirección del carnero, ¡vi acercárseme una gran nube de polvo con

inconcebible rapidez y alarmante efecto! A una distancia de treinta metros se detuvo en seco y del extremo más cercano ascendió por el aire lo que primero tomé por un gran pájaro blanco. Su ascenso era tan suave, fácil y regular que no pude darme cuenta de su extraordinaria celeridad y me perdí en la admiración de su gracia. Hasta hoy me queda la impresión de que era un movimiento lento, deliberado, como si el carnero -porque tal era el animal- hubiera sido elevado por otros poderes que los de su propio ímpetu y sostenido en las sucesivas etapas de su vuelo con infinita ternura y cuidado. Mis ojos siguieron sus progresos por el aire con inefable placer, mayor aún por contraste, con el terror que me había causado su acercamiento por tierra. Hacia arriba y hacia adelante navegaba, la cabeza casi escondida entre las patas delanteras echadas hacia atrás, y las posteriores estiradas, como una garza que se remonta.

"A una altura de trece a quince metros, según pude calcular a ojo, llegó a su cenit y pareció quedar inmóvil por un instante; luego, inclinándose repentinamente hacia adelante, sin alterar la posición relativa de sus partes, se lanzó hacia abajo en pendiente con aumentada velocidad, pasó muy próximo a mí, por encima mío con el ruido de una bala de cañón y golpeó a mi pobre tío casi exactamente en la punta de la cabeza. ¡Tan espantoso fue el impacto que no sólo rompió el cuello del hombre sino que también la soga, y el cuerpo del difunto, lanzado contra el suelo, quedó aplastado como pulpa bajo la horrible frente del meteórico carnero! La sacudida detuvo todos los relojes desde Lone Hand a Dutch Dan, y el profesor Davidson, distinguida autoridad en asuntos sísmicos, que se encontraba en la vecindad, explicó de inmediato que las vibraciones fueron de norte a sudeste.

"Sin excepción, no puedo dejar de pensar que en punto a atrocidad artística, mi asesinato del tío William ha sido superado pocas veces."

- ¿Lo dice en serio? ¿De veras cree que una máquina puede pensar?

La respuesta tardó en llegar. Moxon concentraba su mirada en los fantásticos dibujos que proyectaban las llamas del hogar.

Desde hace unos días que yo observaba en él una tendencia creciente a postergar la respuesta a la más anodina de las preguntas. Y no obstante, tenía un aspecto preocupado, más que de meditación; era como «si su cerebro sólo pudiera estar ocupado en una sola cosa».

- ¿Qué es una máquina? - inquirió un poco después -. Esta palabra tiene diversas acepciones. Por ejemplo, tomemos la definición de un diccionario: «Todo instrumento u organización por el que se aplica y hace efectiva la energía, o produce un efecto deseado.» De ser así, ¿acaso el hombre no es una máquina? Y admitirá usted que el hombre piensa... o eso se imagina.

- Si no desea responder a lo que le pregunté - repliqué-, dígalo claramente. Usted se sale por la tangente, mi querido amigo. De sobra sabe que al referirnos a las máquinas, no hablamos de los hombres, sino de un objeto fabricado por él para su satisfacción.

- A veces no es así - objetó Moxon -. A veces es la máquina la que domina al hombre; a veces es la máquina la que se satisface.

Moxon se levantó y se aproximó al ventanal, en cuyos cristales tabaleaba la lluvia que hacía aún más oscura aquella noche de tormenta.

- Perdóneme - sonrió luego, volviéndose de nuevo hacia mí -. No intentaba salirme por la tangente. Puedo responder a su pregunta de manera directa: opino que las máquinas piensan en el trabajo que realizan.

Desde luego, era una respuesta directa. Y no muy grata, ya que casi confirmaba mi suposición respecto que la devoción de Moxon por el

estudio, y el trabajo en su taller no le beneficiaban en absoluto. Por ejemplo, yo sabía que sufría de insomnio, dolencia que no es trivial en modo alguno. ¿Acaso esto estaba afectando a su cerebro? Su respuesta así parecía indicarlo. Tal vez hoy día no albergaría tal sospecha, pero en aquellos tiempos yo era muy joven, y la juventud, aunque lo niegue, siempre es ignorante.

- Bien, si carece de cerebro - proseguí la discusión -, ¿cómo piensa la máquina?

La respuesta, esta vez más rápida, adoptó la forma de una pregunta, hablando en términos legales.

- ¿Cómo piensa una planta, que tampoco posee cerebro?

- Ah, de manera que también las plantas piensan... Vaya, me encantaría conocer varias de sus conclusiones al respecto, aunque puede guardarse para usted las premisas.

- Tal vez sea posible para algunas personas deducir las convicciones de los actos propios. Bien, no hablaré de los conocidos ejemplos de la sensible mimosa, de las flores insectívoras y de aquellas cuyos estambres se inclinan y sacuden su polen sobre la abeja para que ésta lo transporte a otras flores. En mi jardín planté en cierta ocasión una trepadora. Cuando la planta surgió a la superficie, clavé una estaca en la tierra a un metro de distancia de la plantita. La trepadora se alargó inmediatamente en aquella dirección, más al cabo de unos días, cuando estaba a punto de alcanzar la estaca, la arranqué y la clavé en dirección opuesta. Inmediatamente, la enredadera cambió de orientación, trazó un ángulo agudo y volvió a alargarse hacia la estaca. Repetí el experimento varias veces, siempre con idéntico resultado. Al fin, descorazonada la planta, se dirigió hacia un árbol y comenzó a trepar por su tronco.

Moxon hizo una pausa y reanudó sus explicaciones.

- Las raíces de los eucaliptos se prolongan de modo increíble en busca de humedad. Un agricultor relató que una raíz de eucalipto penetró en una tubería subterránea seca y la fue siguiendo hasta que llegó a un muro de piedra que obturaba dicha tubería. La raíz, entonces, salió de la tubería y recorrió la pared hasta hallar la abertura, por la que se introdujo, dando la vuelta en busca de la tubería por el otro lado del muro.

- ¿Y bien...?

- ¿No entiende lo que significa? Significa que las plantas tienen conciencia. Demuestra que las plantas poseen raciocinio.

- De acuerdo, las plantas piensan. Mas no nos referíamos a plantas, sino a máquinas. Las máquinas pueden estar fabricadas, totalmente o en parte, de madera, que ha perdido su vitalidad, o ser metálicas en su conjunto. ¿Es que los minerales también piensan?

- Amigo mío, ¿qué otra explicación cabe darle al fenómeno de la cristalización?

- Nunca intenté explicarlo.

- En caso contrario tendría que admitir lo que no es posible negar, o sea la colaboración de manera inteligente entre los diversos elementos que constituyen los cristales. Cuando los soldados de un cuartel forman filas o cuadros, usted está seguro que ellos razonan. Cuando los patos silvestres, en sus emigraciones, forman una V, usted dice que es por instinto. Cuando los átomos homogéneos de un mineral cualquiera, que se mueven libremente en una solución, adoptan formas matemáticas de asombrosa perfección, o unas partículas húmedas se agrupan para construir los copos de nieve, usted no puede decir nada. Ni siquiera se ha inventado una palabra que disimule su inmensa sinrazón.

Moxon peroraba con gran seriedad y animación. De pronto, cuando calló, oí en una estancia contigua un sonido raro, como el golpeteo de una

mesa con la palma de la mano. Se trataba del taller de Moxon, lugar al que nadie tenía acceso, aparte del dueño de la casa.

Moxon también oyó aquel ruido y, súbitamente excitado, se levantó y penetró en el taller. Me pareció extraño que hubiese alguien allí dentro, y la curiosidad me hizo escuchar con suma atención, aunque no incurrí en la descortesía de aplicar el oído a la puerta. Hubo unos rumores confusos, como de lucha, y el suelo retembló. Luego oí también una respiración jadeante y un susurro ronco:

- ¡Maldito seas!

Todo volvió a quedar en silencio. Moxon reapareció y observé que trataba de sonreír sin conseguirlo.

- Perdone que le haya dejado solo. Tengo ahí dentro una máquina que a veces pierde los estribos.

Al ver su mejilla izquierda, donde había cuatro arañazos paralelos y ensangrentados, comenté:

- Por lo visto, esa máquina tiene las uñas largas.

No estaba la cosa para chistes. Moxon no intentó siquiera sonreír. Se sentó de nuevo y continuó con su monólogo como si nada hubiese ocurrido.

- Sí, naturalmente, usted no está de acuerdo con quienes aseguran que toda la materia es sensible, que cada átomo es un ser individual, vivo y consciente. Yo sí. La materia inerte, muerta, no existe; toda está viva; toda la materia posee fuerza, instinto, energía real y potencial. Toda la materia es sensible a las fuerzas que la rodean y puede asimilar las facultades que residen en organismos superiores con los que se pone en contacto, como por ejemplo las del hombre cuando transforma dicha materia en instrumentos. La materia absorbe en tal caso parte de la inteligencia y de las intenciones del ser humano que la modifica, haciéndolo en mayor grado cuanto más complicados sean el mecanismo y su trabajo a realizar.

Moxon se levantó para atizar las brasas del hogar y volvió a sentarse antes de continuar su discurso.

- ¿Recuerda la definición de «vida» dada por Herbert Spencer? Yo la conozco desde hace unos treinta años. Y al cabo de tanto tiempo me parece perfecta en toda su extensión. Creo que no sólo es la mejor definición de la vida, sino la única posible.

Tosió para aclararse la garganta, y citó con cierta pedantería:

- La vida es una combinación definida de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, relacionados con coexistencias y secuencias externas.

- Si – asentí -, eso define el fenómeno, pero – objeté -, no aporta la menor clave para descubrir su causa.

- Claro, esto es cuanto puede hacer una definición - replicó Moxon -. Como dice Mills, lo único que sabemos de la causa es que se trata de un antecedente..., de igual forma ignoramos todo sobre el efecto, salvo que es una consecuencia. Sin embargo, nuestra percepción puede inducirnos a error; por ejemplo, quien haya visto a un conejo perseguido por un perro y no haya visto jamás conejos y perros por separado, puede llegar a creer que el conejo es la causa del perro.

»Ah, creo que me desvío de la cuestión principal - prosiguió Moxon con tono doctoral -. Lo que deseo destacar es que en la definición de la vida formulada por Spencer está incluida la actividad de una máquina; así, en esa definición todo puede aplicarse a la maquinaria. Según aquel filósofo, si un hombre está vivo durante su período activo, también lo está una máquina mientras funciona. En mi calidad de inventor y fabricante de máquinas, afirmo que esto es absolutamente cierto.

Moxon quedó silencioso y la pausa se prolongó algún rato, en tanto él contemplaba el fuego de la chimenea de manera absorta.

Se hizo tarde y quise marcharme, pero no me sedujo la idea de dejar a Moxon en aquella mansión aislada, totalmente solo, excepto la presencia de alguien que yo no podía imaginar ni siquiera quién era, aunque a juzgar por el modo cómo trató a mi amigo en el taller, tenía que ser un individuo altamente peligroso y animado de malas intenciones.

Me incliné hacia Moxon y lo miré fijamente, al tiempo que indicaba la puerta del taller.

- Moxon - indagué - ¿quién está ahí dentro?

Al ver que se echaba a reír, me sorprendí lo indecible.

- Nadie - repuso, serenándose -. El incidente que a usted lo inquieta fue provocado por mi descuido al dejar en funcionamiento una máquina que no tenía en qué ocuparse, mientras yo me entregaba a la imposible labor de iluminarle a usted sobre algunas verdades. ¿Sabe, por ejemplo, que la Conciencia es hija del Ritmo?

- Oh, ya vuelve a salirse por la tangente - le reproché, levantándome y poniéndome el abrigo -. Buenas noches, Moxon. Espero que la máquina que usted dejó funcionando por equivocación, lleve guantes la próxima vez que intente usted pararla.

Sin querer observar el efecto de mi indirecta, me marché de la casa.

Llovía aún, y las tinieblas eran muy densas. Lejos, brillaban las luces de la ciudad. A mis espaldas, la única claridad visible era la que surgía de una ventana de la mansión de Moxon, que correspondía precisamente a su taller.

Pensé que mi amigo habría reanudado los estudios interrumpidos por mi visita. Por extrañas que me parecieran en aquella época sus ideas, incluso cómicas, experimentaba la sensación que se hallaban relacionadas de forma trágica con su vida y su carácter, y tal vez con su destino.

Sí, casi me convencí que sus ideas no eran las lucubraciones de una mente enfermiza, puesto que las expuso con lógica claridad. Recordé una y

otra vez su última observación: «La Conciencia es hija del Ritmo». Y cada vez hallaba en ella un significado más profundo y una nueva sugerencia.

Sin duda alguna, constituían una base sobre la cual asentar una filosofía. Si la conciencia es producto del ritmo, todas las cosas son conscientes puesto que todas tienen movimiento, y el movimiento siempre es rítmico. Me pregunté si Moxon comprendía el significado, el alcance de esta idea, si se daba cuenta de la tremenda fuerza de aquella trascendental generalización. ¿Habría llegado Moxon a su fe filosófica por la tortuosa senda de la observación práctica?

Aquella fe era nueva para mi, y las afirmaciones de Moxon no lograron convertirme a su causa; mas de pronto tuve la impresión que brillaba una luz muy intensa a mi alrededor, como la que se abatió sobre Saulo de Tarso, y en medio de la soledad y la tormenta, en medio de las tinieblas, experimenté lo que Lewes denomina «la infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico».

Aquel conocimiento adquiría para mí nuevos sentidos, nuevas dimensiones. Me pareció que echaba a volar, como si unas alas invisibles me levantaran del suelo y me impulsasen a través del aire.

Cediendo al impulso de conseguir más información de aquél a quien reconocía como maestro y guía, retrocedí y poco después volví a estar frente a la puerta de la residencia de Moxon.

Estaba empapado por la lluvia que caía sin cesar, mas no experimentaba ninguna molestia. Ni siquiera se me ocurrió golpear con el aldabón, sino que giré el pomo de la puerta; no tardé en estar de nuevo en la estancia que poco antes abandoné. Todo estaba a oscuras y en silencio, como suponía.

Moxon, claro está, se hallaba en el taller. Tanteé la pared hasta hallar la puerta de comunicación y llamé varias veces sin obtener respuesta, lo que atribuí al estruendo de la tempestad que rugía fuera.

Jamás fui invitado a entrar en el taller. En realidad, Moxon me prohibió entrar allí, como a todo el mundo, con una sola excepción: la de un hábil obrero metalúrgico, de quien nadie sabía nada, salvo que se llamaba Haley, muy callado por naturaleza. En mi excitación espiritual, olvidé toda discreción y abrí bruscamente la puerta. Lo que vi me arrancó al momento de mis especulaciones filosóficas.

Moxon estaba sentado frente a la puerta, ante una mesita sobre la que una vela proyectaba la única luz de la habitación.

Delante de él, de espaldas a mí, había otra persona. Encima de la mesa, entre ambos, había un tablero de ajedrez; al ver pocas piezas encima del mismo intuí que la partida se hallaba muy avanzada.

Moxon demostraba un enorme interés, aunque no tanto, al parecer, en el juego como en su contrincante, al que miraba de forma tan intensa y penetrante que, pese a estar directamente en su campo visual, no se fijó en mi presencia.

Tenía el semblante muy pálido y sus pupilas relucían como carbunclos. A su adversario sólo le veía la espalda, pero aquello me bastó, pues creo que en mi interior no deseaba verle el rostro.

Por lo visto, sólo medía metro veinte de estatura, con unas proporciones semejantes a las de un gorila, muy ancho de hombros, cuello corto y recto, y una cabeza cuadrada con un fez colorado sobre una enmarañada mata de pelambre.

Una túnica, también colorada, cubría la parte superior de su cuerpo, cayendo en pliegues sobre el asiento, que era una especie de cajón, en donde aquel extraño personaje se hallaba casi encaramado. Las piernas y los pies resultaban invisibles. Su antebrazo izquierdo se apoyaba sobre su regazo, al parecer; movía las piezas con la mano derecha, que era colosalmente larga y ancha.

Me aparté ligeramente a un lado; de esta manera, si Moxon levantaba la vista sólo vería la puerta abierta. No sé qué me impedía entrar del todo o retirarme, pues tenía la sensación de estar ante una tragedia inminente, por lo que pensé que si me quedaba tal vez tendría ocasión de acudir en ayuda de mi amigo.

Sin rebelarme contra lo indelicado de mi acción, me quedé.

La partida se realizaba velozmente. Moxon apenas miraba el tablero antes de efectuar un movimiento, nervioso y rápido.

Su contrincante, en cambio, movía las piezas lentamente, de manera uniforme, mecánica. Era un espectáculo imponente; y me estremecí. Claro que ello podía deberse al agua que empapaba mis ropas.

Tras mover una pieza, y por dos o tres veces, el extraño ser inclinó levemente la cabeza, y observé que en cada ocasión, Moxon movía su rey. De repente se me ocurrió que aquel hombre era mudo. Luego pensé que se trataba de una máquina. ¡Un jugador de ajedrez autómata! Recordé que, en cierta ocasión, Moxon me explicó que acababa de inventar un mecanismo de tal especie, aunque no creí que lo hubiese construido ya.

Lo que Moxon habló aquella misma noche respecto a la conciencia y la inteligencia de las máquinas, ¿era sólo un preludio a una exhibición de tal ingenio..., un simple truco para aumentar el efecto de su acción mecánica sobre mí, en la ignorancia de su secreto?

¡Precioso final para mis arrebatos intelectuales, para mi «infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico»!

Iba ya a retirarme muy enojado, cuando algo llamó mi atención. Observé que aquel ser encogía sus inmensos hombros, como con irritación, mas el movimiento era tan natural, tan totalmente humano, que me desconcertó. Aquello no fue todo, pues un instante más tarde golpeó la mesa con el puño. Ante aquel gesto, Moxon pareció incluso más desconcertado que yo. Como alarmado, echó su silla hacia atrás.

Súbitamente, Moxon levantó una mano provista de una pieza de ajedrez, y la dejó caer, gritando:

- ¡Jaque mate!

Se puso en pie velozmente y se situó detrás de la silla. El autómata continuó sentado, inmóvil, en plena concentración.

Fuera, ya no rugía el viento, pero a intervalos se oía el estruendo sordo del trueno. Mezclado al mismo, se oía como un zumbido que parecía proceder del cuerpo del autómata, como si su mecanismo se hubiera descoyuntado. No tuve tiempo de reflexionar mucho, pues mi atención volvió a ser atraída por los extraños movimientos del autómata.

Parecía haberse apoderado de su cuerpo una leve pero continua convulsión. Su cuerpo y su cabeza se estremecían como si fuera presa de un ataque de epilepsia, y el movimiento progresó hasta que todo aquel ser estuvo violentamente agitado.

Se puso en pie con brusquedad, derribó la mesa al hacerlo, y extendió ambos brazos al frente, con la postura del nadador que está a punto de zambullirse en el agua. Moxon quiso retroceder, pero ya era tarde; vi las manos del extraño personaje cerrarse en torno a la garganta de un amigo, unos instantes antes que la vela, que cayó al suelo al volcarse la mesa, se apagara, dejando a oscuras la habitación.

No obstante esto, el rumor de la lucha era perfectamente audible, siendo lo más horrible los estertores de Moxon en sus desesperados esfuerzos por respirar.

Guiado por aquel ruido, traté de acudir en ayuda de mi amigo, mas apenas había dado un paso cuando la estancia quedó inundada de claridad, una claridad casi cegadora que imprimió en mi cerebro, mi corazón y mi recuerdo, una visión lúcida de los combatientes caídos en tierra.

Moxon se hallaba debajo, con la garganta apresada todavía por aquellas manazas de hierro, con los ojos desorbitados, la lengua fuera.

Y, ¡oh contraste espantoso!, en el pintado semblante de su asesino, se veía una expresión meditabunda y serena, como si estuviese ocupado en la solución de un problema de ajedrez. Un momento más tarde..., todo estuvo en tinieblas y en completo silencio.

Recobré el conocimiento tres días más tarde en el hospital. Cuando recordé aquel trágico suceso, reconocí en el hombre que me atendía al obrero metalúrgico que había trabajado para Moxon. Si, era Haley. Respondiendo a mis miradas, se me aproximó con la sonrisa a flor de labios.

- Cuéntemelo todo - le supliqué débilmente -. Absolutamente todo.

- Claro – sonrió -. Le trajeron aquí inconsciente, desde una casa incendiada, la de Moxon. Nadie sabe por qué estaba usted allí. También sigue en misterio el origen del incendio. Mi opinión personal es que la casa fue alcanzada por un rayo.

- ¿Y Moxon?

- Ayer lo enterraron. Bueno, lo que quedaba de él.

Por lo visto, aquel hombre tan silencioso en algunas ocasiones, sabía ser amable y comunicativo en otras. Transcurridos unos segundos, formulé otra pregunta.

- ¿Quién me salvó?

- Pues si tanto le interesa saberlo..., yo.

Gracias, amigo Haley y que Dios lo bendiga. ¿Salvó también usted a aquel fascinante producto de su habilidad, el jugador de ajedrez autómata que asesinó a su creador?

El obrero permaneció largo rato en silencio, sin mirarme. Finalmente, se volvió hacia mí y preguntó:

- ¿Está usted enterado de esto?

- Desde luego. Yo vi cómo estrangulaba a Moxon...

Todo esto sucedió muchos años atrás. Si hoy me lo preguntasen, mi respuesta sería mucho menos categórica.

LOS SUCESOS NOCTURNOS EN EL BARRANCO DEL MUERTO

Un relato que es falso

Hacía una noche especialmente fría y clara, como el corazón de un diamante. Las noches claras tienen la peculiaridad de ser perspicaces. En la oscuridad puedes tener frío y no darte cuenta; sin embargo, cuando ves, sufres. Esa noche era suficientemente sagaz para morder como una serpiente. La luna se movía de modo misterioso tras los pinos gigantes que coronaban la Montaña del Sur, haciendo que la dura corteza de la nieve produjera destellos y subrayando contra el negro Oeste los contornos fantasmales de la Cordillera de la Costa, más allá de la cual se extendía el Pacífico invisible. La nieve se amontonaba en los claros del fondo del barranco, en las extensas sierras que subían y bajaban, y en las colinas, donde parecía que el rocío manaba y se desbordaba. Rocío que en realidad era la luz del sol, reflejada dos veces: una desde la luna, y otra desde la nieve.

Sobre ésta, muchas de las barracas del abandonado campamento minero aparecían destruidas (un marinero podría haber dicho que se habían ido a pique.) La nieve cubría a intervalos irregulares los altos caballetes que una vez habían soportado el peso de un arroyo al que llamaban «flume»; porque «flume», claro está, viene de flumen. El privilegio de hablar Latín se cuenta entre las ventajas de las que las montañas no pueden privar al

buscador de oro. Este, al referirse a un compañero muerto dice: «Se ha ido "flume" arriba», que es una bonita forma de decir: «Su vida ha retornado a la Fuente de la Vida.»

Mientras se ponía la armadura contra los ataques del viento, la nieve no había descuidado ninguna posición estratégica. Cuando es perseguida por el viento, la nieve no es muy distinta a un ejército que se repliega. En campo abierto se alinea en grados y batallones. Si puede ganar una posición, opone resistencia; donde puede refugiarse, lo hace. Detrás de un trozo de pared derruida pueden verse pelotones completos de nieve encogidos de miedo. La vieja carretera tortuosa, excavada en la ladera de la montaña, estaba llena de ellos. Un escuadrón tras otro se habían afanado por escapar por este flanco, pero el hostigamiento había cesado de repente. Es imposible imaginar un lugar más desolado y espantoso que el Barranco del Muerto en una noche de invierno. A pesar de ello, Mr. Hiram Beeson, su único habitante, eligió vivir allí.

En la ladera de la Montaña del Norte, muy arriba, su pequeña cabaña, construida con troncos de pino, proyectaba un delgado rayo de luz desde el único cristal de la ventana, y parecía un escarabajo negro sujeto a la ladera con un flamante y luminoso alfiler. En el interior, Mr. Beeson se sentaba delante de una lumbre que ardía con fuerza, con la vista clavada en el foco candente, como si nunca hubiera visto una cosa igual en toda su vida. No era un hombre atractivo. Tenía el pelo cano y su atuendo estaba raído y sucio. La cara tenía un aspecto pálido y ojeroso, y los ojos le brillaban con excesiva fuerza. En cuanto a su edad, si alguien hubiera intentado adivinarla, primero podría haber dicho que rondaba los cuarenta y siete, después corregiría y diría setenta y cuatro. En realidad tenía veintiocho. Estaba demacrado; quizás, hasta donde podía arriesgarse, pues en Bentley's Flat había una funeraria muy necesitada y en Sonora un forense muy emprendedor. La pobreza y el celo son como las piedras

superior e inferior de un molino. Es peligroso colocar una tercera en esa especie de «sandwich.»

Mientras Mr. Beeson permanecía allí sentado, con sus raídos codos apoyados sobre unas rodillas aun más raídas y sus esqueléticas mandíbulas hundidas entre sus esqueléticas manos, sin ninguna intención aparente de irse a la cama, parecía que el más ligero movimiento podía dejarlo hecho añicos. Sin embargo, durante la última hora había pestañeado no menos de tres veces.

Entonces se oyeron unos golpes secos en la puerta. Esto, a aquella hora de la noche y con aquel tiempo, podría haber sorprendido a cualquier común mortal que llevara viviendo dos años en el barranco sin ver una cara humana y que, por tanto, no podía desconocer que la zona estaba intransitable; pero Mr. Beeson ni siquiera apartó la vista del fuego. Incluso al abrirse la puerta, se limito a encogerse un poco más, como quien espera algo que preferiría no ver. Se puede observar este gesto entre las mujeres, en una capilla mortuoria, mientras se coloca el féretro en el pasillo que hay junto a ellas.

Pero cuando un anciano alto envuelto en un capote, con la cabeza rodeada por un pañuelo y la cara prácticamente oculta por una bufanda, con anteojos verdes y un color de tez (donde se podía apreciar) de una blancura deslumbrante, entró sigilosamente en la habitación y colocó una mano rígida y enguantada sobre el hombro de Mr. Beeson, olvidó sus buenos modales hasta el grado de levantar la vista y poner una expresión de considerable asombro; fuera quien fuera aquel a quien estaba esperando, evidentemente no contaba con encontrarse a alguien semejante. A pesar de ello, la visión de aquel inesperado invitado produjo en Mr. Beeson la siguiente secuencia: una sensación de asombro; después un sentimiento de gratificación, y, por último, una impresión de profunda buena voluntad. Levantándose del asiento, retiró aquella mano nudosa de su hombro y la

estrechó con un fervor inexplicable, pues el aspecto del anciano no tenía nada de atractivo y sí mucho de repulsivo. Sin embargo, la atracción es una característica demasiado general para que no sea compartida por la repulsión. El objeto más atractivo del mundo es el rostro que instintivamente cubrimos con un paño. Cuando se hace incluso más atractivo, fascinante, echamos siete pies de tierra sobre él.

- Amigo - dijo Mr. Beeson soltando la mano del anciano, que al desplomarse contra su muslo produjo un golpe seco -, hace una noche muy desagradable. Por favor, tome asiento; me alegro mucho de verle.

Mr. Beeson habló con un tono bastante educado, un tono que uno nunca habría esperado teniendo en cuenta la situación. Realmente, el contraste entre su aspecto y sus modales fue suficientemente sorprendente para ser uno de los fenómenos sociales más comunes en las minas. El anciano dio un paso adelante, hacia el fuego, que se reflejaba sobre los anteojos verdes como en una caverna. Mr. Beeson añadió:

- ¡Ya lo creo que me alegro!

La elegancia de Mr. Beeson no era muy refinada; había hecho razonables concesiones al gusto local. Hizo una pausa y recorrió con la vista desde la embozada cabeza de su invitado, pasando por la hilera de enmohecidos botones que cerraban su capote, hasta sus verdosas botas de cuero manchadas de nieve, que había empezado a fundirse y escurría por el suelo formando pequeños regueros. Hizo un inventario de aquel personaje y quedó satisfecho. ¿Y quién no habría quedado? Entonces prosiguió:

- La comida que puedo ofrecerle está, por desgracia, en relación con mis posibilidades; pero me sentiría tremendamente agraciado si se dignara a aceptarla en vez de buscar algo mejor en Bentley's Flat.

Con un especial refinamiento de humildad hospitalaria, Mr. Beeson hablaba como si la estancia en su cálida cabaña una noche como aquella, comparada con una caminata de catorce millas con la nieve hasta el cuello

y un mendrugo en el bolsillo, fuera una desgracia insoportable. En respuesta, el invitado se desabrochó el capote. El anfitrión echó leña seca al fuego; después barrió el hogar con una cola de lobo y añadió:

- Aunque creo que sería mejor que se largara.

El anciano tomó asiento junto al fuego y, sin quitarse el sombrero, acercó las grandes suelas de sus botas a las llamas. En las minas sólo se quita uno el sombrero si también se quita las botas. Sin más comentarios, Mr. Beeson se sentó en una silla que había sido anteriormente un tonel y que, por su carácter original, parecía haber sido diseñada para recoger sus cenizas cuando quisiera desmenuzarse. Durante un rato no hubo más que silencio; luego, desde algún lugar entre los pinos, llegó el fuerte gruñido de un coyote y, simultáneamente, el crujido de la puerta en el marco. Entre los dos incidentes no había otra relación que la aversión del coyote por las tormentas y el alboroto del viento; sin embargo, parecía existir una especie de conspiración sobrenatural entre los dos, y Mr. Beeson se estremeció con una imprecisa sensación de terror. En un momento se recuperó y volvió a dirigirse a su invitado:

- Aquí ocurren cosas extrañas. Voy a contárselo todo, y si decide marcharse le acompañaré durante el primer tramo del camino; hasta donde Baldy Peterson disparó contra Ben Hike; seguro que conoce el sitio.

El anciano asintió con ampulosidad, como si diera a entender que no sólo conocía el lugar, sino que lo conocía de verdad.

- Hace dos años - comenzó Mr. Beeson -, otros dos compañeros y yo ocupamos esta casa; pero cuando todo el mundo se marchó hacia Bentley's Flat, nosotros nos fuimos con ellos. En diez horas el barranco quedó desierto. Aquella tarde, sin embargo, me di cuenta de que había olvidado una pistola muy valiosa (ésa) y volví por ella; pasé la noche solo aquí, tal y como he hecho todas las noches desde entonces. He de explicar que unos cuantos días antes de que nos marcháramos nuestro criado chino

tuvo la desgracia de morir cuando la tierra estaba tan helada que era imposible cavar una tumba de la manera habitual. Así que el día de nuestra precipitada partida cavamos ahí, en el suelo, y le enterramos como pudimos. Pero antes de hacerlo, tuve el mal gusto de cortarle la coleta y clavarla sobre su tumba, en aquella viga donde usted la ve ahora; o mejor dicho, ahora que el calor le ha dado a usted la oportunidad de verla.

» ¿He dicho ya (creo que sí), que el chino murió por causas naturales? Por supuesto, yo no tuve nada que ver con eso, y volví, no por una atracción irresistible o por una fascinación morbosa, sino sencillamente porque había olvidado la pistola. Esto queda claro ¿verdad, amigo?

El visitante asintió solemnemente. Parecía ser hombre de pocas palabras, casi de ninguna. Mr. Beeson continuó:

- De acuerdo con la religión china, el hombre es como una cometa: no puede subir al cielo sin su coleta. Bien; para abreviar esta tediosa historia (que, a pesar de todo, creo mi obligación relatar), aquella noche, mientras me encontraba aquí solo, pensando en cualquier cosa menos en él, el chino volvió por la coleta.

»Pero no se la llevó.

En este punto Mr. Beeson cayó en un silencio incomprensible. Quizás estaba fatigado por el insólito ejercicio de hablar; o quizás había evocado un recuerdo que exigía su total atención. El viento soplaba ahora cerca de la casa y los pinos de la ladera susurraban con singular claridad. El narrador prosiguió:

- Usted dice que no ve nada especial en ello, y debo confesar que yo tampoco.

»¡Pero la cuestión es que sigue viniendo!

Se produjo otra larga pausa, durante la cual se dedicaron a mirar fijamente al fuego, sin mover un miembro. Entonces, clavando los ojos

sobre lo que podía ver de la cara impasible de quien le escuchaba, Mr. Beeson estalló, casi con fiereza:

- ¿Dársela? Mire, no tengo ninguna intención de molestar a nadie pidiéndole consejo sobre este asunto. Usted me perdonará, estoy seguro (aquí se mostró especialmente persuasivo), pero me he arriesgado a sujetar con clavos esa coleta y he asumido, en cierto modo, la onerosa obligación de conservarla. Por tanto, me es imposible llevar a cabo su considerada sugerencia.

» ¿Es que me toma usted por un pelele?

Nada podría superar la repentina ferocidad con que hundió este reproche indignado en el oído de su invitado. Era como si le hubiera golpeado en la cara con un guantelete de acero. Se trataba de una protesta, pero también de un desafío. Ser confundido con un cobarde, ser tomado por un pelele: estas dos expresiones son la misma. A veces es un chino. - «¿Es que me toma usted por un chino?», es una pregunta que se hace con frecuencia a los que mueren bruscamente.

La bofetada de Mr. Beeson no tuvo ningún efecto, y tras una pausa durante la cual el viento estuvo resonando en la chimenea como si echaran terrones de tierra sobre un ataúd, prosiguió:

- Aunque, como usted dice, está acabando conmigo. Siento que mi vida durante los dos últimos años ha sido un completo error, un error que se corrige a sí mismo; ya ve cómo. ¡La tumba! No; no hay quien la cave. El terreno también está helado. Pero sea usted bienvenido. Aunque no es importante, puede usted decirlo en Bentley's. Sí, fue difícil cortarla: suelen colocar seda trenzada dentro de sus coletas. Uaagh.

Mr. Beeson hablaba con los ojos cerrados mientras paseaba de un lado a otro. Su última palabra fue un ronquido. Al cabo de un rato, respiró hondo, abrió los ojos haciendo un esfuerzo y, tras un simple comentario, se quedó profundamente dormido. Lo que dijo fue lo siguiente:

- ¡Están robando mis cenizas!

Entonces el extraño anciano, que no había dicho una palabra desde su llegada, se levantó del asiento y, pausadamente, se quitó la ropa de abrigo, dejando ver una figura en ropa interior de lana tan delgada como la de la difunta Signorina Festorazzi, una mujer irlandesa de seis pies de altura y cincuenta y seis libras de peso, que solía exhibirse en camisola ante la gente de San Francisco. Luego, después de haber situado un revólver a mano según la costumbre de la región, se metió en uno de los camastros. Lo había cogido de una repisa, y era el revólver que Mr. Beeson había mencionado y por el que había vuelto al barranco dos años antes.

Mr. Beeson se despertó al cabo de un rato y, al ver que su invitado se había retirado, hizo lo mismo. Pero antes se acercó al largo y trenzado mechón pagano y le dio un fuerte tirón para asegurarse de que estaba bien sujeto. Las dos camas (meras tablas cubiertas con mantas no muy limpias) estaban situadas una frente a la otra en sendos extremos de la habitación, y la pequeña trampilla cuadrada que daba acceso a la tumba del chino quedaba entre ellas. Ésta, por cierto, estaba atravesada por una doble fila de clavos. En su resistencia a lo sobrenatural, Mr. Beeson no había olvidado tomar precauciones materiales.

El fuego había languidecido y sus llamas azuladas y mortecinas centelleaban de vez en cuando proyectando sombras espectrales en las paredes; sombras que deambulaban misteriosamente, separándose o juntándose. Sin embargo, la sombra de la coleta, suspendida del tejado en el extremo más alejado de la habitación, permanecía melancólica y distante, como si fuera una llamada de admiración. El susurro de los pinos en el exterior había aumentado hasta alcanzar la dignidad de un himno triunfal. En los momentos de pausa el silencio era espantoso.

Fue precisamente en uno de esos momentos cuando la trampilla del suelo comenzó a levantarse. Se iba alzando lenta pero

ininterrumpidamente, del mismo modo que la embozada cabeza del anciano se elevaba del camastro para verla. Entonces, con un golpetazo que estremeció la casa hasta los cimientos, fue lanzada completamente hacia atrás y se quedó con las puntas de los clavos, horrorosas y amenazantes, hacia arriba. Mr. Beeson se despertó y, sin levantarse, se tapó los ojos con los dedos. Temblaba; los dientes le rechinaban. Su invitado descansaba sobre un codo mientras observaba la evolución de los hechos con los anteojos, que relucían como lámparas.

De pronto, el bramido de una ráfaga de viento se precipitó por la chimenea, desparramando cenizas y humo en todas direcciones y dejando la habitación a oscuras durante un rato. Cuando el fuego de la chimenea volvió a iluminar la habitación, se pudo ver, sentado calladamente en el borde de un taburete que había junto al hogar, a un hombre pequeño, de tez morena, aspecto agradable y vestido con buen gusto, que asentía en dirección al anciano con una sonrisa amigable y simpática. «De San Francisco, claro está», pensó Mr. Beeson, que había conseguido recuperarse del susto e intentaba buscar una solución a aquellos acontecimientos nocturnos.

Pero en ese momento apareció otro actor en escena. Desde el negro agujero cuadrado que había en medio del suelo surgió la cabeza del difunto chino que, con ojos vidriosos y concentrado en la coleta que pendía sobre él, dirigió desde sus pronunciadas hendiduras la mirada hacia arriba con un gesto de ansiedad indescriptible. Mr. Beeson emitió un gemido y volvió a cubrirse la cara con las manos. Un suave olor a opio inundaba la habitación. El fantasma, vestido sólo con una corta túnica azul de seda acolchada, cubierta del moho de la sepultura, se incorporó lentamente, como impulsado por un débil resorte. Tenía las rodillas a nivel del suelo cuando, tras dar un rápido salto hacia arriba semejante al de una llama que arde de repente, estiró el cuerpo, agarró la coleta con las dos manos y

mordió la punta con sus horribles dientes amarillos. Así quedó colgado, con aparente frenesí y sin emitir sonido alguno; gesticulaba de un modo espantoso, saltando y hundiéndose una y otra vez en sus esfuerzos por desenganchar su propiedad de la viga. Era como un cadáver convulsionado artificialmente por medio de una batería eléctrica. ¡El contraste entre su actividad sobrehumana y su silencio resultaba horroroso!

Mr. Beeson se encogió en la cama. El hombrecillo de tez morena descruzó las piernas, dio con impaciencia unos cuantos golpes con la punta de la bota y consultó su pesado reloj de oro. El anciano se incorporó y cogió el revólver con sigilo.

¡Bang!

Como un cuerpo que se desploma en la horca, el chino se hundió pesadamente en el agujero oscuro, con la coleta entre los dientes. La trampilla giró y se cerró de un fuerte golpe. El hombrecillo de San Francisco dio un ágil brinco desde su taburete, atrapó con el sombrero algo en el aire, como un niño caza una mariposa, y desapareció por la chimenea como si hubiera sido succionado.

A través de la puerta abierta, desde algún lugar lejano en la oscuridad llegó un grito débil y distante, un lamento de sollozos, parecido al de un niño estrangulado en el desierto, o al de un alma perdida capturada por el Adversario. Aunque pudo haber sido el coyote. Durante los primeros días de la primavera siguiente, un grupo de mineros que se dirigía hacia las nuevas explotaciones pasó por el barranco y, al recorrer las cabañas abandonadas, encontró en una el cuerpo de Hiram Beeson, tendido sobre un catre, y con un agujero de bala en el corazón. La bala había sido disparada, evidentemente, desde el otro extremo de la habitación, pues en una de las vigas superiores de roble había una pequeña abolladura de color azul: la bala había dado en un nudo de la madera y se había desviado posteriormente hacia abajo hasta alcanzar el pecho de la víctima. Sujeto

fuertemente a la misma viga, se encontraba lo que parecía ser el extremo de una trenza de pelo de caballo, que había sido segada por la bala en su trayectoria. No se descubrió nada más de interés, salvo unas ropas mohosas y estrafalarias, de las que varias prendas fueron después identificadas por testigos respetables como las que llevaban ciertos ciudadanos del Barranco del Muerto cuando fueron enterrados años antes. Pero no es fácil comprender cómo pudo ocurrir eso, a menos que, claro está, las prendas hubieran sido utilizadas como disfraz por la misma Muerte, lo que resulta difícil de creer.

UNA CONFLAGRACIÓN IMPERFECTA

Una mañana de junio de 1872, temprano, asesiné a mi padre, acto que me impresionó vivamente en esa época. Esto ocurrió antes de mi casamiento, cuando vivía con mis padres en Wisconsin. Mi padre y yo estábamos en la biblioteca de nuestra casa, dividiendo el producto de un robo que habíamos cometido esa noche. Consistía, en su mayor parte, en enseres domésticos, y la tarea de una división equitativa era dificultosa. Nos pusimos de acuerdo sobre las servilletas, toallas y cosas parecidas, y la platería se repartió casi perfectamente, pero ustedes pueden imaginar que cuando se trata de dividir una única caja de música en dos, sin que sobre nada, comienzan las dificultades. Fue esa caja musical la que trajo el desastre y la desgracia a nuestra familia. Si la hubiéramos dejado, mi padre podría estar vivo ahora.

Era una exquisita y hermosa obra de artesanía, incrustada de costosas maderas, curiosamente tallada. No sólo podía tocar gran variedad

de temas sino que también silbaba como una codorniz, ladraba como un perro, cantaba como el gallo todas las mañanas, se le diera cuerda o no, y recitaba los Diez Mandamientos. Fue esta última maravilla la que ganó el corazón de mi padre y lo llevó a cometer el único acto deshonroso de su vida, aunque posiblemente hubiera cometido otros si le hubiera perdonado ese: trató de ocultarme la caja aunque yo sabía muy bien que en lo que le concernía, el robo había sido llevado a cabo principalmente para conseguirla.

Mi padre tenía la caja de música escondida bajo la capa; habíamos usado capas como disfraz. Me había asegurado solemnemente que no la había tomado. Yo sabía que sí, y sabía algo que, evidentemente, él ignoraba: O sea, que la caja cantaría con la luz del día y lo traicionaría si me era posible prolongar la división de bienes hasta esa hora. Todo ocurrió como yo lo deseaba: Cuando la luz de gas empezó a palidecer en la biblioteca y la forma de las ventanas se vio oscuramente tras las cortinas, un largo cocorocó salió de abajo de la capa del caballero, seguido de algunos compases del aria de Tannhauser y finalizando con un sonoro clic. Sobre la mesa, entre nosotros, había una pequeña hacha de mano que habíamos usado para penetrar en la infortunada casa; la tomé. El anciano, viendo que ya de nada servía esconderla por más tiempo, sacó la caja de música de entre su capa y la puso sobre la mesa.

- Córtala en dos si así la prefieres - dijo -. He tratado de salvarla de la destrucción.

Era un apasionado amante de la música y tocaba la armónica con expresión y sentimiento.

Dije:

- No discuto la pureza de sus motivos: sería presunción de mi parte querer juzgar a mi padre. Pero los negocios son los negocios; voy a

efectuar la disolución de nuestra sociedad a menos que usted consienta en usar en futuros robos un cascabel.

- No - dijo después de reflexionar un momento - no, no podría hacerlo, parecería una confesión de deshonestidad. La gente diría que desconfías de mí.

No pude dejar de admirar su temple y su sensibilidad; por un momento me sentí orgulloso de él y dispuesto a disimular su falta, pero un vistazo a la enjoyada caja de música me decidió, y, como ya lo dije, saqué al anciano de este valle de lágrimas. Una vez hecho sentí una pizca de desasosiego. No sólo era mi padre - el autor de mis días - sino que sin duda el cadáver sería descubierto. Era ya pleno día y en cualquier momento mi madre podía entrar a la biblioteca. Bajo tales circunstancias consideré que lo prudente era suprimirla también, cosa que hice. Pagué luego a todos los sirvientes y los despedí.

Esa tarde fui a ver al Jefe de Policía, le conté lo que había hecho y le pedí consejo. Me hubiera resultado muy penoso que los acontecimientos tomaran estado público. Mi conducta hubiera sido unánimemente condenada y los periódicos la usarían en mi contra si alguna vez obtenía un cargo de gobierno. El Jefe comprendió la fuerza de estos razonamientos; él era también un asesino de amplia experiencia. Después de consultar con el Juez que presidía la Corte de Jurisdicción Variable me aconsejó esconder los cadáveres en uno de los libreros, tomar un fuerte seguro sobre la casa y quemarla. Cosa que procedí a hacer.

En la biblioteca había un librero que mi padre comprara recientemente a un inventor chiflado y que no había llenado de libros. El mueble tenía la forma y el tamaño parecidos a esos antiguos roperos que se ven en los dormitorios que no tienen clósets, pero se abría de arriba abajo como un camisón de señora. Tenía puertas de vidrio. Había amortajado a mis padres y ya estaban bastante rígidos como para mantenerse erectos de

modo que los puse en el librero, del que ya había sacado los estantes. Cerré la puerta con llave y pinché unas cortinitas en las puertecitas de vidrio. El inspector de la compañía de seguros pasó media docena de veces frente al mueble sin sospechar nada.

Esa noche, después de obtener mi póliza, prendí fuego a la casa y, a través de los bosques me dirigí a la ciudad, que distaba dos millas, en donde me las arreglé para encontrarme en el momento en que la excitación causada por el fuego estaba en su punto más alto. Con gritos de aprehensión por la suerte de mis padres me uní a la multitud y llegué con ellos al lugar del incendio, unas dos horas después de haberlo provocado. La ciudad entera estaba allí cuando llegué precipitadamente. La casa estaba completamente consumida, pero en el extremo del lecho de encendidas ascuas, enhiesto e incólume, se veía el librero. El fuego había quemado las cortinas, dejando a la vista las puertas de vidrio, a través de las cuales la fiera luz roja iluminaba el interior. Allí estaba mi querido padre "igualito a cuando vivía", y al lado su compañera de pesares y alegrías. No tenían ni un pelo chamuscado y las vestimentas estaban intactas. Conspicuas eran las heridas de su cabezas y gargantas, que en la prosecución de mis designios me había visto obligado a infligirles. La gente guardaba silencio como en presencia de un milagro. El espanto y el terror habían atado todas las lenguas. Yo mismo me sentía muy afectado.

Unos tres años después, cuando los acontecimientos aquí relatados habíanse borrado casi de mi memoria, fui a Nueva York para ayudar a pasar algunos bonos americanos falsos. Cierto día, mirando distraídamente una mueblería, vi una réplica exacta de mi librero.

- Lo compré por una bicoca a un inventor que abandonó el oficio - me explicó el vendedor -. Decía que era a prueba de fuego porque los poros de la madera fueron rellenados a presión hidráulica con alumbre y el vidrio

está hecho de asbesto. No creo que sea realmente a prueba de fuego... se lo puedo dar al precio de un librero común.

- No - le dije - si usted no puede garantizar que es a prueba de fuego, no lo llevaré.

Y le di los buenos días.

No lo hubiera llevado a ningún precio, me despertaba recuerdos sumamente desagradables.

UNA TUMBA SIN FONDO

Me llamo John Brenwalter. Mi padre, un borracho, logró patentar un invento para fabricar granos de café con arcilla. Era un hombre honrado y no se hubiera comprometido él solo en la fabricación. Por esta razón, era moderadamente rico: las regalías de su valioso invento apenas le dejaban lo suficiente para pagar los gastos del pleito contra los bribones culpables de la infracción. Fue así que yo carecí de muchas de las ventajas de gozan los hijos de padres deshonestos e inescrupulosos, y de no haber sido por una madre noble y devota (quien descuidó a mis hermanos y a mis hermanas y vigiló personalmente mi educación), habría crecido en la ignorancia y habría sido obligado a asistir a la escuela. Ser el hijo favorito de una mujer bondadosa es mejor que el oro.

Cuando yo tenía diecinueve años, mi padre tuvo la desgracia de morir. Había tenido siempre una salud perfecta, y su muerte, ocurrida a la hora de cenar y sin previo aviso, a nadie sorprendió tanto como a él mismo. Esa misma mañana le habían notificado la adjudicación de la patente de su invento para forzar cajas de caudales por presión hidráulica y sin hacer

ruido. El Jefe de Patentes había declarado que era la más ingeniosa, efectiva y benemérita invención que él hubiera aprobado jamás. Naturalmente, mi padre previó una honrosa, próspera vejez. Es por eso que su repentina muerte fue para él una profunda decepción. Mi madre, en cambio, para quien la piedad y la resignación ante los designios del Cielo eran virtudes conspicuas de su carácter, estaba aparentemente menos conmovida. Hacia el final de la comida, una vez que el cuerpo de mi pobre padre fue alzado del suelo, nos reunió a todos en el cuarto contiguo y nos habló de esta manera:

- Hijos míos, el extraño suceso que han presenciado es uno de los más desagradables incidentes en la vida de un hombre honrado, y les aseguro que me resulta poco agradable. Les ruego que crean que yo no he tenido nada que ver en su ejecución. Desde luego - añadió después de una pausa en la que bajó sus ojos abatidos por un profundo pensamiento -, desde luego es mejor que esté muerto.

Dijo estas palabras como si fuera una verdad tan obvia e incontrovertible que ninguno de nosotros tuvo el coraje de desafiar su asombro pidiendo una explicación. Cuando cualquiera de nosotros se equivocaba en algo, el aire de sorpresa de mi madre nos resultaba terrible. Un día, cuando en un arranque de mal humor me tomé la libertad de cortarle la oreja al bebé, sus simples palabras: "¡John, me sorprendes!", fueron para mí una recriminación tan severa que al fin de una noche de insomnio, fui llorando hasta ella y, arrojándome a sus pies, exclamé: "¡Madre, perdóname por haberte sorprendido!" Así, ahora, todos - incluso el bebé de una sola oreja - sentimos que aceptar sin preguntas el hecho de que era mejor, en cierto modo, que nuestro querido padre estuviese muerto, provocaría menos fricciones. Mi madre continuó:

- Debo decirles, hijos míos, que en el caso de una repentina y misteriosa muerte, la ley exige que venga el médico forense, corte en

pedazos el cuerpo y los someta a un grupo de hombres quienes, después de inspeccionarlos, declaran a la persona muerta. Por hacer esto el forense recibe una gran suma de dinero. Deseo eludir tan penosa formalidad; eso es algo que nunca tuvo la aprobación de... de los restos. John - aquí mi madre volvió hacia mí su rostro angelical - tú eres un joven educado y muy discreto. Ahora tienes la oportunidad de demostrar tu gratitud por todos los sacrificios que nos impuso tu educación. John, ve y mata al forense.

Inefablemente complacido por esta prueba de confianza de mi madre y por la oportunidad de distinguirme por medio de un acto que cuadraba con mi natural disposición, me arrodillé ante ella, llevé sus manos hasta mis labios y las bañé con lágrimas de emoción. Esa tarde, antes de las cinco, había eliminado al médico.

De inmediato fui arrestado y arrojado a la cárcel. Allí pasé una noche muy incómoda: me fue imposible dormir a causa de la irreverencia de mis compañeros de celda, dos clérigos, a quienes la práctica teológica había dado abundantes ideas impías y un dominio absolutamente único del lenguaje blasfemo. Pero ya avanzada la mañana, el carcelero que dormía en el cuarto contiguo y a quien tampoco habían dejado dormir, entró en la celda y con un feroz juramento advirtió a los reverendos caballeros que, si oía una blasfemia más, su sagrada profesión no le impediría ponerlos en la calle. En consecuencia moderaron su objetable conversación sustituyéndola por un acordeón. Así, pude dormir el pacífico y refrescante sueño de la juventud y la inocencia.

A la mañana siguiente me condujeron ante el Juez Superior, un magistrado de sentencia, y se me sometió al examen preliminar. Alegué que no tenía culpa, y añadí que el hombre al que yo había asesinado era un notorio Demócrata. (Mi bondadosa madre era Republicana y desde mi temprana infancia fui cuidadosamente instruido por ella en los principios de gobierno honesto y en la necesidad de suprimir la oposición sediciosa.)

El juez, elegido mediante una urna Republicana de doble fondo, estaba visiblemente impresionado por la fuerza lógica de mi alegato y me ofreció un cigarrillo.

- Con el permiso de Su Excelencia - comenzó el Fiscal -, no considero necesario exponer ninguna prueba en este caso. Por la ley de la Nación se sienta usted aquí como juez de Sentencia y es su deber sentenciar. Tanto testimonio como argumentos implicarían la duda acerca de la decisión de Su Excelencia de cumplir con su deber jurado. Ese es todo mi caso.

Mi abogado, un hermano del Médico Forense fallecido, se levantó y dijo:

- Con la venia de la Corte... mi docto amigo ha dejado también y con tanta elocuencia establecida la ley imperante en este caso, que sólo me resta preguntar hasta dónde se la ha acatado. En verdad, su Excelencia es un magistrado penal, y como tal es su deber sentenciar - ¿qué? - este es un asunto que la ley, sabia y justamente, ha dejado a su propio arbitrio, y sabiamente ya ha descargado usted cada una de las obligaciones que la ley impone. Desde que conozco a Su Excelencia no ha hecho otra cosa que sentenciar. Usted ha sentenciado por soborno, latrocinio, incendio premeditado, perjurio, adulterio, asesinato... cada crimen del código y cada exceso conocido por los sensuales y los depravados, incluyendo a mi docto amigo, el Fiscal. Usted ha cumplido con su deber de magistrado penal, y como no hay ninguna evidencia contra este joven meritorio, mi cliente, propongo que sea absuelto.

Se hizo un solemne silencio. El Juez se levantó, se puso la capa negra y, con voz temblorosa de emoción, me sentenció a la vida y a la libertad. Después, volviéndose hacia mi consejero, dijo fría pero significativamente:

- Lo veré luego.

A la mañana siguiente, el abogado que me había defendido tan escrupulosamente contra el cargo de haber asesinado a su propio hermano - con quien había tenido una pelea por unas tierras - desapareció, y se desconoce su suerte hasta el día de hoy.

Entretanto, el cuerpo de mi pobre padre había sido secretamente sepultado a medianoche en los fondos de su último domicilio, con sus últimas botas puestas y el contenido de su fallecido estómago sin analizar.

- Él se oponía a cualquier ostentación - dijo mi querida madre mientras terminaba de apisonar la tierra y ayudaba a los niños a extender una capa de paja sobre la tierra removida -, sus instintos eran domésticos y amaba la vida tranquila.

El pedido de sucesión de mi madre decía que ella tenía buenas razones para creer que el difunto estaba muerto, puesto que no había vuelto a comer a su casa desde hacía varios días; pero el Juez de la Corte del Cuervo - como siempre despreciativamente la llamó después - decidió que la prueba de muerte no era suficiente y puso el patrimonio en manos de un Administrador Público, que era su yerno. Se descubrió que el pasivo daba igual que el activo; sólo había quedado la patente de invención del dispositivo para forzar cajas de seguridad por presión hidráulica y en silencio, y ésta había pasado a la propiedad legítima del Juez Testamentario y del Administrador Público, como mi querida madre prefería decirlo. Así, en unos pocos meses, una acaudalada y respetable familia fue reducida de la prosperidad al delito; la necesidad nos obligó a trabajar.

Diversas consideraciones, tales como la idoneidad personal, la inclinación, etc., nos guiaban en la selección de nuestras ocupaciones. Mi madre abrió una selecta escuela privada para enseñar el arte de alterar las manchas sobre las alfombras de piel de leopardo; el mayor de mis hermanos, George Henry, a quien le gustaba la música, se convirtió en el corneta de un asilo para sordomudos de los alrededores; mi hermana Mary

María, aceptaba pedidos de Esencias de Picaportes para condimentar fuentes minerales del profesor Pumpernickel, y yo me establecí como ajustador y dorador de vigas para horcas. Los demás, demasiado jóvenes para trabajar, continuaron con el robo de pequeños artículos expuestos en la vidriera de las tiendas, tal como habían sido enseñados.

En nuestros ratos de ocio atraíamos a nuestra casa a los viajeros y enterrábamos los cuerpos en un sótano.

En una parte de este sótano guardábamos vinos, licores y provisiones. De la rapidez con que desaparecían nos sobrevino la supersticiosa creencia de que los espíritus de las personas enterradas volvían a la noche y se daban un festín. Al menos era cierto que con frecuencia, de mañana, solíamos descubrir trozos de carnes adobadas, mercaderías envasadas y restos de comida ensuciando el lugar, a pesar de que había sido cerrado con llave y atrancado, previendo toda intromisión humana. Se propuso sacar las provisiones y almacenarlas en cualquier otro sitio, pero nuestra querida madre, siempre generosa y hospitalaria, dijo que era mejor soportar la pérdida que arriesgarse a ser descubiertos; si a los fantasmas les era negada esta insignificante gratificación, podrían iniciar una investigación que echaría por tierra nuestro esquema de la división del trabajo, desviando las energías de toda la familia hacia la simple industria a la cual yo me dedicaba: todos tendríamos que decorar las vigas de las horcas. Aceptamos su decisión con filial sumisión, que se debía a nuestro respeto por su sabiduría y la pureza de su carácter.

Una noche, mientras todos estábamos en el sótano - ninguno se atrevía a entrar solo - ocupados en la tarea de dispensar al alcalde de una ciudad vecina los solemnes oficios del entierro cristiano, mi madre y los niños pequeños sosteniendo cada uno una vela, mientras que George Henry y yo trabajábamos con la pala y el pico, mi hermana Mary María profirió un chillido y se cubrió los ojos con las manos. Estábamos todos

sobrecogidos de espanto y las exequias del alcalde fueron suspendidas de inmediato, mientras que, pálidos y con la voz temblorosa, le rogamos que nos dijera qué cosa la había alarmado. Los niños más pequeños temblaban tanto que sostenían las velas con escasa firmeza, y las ondulantes sombras de nuestras figuras danzaban sobre las paredes con movimientos toscos y grotescos que adoptaban las más pavorosas actitudes. La cara del hombre muerto, ora fulgurando horriblemente en la luz, ora extinguiéndose a través de alguna fluctuante sombra, parecía adoptar cada vez una nueva y más imponente expresión, una amenaza aún más maligna. Más asustadas que nosotros por el grito de la niña, las ratas echaron a correr en multitudes por el lugar, lanzando penetrantes chillidos, o con sus ojos fijos estrellando la oscura opacidad de algún distante rincón, meros puntos de luz verde haciendo juego con la pálida fosforescencia de la podredumbre que llenaba la tumba a medio cavar y que parecía la visible manifestación de un leve olor a moribundo que corrompía el aire insalubre. Ahora los niños sollozaban y se pegaban a las piernas de sus mayores, dejando caer sus velas, mientras que nosotros estábamos a punto de ser abandonados en la total oscuridad, excepto por esa luz siniestra que fluía despaciosamente por encima de la tierra revuelta e inundaba los bordes de la tumba como una fuente.

Entretanto, mi hermana, arrodillada sobre la tierra extraída de la excavación, se había quitado las manos de la cara y estaba mirando con ojos dilatados en el interior de un oscuro espacio que había entre dos barriles de vino.

- ¡Allí está! - Allí está! - chilló, señalando - ¡Dios del cielo! ¿No pueden verlo?

Y realmente estaba allí: una figura humana apenas discernible en las tinieblas; una figura que se balanceaba de un costado a otro como si se fuera a caer, agarrándose a los barriles de vino para sostenerse; dio un paso

hacia adelante, tambaleándose y, por un momento, apareció a la luz de lo que quedaba de nuestras velas; luego se irguió pesadamente y cayó postrada en tierra. En ese momento todos habíamos reconocido la figura, la cara y el porte de nuestro padre. ¡Muerto estos diez meses y enterrado por nuestras propias manos! ¡Nuestro padre, sin duda, resucitado y horriblemente borracho!

En los incidentes ocurridos durante la fuga precipitada de ese terrible lugar; en la aniquilación de todo humano sentimiento en ese tumultuoso, loco apretujarse por la húmeda y mohosa escalera, resbalando, cayendo, derribándose y trepando uno sobre la espalda del otro, las luces extinguidas, los bebés pisoteados por sus robustos hermanos y arrojados de vuelta a la muerte por un brazo maternal; en todo esto no me atrevo a pensar. Mi madre, mi hermano y mi hermana mayores y yo escapamos; los otros quedaron abajo, para morir de sus heridas o de su terror; algunos, quizá, por las llamas, puesto que en una hora, nosotros cuatro, juntando apresuradamente el poco dinero y las joyas que teníamos, y la ropa que podíamos llevar, incendiamos la casa y huimos bajo la luz de las llamas, hacia las colinas. Ni siquiera nos detuvimos a cobrar el seguro, y mi querida madre dijo en su lecho de muerte, años después en una tierra lejana, que ése había sido el único pecado de omisión que quedaba sobre su conciencia. Su confesor, un hombre santo, le aseguró que, bajo tales circunstancias, el Cielo le perdonaría su descuido.

Cerca de diez años después de nuestra desaparición de los escenarios de mi infancia, yo, entonces un próspero falsificador, regresé disfrazado al lugar con la intención de recuperar algo de nuestro tesoro, que había sido enterrado en el sótano. Debo decir que no tuve éxito: el descubrimiento de muchos huesos humanos en las ruinas obligó a las autoridades a excavar por más. Encontraron el tesoro y lo guardaron. La casa no fue reconstruida; todo el vecindario era una desolación. Tal

cantidad de visiones y sonidos extraterrenos habían sido denunciados desde entonces, que nadie quería vivir allí. Como no había a quien preguntar o molestar, decidí gratificar mi piedad filial con la contemplación, una vez más, de la cara de mi bienamado padre, si era cierto que nuestros ojos nos habían engañado y estaba todavía en su tumba. Recordaba además que él siempre había usado un enorme anillo de diamante, y yo como no lo había visto ni había oído nada acerca de él desde su muerte, tenía razones como para pensar que debió haber sido enterrado con el anillo puesto. Procurándome una pala, rápidamente localicé la tumba en lo que había sido el fondo de mi casa, y comencé a cavar. Cuando hube alcanzado cerca de cuatro pies de profundidad, la tumba se desfondó y me precipité a un gran desagüe, cayendo por el largo agujero de su desmoronado codo. No había ni cadáver ni rastro alguno de él.

Imposibilitado para salir de la excavación, me arrastré por el desagüe, quité con cierta dificultad una masa de escombros carbonizados y de ennegrecida mampostería que lo obstaculizaba, y salí por lo que había sido aquel funesto sótano.

Todo estaba claro. Mi padre, cualquier cosa que fuera lo que le había provocado esa descompostura durante la cena (y pienso que mi santa madre hubiera podido arrojar algo de luz sobre ese asunto) había sido, indudablemente, enterrado vivo. La tumba se había excavado accidentalmente sobre el olvidado desagüe hasta el recodo del caño, y como no utilizamos ataúd, sus esfuerzos por sobrevivir habían roto la podrida mampostería, cayendo a través de ella y escapando finalmente hacia el interior del sótano. Sintiendo que no era bienvenido en su propia casa, pero no teniendo otra, había vivido en reclusión subterránea como testigo de nuestro ahorro y como pensionista de nuestra providencia. Él era quien se comía nuestra comida; él quien se bebía nuestro vino; no era mejor que un ladrón. En un momento de intoxicación y sintiendo, sin duda,

necesidad de compañía, que es el único vínculo afín entre un borracho y su raza, abandonó el lugar de su escondite en un momento extrañamente inoportuno, acarreando deplorables consecuencias a aquellos más cercanos y queridos. Un desatino que tuvo casi la dignidad de un crimen.